



BURGUENER

LOS  
TRES RETRATOS  
EL  
ESPADACHIN

PG 3425  
T72



1020025802



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LOS TRES RETRATOS



HICARDO GONZALEZ  
FOND

COLECCIÓN REGENTE

# LOS TRES RETRATOS

POR

IVAN TOURGUENEFF

TRADUCCION

de

JOSÉ OSÉS LARUMBE



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

100775

34937

Núm. Clas.

Núm. Auto.

Núm. Adg.

Precedencia

Precio

Fecha

Clasificación

Catálogo

T 937  
34937  
-8-

UNIVERSIDAD DE TORO LECT  
BIBLIOTECA ALFONSO MARTINEZ  
ALFONSO MARTINEZ  
Año. 1900



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PG 3425  
T72

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. M. L.

## LOS TRES RETRATOS

Escenas de costumbres rusas del siglo XVIII

¡Los vecinos! He aquí uno de los graves inconvenientes de la vida de campo. He conocido á un honrado propietario que á cada suceso de su existencia, exclamaba: «¡Dios sea loado! ¡no tengo vecinos!» y con frecuencia, si es preciso que yo haga confesión, no he podido reprimir mi envidia por la suerte de aquel dichoso mortal. Mi dominio está situado en uno de los gobiernos más populosos de Rusia. Estoy rodeado de muchos vecinos, desde los dignos honorables rentistas que llevan un amplio frac y un más amplio chaleco, hasta los jóvenes cabezas de chorlito que visten la levita á lo brandeburgés. En esta numerosa colonia, el azar, sin embargo, me hizo distinguir un día á un hombre amable, que después de haber estado en el servicio militar había venido á fijarse en el campo. Refería que había pasado dos años en el regimiento de..., y observándolo yo no comprendía que hubiera podido someterse á tal punto, no ya durante

dos años, pero ni siquiera durante algunos días, á los rigores de la disciplina. Porque estaba hecho para la vida apacible y silenciosa de los campos, para esa especie de indolencia vegetativa que, dicho sea de paso, tiene también tantos encantos. Sacaba todo el partido posible de su tranquila situación, inquietándose poco del cuidado de sus bienes, gastando próximamente diez mil rublos por año, satisfecho de tener un excelente cocinero (porque adoraba la gastronomía) y de hacer venir de Moscou los libros y los periódicos publicados en Francia. No leía otro escrito ruso que las cuentas de su intendente, y no sin mucha pena. Desde la mañana hasta la hora de comer, si no iba de caza, no abandonaba un instante su cuarto y se divertía en mirar cualquier dibujo, ó visitaba una caballeriza, ó entraba en la granja y chanceaba con las mujeres que trillaban y levantaban delante de él con ostentación su trillo. Pero después de comer mi amigo se colocaba delante de un espejo y hacía con cuidado una larga y minuciosa *toilette*; luego se dirigía á casa de cualquier propietario de la vecindad, glorioso padre de dos ó tres hermosas hijas, se ocupaba muy metódicamente de estas muchachas, jugaba con ellas á la gallina ciega, regresaba á su casa bastante tarde y dormía en un dulce sueño. No se aburría porque, en realidad, no estaba enteramente desocupado; la cosa más insignificante bastaba

para divertirlo como á un niño. Por otro lado, no tenía ningún apego á la vida. Cuando iba á cazar el zorro ó el lobo, le ocurría frecuentemente lanzar á brida suelta su caballo por los barrancos, de tal suerte, que yo no comprendía cómo no se había roto ya cientos de veces la cabeza. Era de esos hombres que ignoran ellos mismos su valor, que bajo una frívola apariencia parecen ocultar una fuerza secreta y enérgicas pasiones. Pero hubiera sido muy mal recibido cualquiera que le hubiese manifestado tal idea, y, en cuanto á mí, creía yo reconocer que si en la juventud de mi amigo había habido alguna violenta agitación, ésta se había comprimido y apaciguado hacía ya mucho tiempo. Por lo general se mostraba muy perezoso y gozaba de muy buena salud. En el tiempo en que vivimos es imposible no amar á las gentes que se ocupan poco de sí mismas, porque la cosa es muy rara, y mi amigo se ocupaba muy poco de su propia persona. Pero he hablado bastante de él, tanto más cuanto que no es el personaje principal de mi relato. Añadiré solamente que se llamaba Pedro Fedorowitch Loutchinof.

Un día de otoño, una cohorte de cazadores, de la que yo formaba parte, se reunió en su casa. Durante toda la jornada corrimos á través de los campos; matamos lobos, un buen número de liebres, y volvimos á su morada en esa deliciosa disposición del es-

píritu en que uno se encuentra después de una buena caza. Era la tarde. Una brisa fresca agitaba las cimas desnudas de los abedules y de los tilos que rodeaban la casa de Lcutchinof. Descendimos de los caballos y yo me detuve á contemplar la escena que se ofrecía á mis miradas. En un cielo gris se desarrollaban largas nubes pesadas. Los arbustos temblaban y gemían al soplo del viento; la yerba amarilla se inclinaba al suelo; una bandada de zorzales picoteaba en los serbales un resto de racimos rojos marchitos; silbaban los abejarucos sobre las ligeras ramas del abedul, y en los lugares resonaban los roncós ladridos de los perros. Este cuadro produjo en mí una penosa impresión, apartándome de él con placer para entrar en el comedor. Los postigos de esta sala estaban cerrados. Sobre una mesa redonda, revestida de un mantel blanco, los candelabros de plata centelleaban entre los frascos de cristal llenos de vino rojo. Un buen fuego ardía en la chimenea. Un mayordomo de cabeza calva, con la severa elegancia inglesa, permanecía de pie delante de otra mesa, en la que una gran sopera exhalaba un perfume apetitoso. En el vestíbulo, otro respetable servidor estaba ocupado en refrescar, según las reglas del arte, el verdadero vino de Champagne. Nuestra comida fué lo que debía ser en tal circunstancia; es decir, muy alegre. Nos referíamos, riendo, nuestras diversas aventuras de cazadores, y después de una larga so-

bremesa nos instalamos alrededor de la chimenea, en largos sillones. Se puso junto á nosotros un gran bol de plata, y pronto vimos llamear el ron. Pedro Fedorowitch era un hombre de gusto; sabía que nada hay más perjudicial á la fantasía que la fría y pedantesca luz de las lámparas. Hizo levantar todos los candelabros y no guardó más que dos bujías. Sobre las paredes se extendía una sombra misteriosa, en donde jugaban los rayos de dos llamas y el fantástico fulgor del bol de ponche; una dulce y agradable quietud reemplazaba en nuestros espíritus á la ruidosa alegría que ordinariamente estalla en una gran comida.

Las conversaciones tienen su destino como los libros, como todas las cosas de este mundo. Nuestra conversación era en aquel momento bastante viva y variada. De una cuestión particular pasábamos á ideas de un orden general, para volver en seguida, con la misma facilidad, sobre cualquier detalle de la vida diaria. De repente quedóse todo en silencio. ¡Un ángel se cernía sobre nosotros! (1)

No sé por qué mis compañeros habían cesado en su conversación. En cuanto á mí, calla-

---

(1) *Tin Engel schwebt über uns.* Expresión proverbial de los alemanes, que expresa la verdadera y poética imagen de uno de esos momentos de silencio que simbolizan el recogimiento del espíritu.

ba porque mis miradas se habían fijado sobre tres retratos colgados de la pared en cuadros de marco negro. El color de estos cuadros estaba en más de un sitio borrado, descortezado; sin embargo, se distinguían aún las figuras. El retrato del centro representaba una joven vestida con traje blanco, azulado encajes, y un alto peinado del siglo último. A la derecha, sobre un fondo negro, se dibujaba la redonda, gruesa y bonachona figura de un hombre de veinte años, de frente estrecha, nariz roma y sonrisa ingenua. Su tupé empolvado y rizado á la francesa no convenía poco ni mucho á la expresión de su fisonomía eslava. Llevaba un traje rojo cloro, adornado con grandes botones, y tenía en la mano flores que no existían. El tercer retrato, dibujado por otro artista mucho más hábil, representaba á un hombre de una treintena de años, revestido del uniforme verde del tiempo de la emperatriz Isabel, con las vueltas rojas, camisa blanca y fina corbata de batista. Una de sus manos se apoyaba sobre un bastón con puño de oro; la otra estaba oculta bajo su camisola. Su rostro sombrío respiraba un aire de altanera arrogancia. Sus largas y delgadas cejas se cruzaban sobre dos ojos negros como el ébano, y en sus labios pálidos y delgados vagaba una picaresca sonrisa.

—¡Ah! Está usted ocupado con mis retratos—me dijo Pedro Fedorowitch.

—Sí.

—¿Quiére usted que le cuente la historia de esos tres personajes en cuya imagen se fija?

—Háganos ese favor—respondieron á la vez los demás convidados.

Pedro se levantó, tomó una bujía, se aproximó á los cuadros, y con un tono semejante al de los industriales ambulantes que exhiben bestias curiosas:

—Señores—exclamó:—esa mujer fué la hija adoptiva de mi bisabuela. Se llamaba Olga Ivanowna; murió hace cuarenta años. Ese hombre de uniforme es el sargento de guardias Basilio Ivanowitch Loutchinoff, quien por la gracia de Dios terminó su carrera en el año 1790; ese otro, con el cual no he tenido el honor de encontrarme emparentado, se llamaba Pablo Athanasewitch Rogatchef. No sé más de él sino que ha estado en el servicio. Reparen ustedes en su pecho: ese agujero perceptible no es el resultado de un accidente. Sentémonos ahora, y si tienen ustedes alguna paciencia, escúchenme.

Después, volviendo á su tono de voz na tural, comenzó su relato en estos términos:

—«Señores: yo desciendo de una familia bastante antigua. Si no me enorgullezco en modo alguno de mi origen, es que mis antepasados han sido extraños disipadores, á excepción, no obstante, de mi bisabuelo

Ivan Andrewitch Lontchinoff. Este, por el contrario, era extremadamente económico y, hacia el fin de su vida, se convirtió en avaro. Vivió durante su juventud en San Petersburgo, bajo el reinado de Isabel. Se casó y tuvo cuatro hijos, de los que tres fueron niños: Basilio, Ivan, Pablo, mi abuelo, y una hija que se llamaba Natalia. A estos hijos acompañaba la hija de uno de sus parientes lejanos, que desde su más corta edad se encontraba huérfana. Era esa Olga, cuyo retrato acabo de mostrar á ustedes.

Los paisanos de mi abuelo le enviaban puntualmente su *obrok* (1), á menos que un desastre se lo impidiese; pero jamás le habían visto. Una hermosa mañana, el lugar de Lontchinof, privado de la presencia de su señor, se animó de pronto. Un pesado carruaje lo atravesó y se detuvo delante de la *isba* (2) del *estarooste* (3). Los lugareños, maravillados por tal suceso, acudieron y vieron á su amo y á su dueña con sus hijos, á excepción del primogénito Basilio, que se había quedado en San Petersburgo. Desde este día memorable, Ivan Andrewitch no abandonó más su dominio. Se construyó

(1) Impuesto anual que el siervo ruso paga á su señor.

(2) Habitación del paisano ruso.

(3) Noble de Polonia.

una casa que es, caballeros, la misma en que he tenido el placer de recibirlos; edificó también una iglesia y se puso á vivir la vida del gentil hombre campestre. Era hombre de una estatura muy elevada, flaco, silencioso, y muy pausado en sus movimientos. Jamás se le vió en traje de cuarto sin estar empolvado. Ordinariamente se paseaba con las manos detrás de la espalda, meneando gravemente la cabeza á cada paso. Todos los días se dirigía á una alameda de tilos que hacía plantar, y vivió bastante tiempo para gozar de la sombra de esos árboles. Hablaba excesivamente poco. Se cuenta que en el espacio de veinte años no habló más que una vez á su mujer. Precisa decir, para explicar tal taciturnidad, que vivía con la pobre Ana de una extraña manera. Estaba encargada completamente de la administración de la casa; en la mesa se sentaba al lado de su esposo, pero éste no la dirigía una palabra, ni una sola vez la tomaba la mano. Es cierto, sin embargo, que hubiera castigado cruelmente á cualquiera que la hubiese hecho la menor ofensa. Débil, tímida, languideciendo, Ana pasaba largas horas de rodillas en la iglesia, y nunca sonreía. Se ha dicho que antes de abandonar á San Petersburgo, había vivido con su marido en relaciones del todo diferentes; pero que ella había faltado á sus deberes y que él lo había sabido. Cuando él cayó malo de la enfermedad de que debía morir, su

mujer no se separó un instante, pero él no parecía ocuparse de ella. Una noche, Ana estaba sentada junto al lecho en que él sufría un insomnio constante; la lámpara estaba encendida delante de las santas imágenes. Un criado llamado Judith, del que hablaré á ustedes más adelante, que le velaba, abandonó por un instante el cuarto. Ana se levantó y sollozando se arrojó al pie de la cama de su esposo, extendiendo los brazos en actitud suplicante y murmurando algunas palabras ininteligibles. Ivan la miró, y con voz debilitada, pero resuelta, gritó: «¡Hola... desgraciada!» El criado entró, Ana se levantó y ganó su sitio vacilante.

Los hijos de Ivan le temían extremadamente y sentían un ardiente afecto por su madre, cuyos sufrimientos veían, pero no osaban testimoniarla su amor, y aun ella misma parecía evitarlos.

Recordarán ustedes á mi abuelo: marchaba sobre la punta de los pies y hablaba en voz baja: tanto tiene de poderosa la costumbre contraída desde la infancia; él y su hermano eran de un carácter dulce, honrado, melancólico; Natalia, la hermana de mi abuelo, que era del mismo temperamento, se casó con un hombre grosero y le consagró un amor silencioso y una sumisión de cordera. Basilio, el primogénito de sus hijos, era completamente diferente.

Como ya he dicho á ustedes, su padre, al partir para Loutchinova, lo había confiado

á los cuidados de uno de sus parientes, volteriano decidido.

Basilio tenía entonces doce años: creció bajo esta tutela y entró en el servicio. Era de una estatura elegante, avispado y vivo en sus movimientos, hablaba el francés á maravilla y se vanagloriaba de su habilidad en la esgrima. Pronto se le distinguió entre los jóvenes que brillaban alrededor de Isabel. Mi padre me ha referido con frecuencia que de todas las viejas mujeres que había conocido, ni una sola había que no recordase con un interés particular á Basilio Ivanowitch.

Figúrense ustedes un hombre dotado de una rara fuerza de voluntad, á la vez apasionado y prudente, audaz y paciente, muy disimulado en caso de necesidad y muy seductor. No tenía ni conciencia ni delicadeza, aunque, sin embargo, no se le pudo citar como un hombre positivamente malo. Era ávido de independencia, profundamente egoísta; pero sabía ocultar este egoísmo. Cuando tomaba su amorosa expresión de fisonomía y su tono de voz meloso, aquellos mismos que conocían la frialdad, la sequedad de su alma, no podían resistir su sorprendente atracción. Constantemente ocupado de sí mismo, quería obligar á los otros á servir también sus intereses, y lo conseguía, porque nunca se dejaba desconcertar; no temía lisonjear en caso de necesidad y adulaba hábilmente.

Diez años después de la instalación de sus padres en Loutchinova, vino á verlos con su magnífico uniforme de oficial de la Guardia, y durante los varios meses que pasó en este lugar, fascinó á todo el mundo: hasta á su riguroso padre. Sí; el viejo y rígido Ivan se complacía en escuchar á su hijo la relación de sus galantes conquistas. En cuanto á sus hermanos, quedaban mudos delante de él y le miraban como á un sér de una naturaleza extraordinaria. Su madre experimentaba de otro modo el mismo encanto, y apenas podía contenerse para no testimoniar á este hijo más afecto que á los demás.

Basilio había venido á Loutchinova para tener—decía él—el gusto de abrazar á sus padres, pero sobre todo para procurarse todo el dinero que le fuera posible. Llevaba gran tren en San Petersburgo y contraía deudas. No era cosa fácil luchar contra la parsimonia de su padre, y aunque el viejo le dió de una sola vez mucho más de lo que daba á sus otros hijos, Basilio no estaba satisfecho.

En la casa estaba ese criado Juditch, cuyo nombre he pronunciado ya: un viejo servidor, alto, flaco y taciturno como su amo. Se decía que él mismo había provocado la discusión de los dos esposos, descubriendo las relaciones de Ana con uno de los amigos de Ivan, y revelándoselas á éste. Pero era probable que sentía profundamente haber traicionado este secreto, porque fué un hombre excelente y mis paisanos veneran su memo-

ria. Juditch disfrutaba de toda la confianza del hermano de mi abuelo. En aquella época los propietarios que amontonaban el dinero no lo colocaban en las casas de banca; lo guardaban ellos mismos en su cofre ó lo escondían bajo tierra. Ivan encerraba el suyo en un cofre de hierro que estaba oculto bajo la cabecera de su cama, y del cual Juditch tenía la llave. Todas las noches, al acostarse, el prudente viejo hacía abrir este cofre en su presencia y golpeaba sobre los sacos que tenía llenos; el sábado los deslataba en unión de Juditch y contaba con cuidado su tesoro. Basilio conocía este secreto y ardía en deseos de poner la mano sobre este ahorro. En algunos días consiguió subyugar de tal modo á Juditch, que el pobre servidor no podía rehusar nada. Después de conducirle al punto de sumisión que deseaba, se mostró ante él inquieto, embarazado, y acabó por declarar á Juditch que tenía deudas de juego, y que si no le proporcionaba el dinero necesario para pagarlas se mataría. Juditch á esta confesión se arrojó á sus pies sollozando, suplicándole, conjurándole á que pensara en Dios y á que renunciase á sus horribles designios. Basilio no respondió y se encerró en su cuarto. Un instante después oyó que alguien llamaba con precaución á la puerta. Abrió y se encontró en presencia del desgraciado servidor que, temblando, le llevaba una llave. Basilio, seguro entonces de poder servirse de ella, afectó

desde luego no querer aceptar esta llave. Juditch, con lágrimas en los ojos, le suplicó la tomase, y, por fin, el oficial consintió.

Era un lunes. Basilio, al apoderarse de los rublos de su padre, tuvo la idea de reemplazarlos con trozos de tuestos. Se decía que el viejo, al golpear todos los días de la semana sobre los sacos con su palo, se contentaba con oírlos resonar, según antigua costumbre, y esperaba reponer el sábado en esos mismos sacos el dinero que había tomado. Su padre, en efecto, no se apercebía nada de la superchería. Pero llegó el sábado y Basilio no pudo operar su restitución. Había contado con ganar en el juego una suma considerable en casa de un vecino rico, y era él, por el contrario, quien había perdido. En el día acostumbrado Ivan abrió sus sacos y encontró los cascos. Figúrense ustedes su estupefacción y su dolor.

—¿Qué significa esto?—dijo á su criado con voz de trueno.

Juditch no respondió.

—¡Tú me has robado mi dinero!

—No.

—¡Pues entonces! ¿Te han cogido la llave del cofre?

—No; nadie ha cogido esta llave.

—¡Nadie! Ah, infame, confiesa tu perfidia.

—Yo no soy un infame.

—¿De dónde vienen, pues, estos cascos? Es, por tanto, que tú me engañas. Vamos, por última vez, confiesa tu crimen.

Juditch bajó la cabeza y cruzó sus manos sobre su espalda.

—¡Pues bien!—gritó Ivan enfurecido,— pasarás por los azotes como tú te mereces.

—¡A mí los azotes!... ¡A mí!—murmuró Juditch.

—¿Por qué no á tí? ¿Eres mejor que los otros? ¡Tú, Juditch; tú, ladrón! Yo no esperaba tal infamia de tu parte.

—Ivan Andrewitch—dijo el viejo servidor:—mis cabellos han blanqueado en vuestro servicio.

—¡Valiente caso hago de tus servicios!

Las gentes de casa entraron con los azotes.

—Tended por tierra á ese miserable—dijo Ivan,—y golpearle vigorosamente.

Su rostro estaba pálido, sus labios temblaban, y se paseaba á todo lo largo de su cuarto como una bestia feroz dentro de su jaula.

Las gentes, sin embargo, vacilaban en cumplir su orden.

—¿Qué aguardáis?—gritó.—¿Será necesario que yo mismo apalée á este pícaro?

Juditch se acostó en silencio sobre el suelo y comenzó el suplicio.

—Detenéos—dijo Ivan.—Por la última vez, Juditch, yo te suplico, yo te conjuro; dime la verdad.

—No puedo decir nada.

—¡Pues ea! ¡Golpead!

De repente se abrió la puerta y Basilio entró. No estaba menos pálido que su padre; sus manos temblaban y su labio superior se

levantaba sobre dos hermosas hileras de dientes blancos.

—Soy yo—dijo con voz emocionada, pero vigorosa;—soy yo el culpable; soy yo quien ha cogido ese dinero.

A estas palabras, los criados suspendieron la faena del castigo.

—¡Cómo, eres tú, Basilio! ¿Eres tú, y sin la ayuda de Juditch?

—No—respondió el viejo servidor levantándose penosamente,—yo he sido su auxiliar; yo le he entregado la llave. ¡Ah, padrecito! (1) ¡Basilio Ivanowitch!... ¿Qué necesidad tenías de ocuparte de mí?

—¡He aquí, pues, mi ladrón!—exclamó Ivan.

—¡Muchas gracias, Basilio, muchas gracias! Ya arreglaré mi cuenta contigo, mozo. Y tú, Juditch, también tendrás lo tuyo. Y vosotros ¿por qué estáis ahí inmóviles? ¿No reconocéis más mi autoridad?

Los azotes fueron puestos en movimiento.

—¡No le toquéis!—gritó Basilio rechinándoles los dientes.

Los criados no le escucharon.

—¡Atrás!—repuso, arrojándose delante de ellos.

Los criados se apartaron.

—¡Ah! ¡Una sublevación!—dijo Ivan; y con el bastón en la mano se lanzó hacia su

(1) *Batiouchka*, denominación afectuosa que los campesinos rusos dan familiarmente á sus amos.

hijo. Basilio retrocedió dos pasos, asió su espada y la sacó á mitad fuera de la vaina. Todos los asistentes temblaron. Ana, atraída por el ruido, se presentó pálida y conternada en el umbral de la puerta.

De pronto Ivan pareció trastornado. Sus pies vacilaron, su bastón rodó por tierra; cayó en un sillón y se tapó el rostro con las dos manos. Ninguno de los que allí se encontraban osó hacer un movimiento. Todos estaban como petrificados. Basilio volvió á la vaina su espada con una sacudida convulsiva, y en sus ojos brilló un relámpago siniestro.

—¡Retiráos, retiráos todos!—murmuró Ivan con voz desfallecida, sin descubrirse el rostro.

Todo el mundo se alejó. Basilio quedó un instante en la puerta, sacudió la cabeza, abrazó con ardor á Juditch, besó las manos de su madre, y dos horas después estaba en marcha hacia San Petersburgo.

En la tarde del mismo día, Juditch estaba sentado en el umbral de una *isba* quejándose dulcemente de los dolores que sentía en los miembros. Los criados, agrupados en derredor suyo, se compadecían de su suerte y censuraban los rigores de su amo.

—Bastante—les dijo,—bastante. ¿Por qué vituperar á nuestro amo? Después de todo, nuestro padrecito mismo no está satisfecho de haberse mostrado tan colérico.

Después de este suceso, Basilio no reapa-

reció más delante de su padre. El viejo murió sin haber vuelto á ver á este hijo ingrato, murió con una tristeza de corazón que Dios nos libre de profundizar. Basilio continuó su marcha por el mundo gastando alegremente su dinero. De qué modo se proporcionaba este dinero, es lo que sería difícil decir. Un criado francés llamado Boursier, astuto, osado, se ligó á él y le ayudó en una serie de traviesas ocurrencias. No tengo la intención de contaros en detalle las tristes aventuras del hermano de mi tío. Tenía á la vez tanta audacia y astucia, tanta sangre fría y habilidad, que en verdad comprendo demasiado el indecible ascendiente que ejerció sobre las gentes, aun sobre las más honorables.

Poco tiempo después de la muerte de su padre, fué, á pesar de su habilidad, provocado á duelo por un marido á quien había ofendido. Hirió gravemente á su adversario; pero, á continuación de este suceso, se le ordenó abandonar la capital y retirarse á sus tierras. Tenía entonces treinta años. Pueden ustedes imaginarse con qué sentimiento este hombre, acostumbrado á la vida del gran mundo, tuvo que abandonar la ciudad. Se ha dicho que, en el transcurso del viaje, más de una vez descendió de su kibitka, hundió la cabeza en la nieve y lloró. Nadie en Loutchinova reconoció en el triste desterrado al elegante y fogoso oficial de la guardia: apenas hablaba. Desde la mañana

á la noche estaba de caza; no recibía sino con una visible impaciencia las pruebas de cariño de su madre, y se burlaba implacablemente de sus hermanos y de las mujeres con quienes se habían casado recientemente.

Hasta el presente, nada he dicho aún á ustedes de Olga Ivanowna. La pobre huérfana no era mas que una débil niña cuando se la llevó á Loutchinova. Estuvo en poco que no muriese en el camino. Aquí fué educada, como se dice, en el temor de Dios y de sus padres. Ivan y Ana la trataban verdaderamente como á hija suya. Pero en su corazón estaba oculta la chispa que debía desarrollarse un día. En tanto que sus hermanos y hermanas adoptivos no osaban reflexionar en las causas de la triste desunión de sus padres, Olga, todavía joven, se preocupaba de la situación de Ana. Lo mismo que Basilio, tenía amor á la independencia y toda opresión la sublevaba. Al mismo tiempo que con todas las fuerzas de su alma se adhería á su bienhechora, odiaba á Ivan, y más de una vez en la mesa fijó sobre él una mirada tan hostil que el criado que servía la comida se quedaba estupefacto. Pero Ivan no reparaba en estas miradas porque no se ocupaba poco ni mucho de sus hijos.

Ana se esforzó desde luego en reprimir estos pensamientos odiosos, pero algunas atrevidas preguntas que Olga la dirigió, la condenaron al silencio. Sus hijos sentían por la joven un ardiente afecto, y la pobre

mujer la amaba también tanto como ella podía amar. Una continua tristeza había comprimido en su corazón todo gozo, todo calor de sentimiento; y nada demostraba mejor el poder de la fascinación de Basilio que la intensa emoción que había despertado en el alma de su desgraciada madre.

En aquella época no se admitían apenas las tiernas efusiones de los niños, y Olga no se atrevía á manifestar á Ana su profunda adhesión; únicamente la besaba las manos con calor al despedirse todas las noches.

Hace veinte años las jóvenes rusas no leían más novelas que las del género de *Panfan y Lolotte*, de Alejo, ó *La casita en los bosques*; aprendían á tocar un poco en el clavicordio y á cantar canciones, como la que comienza con estas estrofas:

«En el mundo, los hombres  
nos siguen como moscas...»

A los diecisiete años, Olga no poseía más que estas dos facultades. Apenas sabía leer y escribir. Nos sería difícil describir la educación de las mujeres rusas del siglo XVIII. Podemos tener una idea por nuestras abuelas. Pero, ¿cómo distinguir lo que habían aprendido en el curso de su existencia de lo que se las había enseñado en su primitiva juventud?

Olga hablaba un poco francés, aunque con un acento ruso muy pronunciado. En la época en que ella vivía no se conocían aún los emigrados franceses. En una palabra,

con todas sus cualidades naturales, la joven huérfana era un ser un poco salvaje, y más de una vez, en la simplicidad de su alma, corrigió con sus propias manos á una sirvienta inhábil.

Algún tiempo antes de la llegada de Basilio, Olga fué desposada con un joven de la vecindad, Pablo Athanasewitch Rogatchef, un bueno y digno joven. La naturaleza no había puesto en él una gota de hiel. Los mismos criados no tenían desobedecerle; salían alguna vez el uno después del otro, dejando al pobre joven en ayunas; pero nada podía arrebatarle su placidez. Desde su infancia se había mostrado pesado, torpe, y no había querido entrar en el servicio. Uno de sus gustos era el de dirigirse á la iglesia y cantar en los coros. Miren ustedes esa redonda, honrada figura, esa boca animada por una cándida sonrisa; ¿no se experimenta á su vista un sentimiento de bienestar? Su padre iba de tiempo en tiempo á hacer una visita á Ivan, y los días de fiesta se llevaba con él á Pablito, á quien los muchachos de Loutchinova se complacían en atormentar. Cuando Pablo se hizo mayor fué él mismo á dirigir la visita á Ivan, volvió enamorado de Olga, y por fin la ofreció su corazón y su mano. Bien entendido que este ofrecimiento no fué hecho directamente á ella misma, sino á sus protectores, que aceptaron esta graciosa proposición sin preguntar siquiera á la joven

huérfana si la agradaría casarse con Rogatchef. En aquel tiempo no se gastaba tal lujo de precauciones.

Por lo demás, Olga se habituó pronto á la idea de casarse con Pablo, y era imposible conocer á este sencillo é indulgente joven sin interesarse por él. Debo añadir, sin embargo, que no había recibido educación alguna. No sabía decir en francés más que «buenos días» y, para sus adentros consideraba esta palabra como poco conveniente. Una especie de bufón le había enseñado además el comienzo de una canción francesa que él pronunciaba de tal suerte, que no se podía distinguir á qué lengua pertenecían aquellas estrofas moduladas en voz baja con los versos disfrazados cada vez que sentía una luminosa disposición del espíritu. Su padre era también un excelente hombre, siempre vestido con una larga levita de Nankin, y respondiendo con una afable sonrisa á todo lo que se le decía.

A partir del día en que se resolvieron los esponsales, el padre y el hijo estuvieron muy ocupados. Hacían nuevos arreglos en su habitación. Marchaban á conversar amigablemente con los obreros y á llevarles aguardiente. Como al principio del invierno estos preparativos no estaban aún acabados, el casamiento se aplazó hasta el verano. La muerte de Ivan lo hizo esperar á la primavera siguiente, y mientras tanto llegó Basilio. Se le presentó á Rogatchef. Hizo

á su futuro cuñado una acogida muy fría, y, más tarde le asustó de tal modo con su aire arrogante, que el tímido Pablo temblaba delante de él como las hojas. Basilio estuvo un día á punto de hacer morir de vergüenza á Rogatchef, proponiendo á éste apostar á que no podría, en su presencia, cesar de sonreír. El pobre Pablo lloraba casi de confusión, y con todo, en efecto, no abandonaba su rostro una sonrisa encogida y bobalicona. Y Basilio le miraba con un aire despreciativo jugando con las puntas de su corbata de batista.

Algunos días después el padre de Pablo se dirigió á Loutchinova para cumplimentar al arrogante oficial por su regreso á la casa paterna. Athanas era considerado en el distrito como un hombre elocuente; esto es, que poseía la facultad de referir largamente historias locales, mezclándolas con algunos adornos literarios. ¡Ah! Esta vez no pudo sostener su renombre; se encontró más desconcertado que su hijo y no consiguió más que balbucir algunas palabras sin conexión. Aunque jamás hubo tomado una sola gota de aguardiente, aquel día, en su embrazo, tomó un vaso para beberlo á la salud de Basilio, é intentó al menos lanzar un ¡hum! con alguna seguridad, pero sin poder conseguirlo.

A partir de ese nefasto día, los Rogatchef se dejaron ver más raramente por Loutchinova. No eran ellos los únicos á quienes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA ALFONSO REYES  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Basilio había espantado. Sus hermanos, sus cuñadas, su madre misma, experimentaban delante de él una inquietud penosa y le rehuían. Basilio debía ciertamente observar la impresión que producía, pero nada anunciaba en él la intención de modificar su manera de ser, cuando súbitamente, al principio de la primavera, se le vió convertirse en amable y galante como anteriormente.

La primera señal de esta repentina revolución se manifestó en una visita que hizo á los Rogatchef. Al verle venir los dos gentileshombres sintieron un sobrecogimiento de terror; pero pronto su terror se disipó. Jamás Basilio había estado más gracioso ni más alegre; tomó de la mano al joven Pablo para marchar á ver con él las nuevas construcciones; se entretuvo con los obreros, les dió toda suerte de buenos consejos y aun se ejercitó en dar algunos golpes de hacha; después quiso visitar las caballerizas, hacer correr los caballos, en fin, estuvo tan encantador que los dos honrados Rogatchef, embesados de su cordialidad, le abrazaron repetidas veces y le pidieron permiso para tuitearle. En la casa de su madre se convirtió en pocos días en agradable para todo el mundo. Imaginó juegos muy distraídos, reunió músicos, invitó á los vecinos y vecinas, divirtió á las viejas por la manera con que las refería chistosas anécdotas, hizo la corte á las jóvenes, organizó fuegos artificiales,

serenatas, paseos sobre el agua y, en una palabra, puso todo en movimiento. La sombría y triste casa de Lutchinova tomó súbitamente una animación y un brillo tales que todos hablaban de ello en varias leguas á la redonda. Muchas personas se asombraron de esta transformación, todos se regocijaron, y á este fin se hizo una serie de comentarios. Las gentes más hábiles pretendían que Basilio había sido largo tiempo presa de una tristeza secreta, pero que ahora tenía la esperanza de volver á la gracia en la capital. Sin embargo, nadie en realidad adivinaba la verdadera causa de esta rápida metamorfosis.

Olga Ivanowna era una bonita muchacha, no por la regularidad de sus líneas, sino por la delicadeza, la frescura de su fisonomía y la gracia de sus movimientos. Naturalmente inclinada á la independencia, habían ido en creciente, en su posición de huérfana, su firmeza y su prudencia. No se la podía colocar en el número de las mujeres indolentes y adormecidas; un solo sentimiento, sin embargo, se había desarrollado en ella en toda su plenitud: su sentimiento de odio contra el viejo Ivan. Otras emociones de un carácter más femenino podían apoderarse fuertemente de su alma; pero le faltaba esa vigorosa energía, ese poder de concentración sin el cual toda pasión no puede tener más que un curso efímero. En esos temperamentos medio decididos, medio pensati-

vos, las primeras emociones pueden ser muy impetuosas; pero pronto cambian de opinión, sobre todo cuando se encuentran en presencia de las leyes y de las convenciones sociales, porque temen las consecuencias. Con todo, lo confieso sinceramente, aquellas mujeres son las que nos producen las mas fuertes impresiones »

Al pronunciar estas palabras, nuestro huésped vació su vaso de ponche. «Mi bravo amigo—me decía mirando su redonda y plácida figura,—nadie puede producirte una fuerte impresión.

Después de un momento de silencio, Pedro Fedorowitch volvió á continuar su relato.

«No creo—dijo—en lo que se llama aristocracia; pero creo en la sangre, en la raza. Olga tenía más sangre que su hermana adoptiva Natalia. ¿Me preguntarán ustedes en qué reconozco esta diferencia? En todo: en los contornos de la mano y de los labios, en el sonido de la voz, en la mirada, en la manera de andar, en el peinado, en los pliegues del vestido. Hay en estos nimios detalles una cierta... ¿cómo diré yo?... una cierta *distinción*, para servirme de una palabra francesa (¡al diablo la lengua rusa!). Aunque Olga poseyere esta distinción, es probable, sin embargo, que Basilio no reparase en ella si hubiera encontrado á esta joven en San Petersburgo. En su solitario lugar, no solamente atrajo ella su atención, sino que

fué la única causa de aquel cambio de que hablaban todos los vecinos de Loutchinova.

El hecho es fácil de comprender. Basilio quería volver á la vida y se aburría en su melencólica morada. Sus hermanos eran buenos muchachos, pero muy moderados; no podía tener con ellos ninguna expansión. Su hermana, en tres años de matrimonio, se había convertido tres veces en madre; entre ambos se interponía ya una diferencia de edad y de carácter. Su madre pasaba el tiempo en volver á la iglesia, en rezar y en ayunar. Quedaba la fresca, tímida y graciosa Olga. Desde luego Basilio no se ocupó de ella. ¿Quién piensa en ocuparse de una humilde hija adoptiva, de una pobre huérfana?

Una mañana Basilio bajó al jardín y se divertía en cortar con su caña esas modestas florecitas amarillas que al comienzo de la primavera abren su capullo sobre el suelo apenas reverdecido. Paseándose al pie de la casa, levantó por casualidad la cabeza y percibió á Olga. Estaba sentada y pensativa en su ventana, pasando la mano sobre los lomos de un gato que maullaba y agitaba su cola y se regodeaba á los rayos del sol. Olga llevaba en aquel momento un vestido blanco de mangas cortas, que dejaba ver sus brazos y sus espaldas ligeramense sonrosados; un gorrito sujetaba á medias sus espesos bucles de sedosos cabellos, y un dulce encarnado animaba su rostro; acababa de levantarse. Su fino cuello se inclinaba tan gracioso-

samente fuera de la ventana, y había en toda su persona tanto encanto y tanto atractivo y pudor, que Basilio, como buen conocedor que era, se detuvo á contemplarla. Ocurrióle al punto la idea de que no debía dejar á Olga en su ingenua ignorancia de que podría con el tiempo convertirse en una mujer demasiado agradable. Se aproximó á la ventana, se inclinó delante de la joven, y tomándola la mano le imprimió un sonoro beso. Olga, toda turbada, lanzó un grito; su gato huyó al jardín; Basilio tenía sonriente la mano de la huérfana; ésta enrojeció; él se chanceó sobre el espanto que la causaba y la invitó á pasear. De repente ella reparó en lo ligero de su vestimenta y, rápida como una corza huyó á su habitación.

Este fué el día en que Basilio marchó á hacer su visita á los Rogatchef, y á partir de esta fecha sorprendía á todos con su nueva alegría. No tenía, sin embargo, para Olga un sentimiento de amor. No; se impuso á sí mismo una ocupación, se dió un problema á resolver, y se regocijaba de su nueva actividad. Por lo demás, no sentía ningún escrúpulo en turbar el corazón de la que era la pupila de su madre, la desposada de un hombre honrado, y ni por un instante se engañó á sí mismo sobre sus propias intenciones; estaba seguro de no casarse con Olga. Tal vez había en él alguna pasión, no una noble y generosa pasión, pero sí un violento deseo. No tengo necesidad de añadir que no

podía experimentar un candido ardor de niño, ni extraviarse en un sueño ideal. Sabía netamente lo que quería, y marchaba derecho á su fin.

Basilio, ya lo he dicho, poseía el secreto de suavizar á las personas más tímidas y á las más prevenidas contra él. Olga cesó pronto de huir; él la reveló una nueva existencia; ora la llevaba cuadernos de música; ora la daba él mismo lecciones; tocaba bastante bien la flauta; la daba lecturas y sostenía con ella largas conversaciones. Poco á poco la pobre muchacha se encontró conmovida, agitada y, en fin, subyugada. Basilio la descubría ideas, todas nuevas para ella, en un lenguaje que ella comprendía. Olga vino, á su vez, á hacerle confesión de sus pensamientos, y él mismo la ayudaba á encontrar las expresiones que ella buscaba, y sin asustarla, tanto la calmaba como sobreexcitaba sus emociones. Basilio se interesaba en la educación de esta ingenua criatura, no con la liberal intención de despertar y desarrollar sus facultades, sino para aproximarla un poco hacia él. Sabía, además, que una joven temerosa, inexperta, pero que tiene amor propio, se deja arrebatar por el espíritu más que por el corazón. Se esforzaba sobre todo en obrar sobre su imaginación. A menudo, por la tarde, se separaba de él con tal torbellino de ideas nuevas y de imágenes extrañas, que en toda la noche podía dormirse. Entonces arrimaba suspirando sus

mejillas ardientes á su almohada, ó se levantaba y aproximaba á la ventana, contemplando con una mirada triste y ávida el cielo obscuro. Basilio la ocupaba de tal modo, á todas horas, que no podía apartar de él su pensamiento, y pronto no se cuidó más de Rogatchet. Cuando este buen desposado se encontraba en Lutchinova, el astuto Basilio no trataba más que de distraerlo con cualquier juego ruidoso, con un paseo á caballo, con una carrera.

A pesar de estos artificios, Pablo reparaba con dolor que era tratado á poco casi como un extraño por la que llamaba ya su desposada y debía un día llamarse su mujer. Pero con su inagotable bondad no osaba dirigirla un reproche por temor á afligirla. Junto á ella se sentía embarazado y se esforzaba en disimular su embarazo con sus perpetuas complacencias.

Transcurrieron dos meses: Olga estaba vencida. El débil, el temeroso Pablo, no podía darla su apoyo, y ella se sometió sin resistencia á la voluntad de Basilio. Durante algún tiempo, sin duda, saboreó los goces del amor; pero aunque su seductor, á falta de otra víctima, no se alejó de ella y la prodigó, al contrario, los testimonios de su ternura, pronto se extravió de tal suerte Olga que no podía encontrar su reposo en el amor. Espantada de su situación, no osaba reflexionar más y no podía consagrarse á ninguna de sus ocupaciones habi-

tuales. Una sombría tristeza le roía el corazón. Algunas veces aún conseguía Basilio aturdirla, haciéndola olvidar sus ansiedades; pero al día siguiente la volvía á ver pálida, inmóvil, con las manos frías y una melancólica sonrisa en los labios. Y, cosa extraña, jamás ella le propuso casarse. Fué aquel un tiempo de rudos esfuerzos para Basilio, pero ningún esfuerzo podía asustarle. En tal circunstancia se condujo como un jugador experimentando. No podía contar con la discreción de Olga que, á todas horas, enrojecía, palidecía, lloraba, fuera del estado de llenar su nuevo papel. Basilio obraba por ella y por él. Bajo su turbulenta alegría, un observador perspicaz hubiera podido adivinar solamente una agitación febril. Jugaba con sus hermanos, con sus cuñadas, con sus vecinos y con los Rogatchef como con las piezas de un tablero de damas. Constantemente en guardia, tenía el aire del hombre de mundo más indiferente, y ni una mirada, ni un movimiento se le escapaba. Todas las mañanas entraba en la arena y todas las noches llevaba su victoria. Semejante tarea no le fatigaba; dormía cuatro horas al día, comía poco y se mostraba siempre fresco, alegre y risueño.

Sin embargo, la época fijada para el casamiento se aproximaba. Basilio consiguió demostrar á Pablo la necesidad de un nuevo plazo, y aún decidió al cándido joven á dirigirse á Moscou para hacer las compras

necesarias para la casa. En cuanto á él, escribió cartas y más cartas á sus amigos de San Petersburgo. No era por consideración á Olga por lo que se consagraba así á desviar de ella una sospecha peligrosa, sino por el placer que experimentaba luchando contra toda suerte de dificultades. Por lo demás, Olga comenzaba á enojarle, y después de la primera explosión de su pasión, más de una vez concluyó por mirarla casi con el mismo aire con que miraba á los Rogatchef. Para todos los que le veían, este hombre debía ser un enigma. Bajo su despiadada frialdad, á veces se hubiera creído descubrir el fuego de un alma joven y ardiente, y en sus más apasionados discursos se veía traicionarse su frialdad. Ante los extraños se mostraba con respecto á Olga tal como se le había visto siempre; cuando nadie podía observarlo, jugaba con ella como la gata con el ratón; ora la espantaba con sus sofismas; ora la importunaba con su causticidad; después, de repente, precipitándose de nuevo en sus rodillas, la llevaba como en un torbellino, apaciguándola con protestas de un amor que verdaderamente creía él sentir en aquel momento.

Una noche, muy tarde, estaba solo en su cuarto leyendo con atención las cartas que acababa de recibir de San Petersburgo, cuando su puerta se abrió dulcemente y, delante de él, apareció Catalina, la doncella de Olga.

—¿Qué quieres tú?—la dijo con tono rudo.

—Mi dueña os suplica que paséis á su lado.

—No puedo ahora. Retírate. Y bien...—añadió viendo que Catalina estaba siempre en el mismo sitio,—¿qué haces ahí? ¿No me has entendido?

—Mi dueña me ha encargado deciros que es absolutamente preciso que ella os vea.

—¿Por qué, pues?

—Vos lo sabréis.

Se levantó, encerró sus cartas en su cofre y se dirigió junto á Olga.

Estaba sentada en la sombra, pálida é inmóvil.

—¿Qué deseáis?—la dijo con el más afectuoso tono de voz.

Olga le miró, se estremeció y cerró los ojos.

—¿Qué tienes, pues, mi querida Olga?—exclamó tomándola su mano.

Esta mano estaba helada.

Intentó responderle y la palabra espiró en sus labios. La desdichada joven sufría las consecuencias de su fatal extravío.

Esta vez, no obstante, Basilio se sintió turbado. El cuarto de Olga no estaba más que á dos pasos del perteneciente á su madre. Se sentó con precaución cerca de su infortunada víctima, tomó sus manos para recalentarlas, y la habló en voz baja. Ella escuchaba con la cabeza baja, sin poder responder una palabra, pero temblando. Cerca

de allí Catalina se deshacía en lágrimas. En la habitación vecina vibraban el movimiento de una péndola y la respiración de una persona dormida. Olga salió de su embotamiento llorando y sollozando. Las lágrimas son como el fin de una tempestad, descargan el corazón. Cuando la joven estuvo un poco más calmada, vió á Basilio arrodillado delante de ella como un niño. Este la hizo tiernas promesas, la dió una bebida refrescante, la tranquilizó y se retiró. Pero pasó el resto de la noche sin desnudarse; escribió varias cartas, quemó algunos papeles; después, tomando un medallón de oro que encerraba un retrato de mujer, con los cabellos negros, la fisonomía voluptuosa y atrevida, la miró largo rato y se puso á pasear á grandes pasos en su cuarto dormitorio. Al día siguiente le chocó ver los ojos enrojecidos é hinchados el y rostro descompuesto de la pobre Olga.

Al fin del almuerzo la convidó á dar un paseo con él por el jardín. Ella le siguió con su sumisión habitual.

Dos horas después, volvió á decir á Ana que, hallándose enferma, iba á meterse en la cama. Durante este paseo, Basilio la confesó, con la hipócrita apariencia de una profunda pena, que estaba casado secretamente, lo que era falso. En seguida comenzó á encarecer la necesidad de separarse de él y de casarse con Pablo. Olga le miraba con terror. El continuó hablándola con voz

fría, firme, resuelta; después terminó con estas palabras:

—Lo pasado está pasado. Ahora hace falta obrar.

La huérfana, anegada completamente en el sentimiento de su vergüenza y de su desesperación, pensaba que la tumba sería un dulce refugio y, no obstante, aguardaba con ansiedad la decisión de Basilio.

—Es preciso—dijo éste—confesar esta desgracia á mi madre.

Olga se puso pálida y sus rodillas se doblaron.

—No temáis nada, no temáis nada—continuó él,—fiad en mí. No os abandonaré. Cargo todo sobre mí... Veréis.

La pobre joven fijó en él una mirada que expresaba un amor decidido, aunque él no tuvo jamás en este amor esperanza alguna.

—Sí—repuso Basilio;—yo lo arreglaré todo de la mejor manera; estad segura.

Y besándola su mano, se alejó.

Al día siguiente, Olga acababa de levantarse cuando vió aparecer en la puerta de su habitación á su madre adoptiva apoyada en los brazos de Basilio. Ana se aproximó silenciosa á un sillón y se sentó. Sus cejas estaban contraídas y sus labios apretados. Irritada, indignada, su madre intentó pronunciar algunas palabras y no pudo conseguirlo. Olga la miró con espanto; su corazón latía violentamente en su pecho; se lan-

zó de rodillas al medio de la habitación y se tapó el rostro con las manos.

—¿Así, es cierto?...—murmuró Ana.—  
¿Es, pues, verdad?

Y aproximándose á la joven la sacudió rudamente por el brazo.

—Madre mía—dijo Basilio con voz suplicante,—me ha prometido usted no maltratarla.

—Sí...—respondió,—pero que haga su confesión. ¿Es verdad?

—Madre mía—repuso Basilio pronunciando lentamente estas palabras: «¡Recuerde usted!...»

Estas palabras trastornaron á la desgraciada Ana, quien cayó de espaldas sobre el respaldo del sillón, sollozando.

Olga quería ir á prosternarse á sus pies; Basilio se lo impidió y le hizo sentarse en otro sillón. Ana continuó gimiendo y murmurando palabras incomprensibles.

—Escuche usted, madre mía—dijo Basilio,—no se aflija así... El mal no es irremediable... Si Rogatchef...

Olga se levantó estremeciéndose.

—Si Pablo Rogatchef—continuó Basilio fijando en ella su imperiosa mirada—se ha imaginado que podía impunemente manchar el honor de una noble familia!...

El semblante de Olga adquirió una expresión extraña.

—¡En mi propia casa!—murmuró Ana.

—Cálmese, madre mía. Ha abusado de la

juventud de su pupila, de su inexperiencia... ¿Qué queréis decir?—gritó reparando en que la joven quería hablar.

Esta cayó aterrada en un sillón.

—Voy al instante á casa de Rogatchef. Le obligaré á casarse hoy mismo. Estad convencida de que no le permitiré gozarse de nosotros.

—Pero... ¡Basilio... Basilio!—dijo con voz temblorosa Olga.

El la miró de nuevo friamente y ella no se atrevió á añadir una palabra.

—Madre mía—continuó Basilio,—permítame usted dejarla tranquila hasta mi vuelta... Vea usted, está medio muerta. Y vos también, vos también tenéis necesidad de reposo. Fíad en mí, respondo de todo. En todo caso no os atormentéis, no la atormentéis. Parto, y estaré pronto de vuelta... Venga usted—dijo volviéndose hacia su madre,—déjela usted sola, se lo suplico.

Ana se levantó, se prosternó en tierra delante de las santas imágenes; después siguió en silencio á su hijo. Olga la miraba inmóvil y muda. De pronto, Basilio se aproximó á ella y, tomándola su mano, la dijo al oído:

—Tened confianza en mí, no os traicionéis y todo irá bien. ¡Boursier!—gritó bajando rápidamente la escalera—¡Boursier!

Un cuarto de hora después estaba en el carruaje acompañado de su criado.

Aquel día el viejo Rogatchef no estaba

34937

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"  
Año 1925 MONTERREY, N. L.

en su casa. Había ido á la ciudad vecina á comprar telas para vestir á su gente. Pablo se encontraba solo en su gabinete contemplando una colección de mariposas. Con la vista fija, la cabeza inclinada, picaba con precaución con un alfiler entre las frágiles alas de una esfinge nocturna, cuando de repente sintió caer sobre su espalda una mano bastante pesada, y apercibió á Basilio.

—¡Ah, buenos días!—dijo, no sin cierta sorpresa.

Basilio se sentó en frente de Pablo.

Este intentó sonreír, pero lanzando una mirada sobre su vecino, quedó mudo, con la boca abierta.

—Dígame usted, Pablo—preguntó Basilio con voz grave.—¿Tiene usted intención de casarse pronto?

—Yo... pronto... sin duda... por mi parte... Pero como usted y su hermana... En cuanto á mí, estoy pronto.

—A maravilla. ¿Está usted siempre impaciente, Pablo?

—¿Cómo, pues?

—Escuche usted—continuó Basilio levantándose.—Lo sé todo. Usted me comprende; y yo le ordeno casarse con Olga mañana, sin más tardar.

—Permítame usted... permítame... ¡usted me ordena!... Cuando he querido obtener la mano de Olga, nadie me lo ha ordenado... y le confieso, Basilio Ivanowitch, que no le comprendo.

—¿Que no me comprende usted?

—No, en verdad.

—¿Me da usted su palabra de casarse mañana?

—Perdóneme; ¿no ha sido usted mismo quien ha retardado mi casamiento? Sin usted, ¿no se hubiera celebrado hace ya mucho tiempo? Ahora no tengo ningún deseo de renunciar á él. Pero, ¿qué significan sus mandamientos y amenazas?

Rogatchef se enjugó la frente.

—¿Me da usted la palabra que le pido?—exclamó Basilio después de un instante de silencio.—Responda usted sí ó no.

—Sí... la doy... pero...

—Muy bien... Piénselo. Ella lo ha confesado todo.

—¿Quién?

—Olga.

—¿Qué ha confesado, pues?

—¡Ah! Pablo Athanasewitch, ¡qué disimulado ha sido usted conmigo!

—¿En qué, pues? No le comprendo. No, positivamente no le comprendo, y no puedo imaginar lo que Olga haya tenido que confesarle.

—Me impacienta usted...

—Que Dios me haga morir, si...

—No, soy yo quien te hará morir, si no te casas. ¿Lo oyes?

—¡Cómo!—gritó Pablo colocándose delante de Basilio.—¿Qué dice usted? ¿Qué quiere decir de Olga?

—Tú eres un enamorado astuto, amigo mío —replicó Basilio golpeándole en la espalda;—eres bien astuto, con tu apariencia modesta.

—¡Dios mío, Dios mío! Es para volverme loco. ¿Qué quiere usted decir, pues? ¡Le conjuro, en el nombre del cielo!

—Basilio se aproximó á él y murmuró algunas palabras en sus oídos.

Rogatchef lanzó un grito.

—¿Es posible? ¿Olga Ivanowna, Olga?

—Sí... ¡Su desposada!

—¿Mi desposada?... No, no la conozco más. Que Dios vaya en su ayuda. ¡En cuanto á mí... ¡Engañarme así!... ¡Olga, Olga! Al pronunciar estas palabras, lloraba.

—¡Gracias, Basilio Ivanowitch, gracias—añadió,—yo no quiero verla más. No me hable usted más. ¡Ah, Señor, qué suerte!

—¡Basta de niñadas!—repuso friamente Basilio.—Recuerde usted que tengo su palabra y que mañana se casará usted.

—No, Basilio Ivanowitch, se lo repito; ¿por quién me toma usted? ¿Qué honor quiere usted hacerme? Soy de usted humilde servidor.

—Como á usted le plazca. Saque usted su espada.

—¿Por qué sacar mi espada?

—¿Por qué? Le encuentro á usted muy divertido,—dijo Basilio sacando de su vaina una fina y flexible espada francesa que hizo doblar sobre el entarimado.

—¿Quiere usted batirse conmigo?

—Sin duda.

—Pero, se lo suplico, Basilio Ivanowitch, póngase usted en mi lugar, cómo podría yo... Juzgue usted mismo, porque tengo principios de honor y soy gentil-hombre.

—Usted tiene principios de honor, usted es gentil-hombre, pues se batirá usted.

—¡Basilio Ivanowitch!

—¡Caballero Rogatchef, me parece que tiene usted miedo!

—No, señor. Usted ha creído asustarme; usted se ha dicho: voy á amenazarle, temblará y accederá. No. Yo no soy de esas gentes que se aterran así. Aunque no haya sido como usted educado en una capital, no tengo miedo.

—Muy bien; entonces, ¡en guardia!

—¡Jorge!—gritó Pablo Athanasewitch.

Entró un criado con el rostro trastornado por el pavor.

—Vete á buscar mi espada... ¿sabes?... está en el granero.

El criado salió. Pablo se había puesto extremadamente pálido. Levantó con precipitación su bata, se vistió su frac rojo con sus gruesos botones y anudó su corbata. Basilio le miraba, haciendo crujir los dedos de su mano derecha.

—Así—repuso Basilio,—¿consiente usted en batirse?

—¡Puesto que es preciso!... —dijo Pablo abotonándose precipitadamente la camisa.

—Créame usted, siga mi consejo... cáscese usted. En cuanto á lo demás, fíe usted en mí.

—No, Basilio Ivanowitch, es imposible. Sé que me matará usted ó que me mutilará. Pero quiero más morir que deshonrarme.

Jorge entró con un viejo espadón cuya vaina estaba rota; después se retiró hacia la puerta llorando. Pablo le ordenó salir. Luego, volviéndose hacia su adversario:

—¿Querría usted—le dijo—aplazar nuestro duelo á mañana? Mi padre no está aquí y desearía poder arreglar mis asuntos.

—¡Ah! ¿Es que retrocede usted aún, caballero?

—No, no, pero reflexione usted mismo.

—Me pone usted fuera de mí con sus lentitudes. Por la última vez, se lo declaro: va usted á prometerme casarse. Si no, le zurro como á una bestia y como á un cobarde.

—Bajemos al jardín—murmuró Pablo.

Repentinamente la puerta se abrió y la nodriza de Pablo, la vieja Eufemia, se precipitó en el cuarto pálido y descompuesta, y echándose por tierra y abrazando las rodillas de su joven amo:

—Padrecito mío—le dijo,—mi querido niño, ¿qué vas á hacer? No aflijas á tus servidores, mi padrecito. Ven, mi dulce paloma, ese hombre te matará. Aparta, aparta esas armas. Hijo mío, yo te conjuro, teme á Dios.

Al mismo tiempo aparecieron en la puer-

ta mucha gente azorada y viejos de luenga barba.

—Retírate, Eufemia, retírate.

—No, no, querido amo, no me retiraré. ¿En qué piensas, pues? ¿y qué responderemos á Athanase cuando vuelva? Nos echará como miserables. Y vosotros—añadió dirigiéndose á los lugareños,—¿por qué os quedáis ahí inmóviles? Cojed por las espaldas á ese huésped maldito, arrojadlo fuera y que no se le vea más por aquí.

—¡Rogatchef!—gritó Basilio furioso.

—Tú estás loca, Eufemia—dijo Pablo con dulzura,—y me deshonras. Vete en paz de Dios. Y vosotros, retiráos.

Basilio se aproximó á la ventana, sacó de su pecho un silbato de plata y dió una señal, á la cual respondió Boursier. Después volvió junto á Pablo y le dijo:

—¿Va á concluir esta comedia?

—Se lo ruego aún—respondió Pablo:—concédame usted hasta mañana para hacer mis últimas disposiciones.

—Vamos, veo...—replicó Basilio—de qué modo es necesario hablar á usted...—Y levantó su bastón.

A este ademán, Rogatchef, repeliendo con una mano á Eufemia y sacando con la otra su espada, franqueó bruscamente el umbral de la puerta que se abría sobre el jardín. Basilio le siguió. Los dos entraron en un pequeño pabellón de madera decorado con pinturas chinescas, cerraron la puerta y se

pusieron en guardia. Rogatchef había recibido algunas lecciones de esgrima; pero en aquel momento apenas sabía tenerse á la defensiva. Con el rostro pálido, el pecho comprimido, miraba con aire espantado á Basilio que, evidentemente, jugaba con su espada. Se dejaron oír algunos gritos; los lugareños acudían del lado del pabellón. De pronto un acento doloroso llegó á los oídos de Pablo. Reconoció la voz de su padre. Era su padre, en efecto, quien con los cabellos en desorden, las manos elevadas al aire, acudía á la cabeza de sus criados.

Con un rápido y vigoroso movimiento, Basilio hizo caer la espada de Pablo.

—Cásate,—le dijo—¡basta de necedades como esa!

—¡No!—respondió Pablo tembloroso.

Athanase se aproximaba.

El joven hizo con la cabeza un signo negativo:

—Pues bien, ¡que se cumpla tu destino!  
Y le hundió su cuchilla en el pecho.

La puerta del pabellón se abrió. El viejo Rogatchef encontró á su hijo moribundo. Pero ya Basilio había escapado por la ventana.

Dos horas después entró éste en el cuarto de Olga, quien se estremeció al verle. La saludó en silencio, y sacando de nuevo su espada la clavó en el sitio del corazón en el retrato de Pablo. Olga lanzó un grito y cayó de espaldas. Se dirigió en seguida jun-

to á su madre, á la que encontró de rodillas delante de las santas imágenes.

—¡Madre mía—dijo,—estamos vengados!

La pobre mujer tembló y continuó sus oraciones.

Basilio marchó á San Petersburgo. Dos años más tarde, volvía con la lengua y el cuerpo paralizados. Ana y Olga habían muerto. El murió pronto también en los brazos de Judith, que cuidaba de él como de un niño y que era el único que comprendía su tartamudez.

FIN

EL ESPADACHÍN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE VES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

211

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE VES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

COLECCIÓN REGENTE

EL ESPADACHÍN

POR

IVAN TOURGUENEFF

TRADUCCION

DE

JOSÉ OSÉS LARUMBE



BARCELONA } MÉXICO  
Ramón Sopena, Valencia, 363 } MAUCCI HERMANOS  
Apartado de Correos, 178 } Primera del Reloj, 1

## EL ESPADACHIN

---

### I

En 1829, el octavo regimiento de coraceros se hallaba de guarnición en un pueblecillo del gobierno de... Con sus *isbas* y sus pilas de heno, sus cañamares y sus verdes jardines, este pueblecillo parecía á lo lejos una isla en el centro de un vasto Océano de campos laborados, de un matiz sombrío. En medio de este pueblecillo se extendía un estanque rodeado de una tierra arcillosa y en el cual nadaba constantemente una tropa de patos. A cien pasos aproximadamente de aquella especie de balsa, el otro lado del camino, se levantaba la casa de madera del señor, abandonada por sus dueños hacia largo tiempo y tristemente inclinada á un costado. Cerca de esta casa había un jardín abandonado, en el que se veían viejos manzanos que no daban frutos y grandes abedules frecuentados

por los cuervos. En el extremo de la principal alameda, en una casita en la que en otro tiempo el propietario de aquel dominio tomaba sus baños, vivía un viejo portero gotoso que, todas las mañanas se arrastraba tosiendo á través del jardín hacia el retiro señorial, aunque nada tuviese que hacer; porque allí no había más que media docena de sillones revestidos de una tela ajada, una cómoda de extraña figura, con los pies torneados y los puños de cobre, cuatro cuadros góticos y la estatua de un negro en alabastro negro, con la nariz rota.

El poseedor de esa tierra era un apático joven que pasaba su vida ó en San Petersburgo, ó en el extranjero, sin preocuparse de aquel señorío, herencia de un viejo tío muy conocido en los alrededores por sus excelentes licores. Sus botellas vacías yacían en el almacén con diversas marcas, con registros liados en cartón de color, antiguas arañas de cristal, trajes de gentilhombre del tiempo de Catalina y una espada enmohecida sobrepujada, con puño de acero.

En una de las alas de este edificio se hallaba instalado el coronel del regimiento, un hombre de elevada estatura, casado, sombrío, taciturno, amodorrado. La otra ala ocupábala el ayudante, hombre de carácter completamente opuesto, siempre perfumado, afeitado, amante de las flores y de las mariposas. El cuerpo de oficiales

se parecía á todos los cuerpos de oficiales: se encontraban rostros agradables y fisonomías desagradables, hombres ingeniosos y hombres necios.

Entre ellos, pasaba por un espadachín cierto capitán llamado Avdici Ivanovitch-Loutchkof. Este Loutchkof era un hombrecito de figura angosta, amarillo, seco, con el pelo negro y poco abundante, fisonomía vulgar y ojos pardos. Huérfano desde su más corta edad, había crecido en la estrechez y en la penuria. Durante semanas enteras permanecía tranquilo; luego, de pronto, como si se apoderase de él algún demonio, se mostraba inquieto, enojado, miraba á todo el mundo con aire insolente y en un abrir y cerrar de ojos armaba una pendencia. Frecuentaba, sin embargo, el trato de sus camaradas, pero sólo mantenía relación con el insulso ayudante y jamás jugaba á las cartas ni bebía.

En el mes de Mayo de 1829, en el tiempo en que comenzaron los ejercicios, se vió llegar al regimiento un porta-estandarte llamado Teodoro Teodorovitch Kister. Era un joven pelirrojo perteneciente á una familia noble, de origen alemán, modesto, bien educado, instruido. Había vivido en la casa paterna hasta la edad de veinte años, bajo los protectores cuidados de su madre, de su abuela y de dos tías; luego entró en el servicio por obedecer el deseo de su abue-

lo, que hasta en su vejez no podía ver sin emocionarse un penacho blanco.

No sentía gran inclinación por la carrera militar, pero la soportaba con buena voluntad, cumplía sus deberes á conciencia y se hacía notar por su elegancia regular, exacta, sin pretensiones. El primer día de su llegada visitó á su comandante y luego atendió á su instalación. Llevaba consigo colgaduras, tapices y diferentes muebles. Hizo empapelar la casa, cubrir las rendijas de las puertas, limpiar las paredes, reparar la cuadra y las cocinas y aun quiso tener una sala de baño. Durante toda una semana se ocupó en estos trabajos y se arregló una habitación tan bonita, que causaba gozo verla. Delante de la ventana había una mesa cubierta de diversos objetos de utilidad y de fantasía; en uno de los ángulos de la habitación, una biblioteca llena de libros y decorada con los bustos de Goethe y de Schiller; en las paredes, mapas, dibujos de Gavarni, fusiles de caza, pipas con elegantes embocaduras; en el suelo, una alfombra. Todas las puertas estaban provistas de cerradura; las vidrieras estaban veladas con cortinas; en una palabra, todo en aquella habitación estaba arreglado con orden y con propiedad. ¡Qué diferencia con la casa de sus camaradas! Allí un patio fangoso, difícil de atravesar; más allá, en el vestíbulo, detrás de las destrozadas cancelas, ronca un

hombre que hace el oficio de criado; sobre el suelo, briznas de paja esparcidas; sobre el hornillo de la cocina las botas y un tarro viejo de pomada lleno de betún; en la habitación del oficial, una mesa de juego surcada de manchas de tiza; tazas en que se vierte un perverso té medio frío; en uno de los lados de esta pieza, un largo canapé grasiento y medio derrengado; en el alfeizar de la ventana, cenizas de cigarro; allí, en un viejo sillón usado, está sentado el dueño de la morada, con una bata de casa á flores y vueltas de terciopelo rojo sobajadas y un gorro asiático, bordado; á sus pies está durmiendo un monstruoso perro, con collar de cobre, y del que se exhala un repugnante mal olor. Todas las puertas están abiertas.

Teodoro Teodorovitch agradó á sus camaradas por su bondad y su modestia, por la sencillez de su corazón, por sus naturales inclinaciones á todo lo bello, en una palabra, por casualidades que, encarnadas en cualquier otro oficial, hubiesen parecido tal vez desagradables. Le llamaban la señorita y le trataban con una afectuosa cortesía.

Solamente Avdici Ivanovitch le miraba con malos ojos. Un día, después del ejercicio, se aproximó á él, con la ironía en los labios y las narices dilatadas.

—Buenos días, señor Knaster—le dijo.

Knaster le miró asombrado.

—Le presento á usted mis cumplimientos, señor Knaster—repuso Loutchkof.

—Me llamo Kister—replicó el abanderado.

—Me es igual, señor Knaster.

Teodoro le volvió la espalda y entró en su casa. Loutchkof le miró con expresión irónica.

Al día siguiente se reunió á él de nuevo.

—¿Cómo va—le dijo,—señor mamantón?

Kister se estremeció y le miró á la cara. Los ojillos leonados de Ivanovitch chispeaban con alegría maligna.

—Le hablo á usted, caballero mamantón.

—¡Caballero!—respondió Teodoro—encuentro inconveniente y necia esta burla ¿lo oye usted? ¡inconveniente y necia!

—Sea—repuso tranquilamente Loutchkof;—¿cuándo nos batiremos?

—Cuando le plazca. Mañana, si gusta.

Al día siguiente, se batieron. Loutchkof hirió al abanderado; después, con gran sorpresa de los testigos, se aproximó á él y, tomándole la mano, le pidió perdón.

Kister guardó cama unos quince días. Durante esas dos semanas, el espadachín fué á verle varias veces y se hizo su amigo. ¿Le había seducido la firmeza del joven abanderado, ó había sentido despertarse en su alma una emoción de arrepentimiento? Esto es lo que sería difícil de decir. Pero lo que quiera que fuese, ello es que se ligó íntimamente con Kister; en un

principio le llamó familiarmente Teodoro, luego, Tedo. Delante de él se transformaba y, cosa singular, no era en su beneficio, porque no estaba en su naturaleza parecer dulce y bueno. Era de los hombres que parecen haber recibido de la naturaleza el derecho de sojuzgar á los demás, sin las cualidades que pudieran justificar este privilegio.

Desprovisto de toda educación y de todo ingenio, tal vez su rudeza proviniese del sentimiento de su inferioridad intelectual y del deseo de ocultarla rigurosamente. En un principio tomó gran empeño en despreciar á las gentes con quienes tropezaba; luego, observando cuán fácil era asustarlas, llegó á despreciarlas realmente.

Era un placer para él interrumpir con su aparición una conversación algún tanto culta.

—Yo no sé nada—se decía entonces,—yo nada he aprendido, no tengo familia alguna y no debéis saber nada más ni hacer gala de vuestra ilustración delante de mí.

Si cedió á la influencia de Kister, es porque tal vez no encontró hasta entonces un ser verdaderamente idealista, es decir, un hombre generoso, una naturaleza llevada franca é ingenuamente á lo ideal, llena de indulgencia y sin amor propio.

Entre él y su nuevo amigo ocurrieron escenas como ésta:

Avdici llega por la mañana á casa de Kister, enciende su pipa y se sienta en un sillón. Allí no siente vergüenza de su ignorancia; cuenta con la modestia germánica del joven portaestandarte, y tiene razón.

—¿Qué hiciste anoche?—le pregunta.—¿Leiste, sin duda?

—Sí.

—¿Y qué leiste?—le dice con un tono, sin embargo, un poco chancero.

—Leí un idilio de Kleist. ¡Ah, qué bonito es! Escucha, quiero darte á conocer algunos pasajes...

Y Kister lee con entusiasmo, y Avdici, frunciendo las cejas y apretando los labios, le escucha con atención.

—¡Sí, sí!—murmura con desagradable sonrisa—es bonito... muy bonito... recuerdo haber leído eso... muy bonito. Pero, dime—agrega lentamente y como á pesar suyo,—¿qué plenas de Luis XIV?

Kister se pone á desarrollar sus ideas sobre el gran rey. Loutchkof le escucha y no comprende todo lo que le dice su amigo, ó lo comprende desafortunadamente. Luego quiere hacer algunas observaciones, y para hacerlas, se siente terriblemente embarazado. «¡Si iré á cometer una majadería!»—se dice.—Y, en efecto, las comete con mucha frecuencia. Pero el buen abanderado no se las reprocha; le deja hablar y se rego-

cija pensando en que el rudo espadachín tiene deseo de instruirse.

¡Ah! Dios sabe por qué Avdici interrogaba á su amigo; pero no era en modo alguno por su deseo de instruirse. Era, acaso, porque procuraba darse cuenta á sí mismo de su estado intelectual, para saber si su cabeza era dura ó si sencillamente se hallaba privada de instrucción. Algunas veces se decía con amarga sonrisa: «Positivamente, soy un majadero.» Y entonces se levantaba con aire bravucón y fijaba una siniestra mirada provocadora en los que en tales momentos parecían observarle.—«¡Ah!—murmuraba.—Vosotros tenéis educación, sois instruidos, pero no intentéis...

Los oficiales no se ocuparon mucho tiempo de la súbita amistad de Loutchkof con el abanderado. Estaban acostumbrados á sus extravagancias. Kister ensalzaba por todas partes á su amigo y no se le contradecía porque se temía al espadachín, y este extraño personaje jamás pronunciaba el nombre del joven abanderado, pero concluyó de frecuentar el trato del sentimental ayudante.

## II

A los propietarios de la Rusia meridional les gusta recibir en sus casas á los oficiales, darles balles y buscar entre ellos maridos para sus

hijas. A diez minutos aproximadamente del pueblo de Kirilof, en donde residían los héroes de esta historia, vivía un tal Perekatof, poseedor de un pequeño dominio, de una bonita casa y de cuatrocientos campesinos poco más ó menos. Su mujer se llamaba Nenila Makarievna y tenía una hija de diez y ocho años, llamada María. El señor Perekatof había servido algún tiempo en caballería; pero abandonó su regimiento por amor á las tranquilidades campestres, por su inclinación á la pereza, y vivía como viven los gentiles hombres lugareños que no tienen más que una mediana fortuna.

Su mujer estaba emparentada, por nacimiento poco legítimo, con un importante personaje de Moscou. Su protector la había hecho educar con esmero en su propia casa; pero, en cuanto encontró ocasión, se apresuró á colocarla como un objeto de difícil salida, porque ella no era bonita y no tenía más que una dote de diez mil rublos. Perekatof se juzgó dichoso al casarse con una mujer que había recibido tan brillante educación y que tenía tan alto parentesco. Después del casamiento, el noble dignatario de Moscou continuó mostrándose muy afectuoso hacia la joven pareja: se dignaba recibir las cordones que Perekatof le enviaba y le llamaba su amigo y aun á veces le tuteaba.

Nenila dominaba á su marido y gobernaba enteramente la casa, por lo demás con inteli-

gencia y ciertamente mucho mejor que hubiera podido hacerlo el mismo Perekatof. Sin hacerle sentir demasiado penosamente su yugo, le tenía bajo su dominio; ella misma le prescribía los trajes que debía llevar y le hacía vestir á la inglesa. Quiso también que se dejase crecer la barba para ocultar una verruga que tenía en la barbilla y que parecía una frambuesa madura; decía á los que iban á verla que, como su marido tocaba la flauta, la barba del labio inferior le ayudaba á sostener más fácilmente el instrumento.

Desde por la mañana, Perekatof se hallaba peinado, rizado y engalanado con una larga corbata. Parecía bastante contento con su suerte; casi hacía lo que le venía en gana, comía bien y dormía tanto como le era posible. Los vecinos decían que Nenila había introducido en su casa costumbres extranjeras. No tenía para su servicio más que un reducido número de criados, vestidos con cuidado. Su amor propio la atormentaba: aspiraba á ver á su marido vestido de cualquier función electiva entre la nobleza del distrito; pero aun dando en su casa buenas comidas, los nobles del país no le daban sus sufragios. Ora elegían al mayor Bourkoltz, ora á otro mayor retirado. Encontraban al señor Perekatof con el aire muy afectado.

Su hija María se le parecía. Educada por su madre con el mayor cuidado, hablaba perfecta-

mente el francés y tocaba muy bien el piano. Era de mediana estatura, blanca y regordeta. Una dulce y alegre sonrisa animaba su cara un poco gruesa; sus rubios cabellos, sus ojos grises y el armonioso metal de su voz producían una impresión agradable. Además, no tenía prejuicios ridículos, ni afectación, ni podía dejar de reconocerse su instrucción, muy rara entre las señoritas del campo, la facilidad de su elocución, la sencillez de su lenguaje, la tranquilidad y honesta expresión de sus miradas. Se gobernaba casi á su capricho, pues su madre no la violentaba imponiéndose en nada.

Un día, al medio día, se encontraba reunida en el salón toda la familia. El señor Perekatof, que vestía traje verde, una gran corbata á cuadros, pantalón de fantasía, con polainas, estaba sentado junto á la ventana y cazaba moscas gravemente. Su hija estaba inclinada sobre su bastidor de tapicería; su manita regordeta, medio cubierta con un mitón negro, se levantaba y bajaba graciosamente sobre su cañamazo. Nenila Makarievna estaba echada sobre el diván, la frente pensativa, los ojos fijos en el suelo.

—Sergio Sergevitch—dijo á su marido,—¿has enviado invitaciones al regimiento?

—¿Para esta noche? Sin duda. Temo que no tengamos bastantes caballeros para hacer bailar á las señoritas.

Sergio suspiró como si le afligiese aquella escasez de caballeros.

—¡Mamá!—exclamó de pronto María.—¿Venirá el señor Loutchkof?

—¿Quién es ese Loutchkof?

—Un oficial. Se dice que es muy interesante.

—¿Y eso?

—Sí. Ni es hermoso ni joven; pero todo el mundo le teme porque es un terrible duelista (Nenila frunció el ceño) y desearía conocerle.

—¿Y qué esperas ver en él, hija mía?—preguntó Perekatof.—¿Te figuras, acaso, que sea un lord Byron (en aquella época comenzaba á hablarse de lord Byron en Rusia.) ¡Qué locura! Mira: también yo pasé en mi tiempo por un mala cabeza.

María miró á su padre con sorpresa, sonrió y luego le abrazó. Nenila sonrió también. Sin embargo, Sergio no mentía.

—No sé—repuso la dueña de la casa—si tendremos á ese personaje. Yo he rogado al coronel que trajese sus oficiales. Tal vez el señor Loutchkof se dignará venir con ellos.

María suspiró.

—No vayas á enamorarte de él—dijo Sergio Sergevitch.—¡Como las mujeres tienen ahora tales entusiasmos!

—No, padre mio—respondió ingenuamente María.

Nenila lanzó una fría mirada sobre su marido.

Sergio, después de haber volteado entre sus dedos largo rato la cadena de su reloj, con aire confuso cogió su sobretodo y su sombrero y salió para visitar su cortijo. Su perro le seguía humilde y tímidamente. El inteligente animal comprendía que su dueño no era el soberano de la casa y se conducía con prudencia y reserva.

Nenlia se aproximó silenciosamente á su hija, la levantó con dulzura la cabeza y, mirándola con fijeza, la dijo:

—¿Tú te confesarás conmigo cuando ames?

María bajó sonriendo la mano de su madre é hizo repetidas veces un gesto afirmativo.

—Piénsalo—añadió su madre saliendo para reunirse con Sergio.

María se reclinó en el respaldo de su sillón, la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas, y miró largo espacio de tiempo por la ventana, mientras un ligero color rojo coloreaba sus mejillas. Se levantó para ponerse al trabajo, perdió su aguja, pensó, se mordió ligeramente las uñas; se dió un vistazo á los hombros y á sus brazos extendidos; luego, de pronto, se aproximó al espejo, se miró, cogió su sombrero y bajó al jardín.

Hacia las ocho de la noche llegaron los invitados. Nenlia recibía graciosamente á las mujeres; María, á las jóvenes. Sergio se entretenía con los propietarios, hablando de asuntos

agrícolas, y á cada momento miraba á su mujer. Pronto aparecieron algunos oficiales, luego el coronel seguido del ayudante, de Kister y de Loutchkof, que fué presentado por aquel á la misma dueña.

Loutchkof la saludó sin pronunciar una palabra; Kister balbuceó un cumplido vulgar. Sergio se adelantó al encuentro del coronel y le estrechó vivamente la mano, mirándole con expresión tal que enseñó hasta el blanco de los ojos.

Se organizó el baile. Kister invitó á María á una escocesa. Este baile privaba todavía en aquel tiempo.

—¿Por qué—le dijo ella cuando se encontraron en el extremo de la sala—no baila el amigo de usted?

—¿Qué amigo?

María le indicó á Loutchkof.

—No baila nunca.

—¿Por qué, pues, ha venido aquí?

—El desearía—respondió el abanderado sonriendo—tener el placer de...

La joven le interrumpió.

—Me parece—le dijo—que no hace mucho tiempo que está usted en nuestro regimiento.

—¿En vuestro regimiento?—repuso Kister sonriendo,—no, no hace mucho tiempo.

—¿Y se aburre usted en este país?

—No, en verdad... Desde luego, he encon-

trado una sociedad muy agradable... después, la naturaleza...

El joven oficial se puso á hacer una descripción de la naturaleza del país. María le escuchaba con la cabeza baja. Loutchkof, sentado en un rincón, miraba con aire indiferente á las parejas de bailarines.

—¿Qué edad tiene el señor de Loutchkof?— preguntó repentinamente María.

—Según creo, treinta y cinco años.

—Se dice que es un hombre peligroso, violento.

—Es un poco irascible; pero por lo demás es un buen muchacho.

—Se dice que le temen todos.

Kister se sonrió.

—Y usted ¿le teme también?

—Es mi amigo.

—¿De verdad?

En aquel momento se dejaron oír los primeros acordes de la música y las parejas se dispusieron á bailar.

Los dos jóvenes se pusieron en movimiento y saltaron á lo largo de la sala.

Concluido aquel baile, el abanderado se acercó al capitán, y le dijo:

—Te felicito. La hija de la dueña de la casa no ha hecho más que hablar de ti.

—¿Verdaderamente?— replicó Loutchkof en tono desdeñoso.

—¡Hombre feliz! Por mi fe que es bonita. Mírala.

—¿En dónde está?

—Allí.

—Sí, no es fea.

Y Loutchkof bostezó.

—¡Qué hombre más frío!—exclamó Kister corriendo á invitar á otra señorita.

Avdici se había regocijado por lo que su amigo acababa de decirle, aunque bostezase y aunque este bostezo lo hubiese hecho de una manera inconveniente; su orgullo se lisonjeaba con haber despertado la curiosidad. Si despreciaba el amor, sólo era de palabra; sabía que le era difícil hacerse amar, pero podía fácilmente pasar como un hombre reservado é indiferente.

No era ni guapo ni joven, pero gozaba de una singular reputación, y se alimentaba en silencio con la amarga satisfacción de su aislamiento. Más de una vez habíase atraído la atención de las mujeres, y algunas habían intentado aproximarse á él, pero él las alejaba con su ruda impasibilidad; sabía que en el momento de una entrevista, de una declaración, se mostraría al principio vulgar y desgraciado, después grosero hasta la simpleza ó hasta la injuria. Se acordaba de dos ó tres mujeres, con las cuales había tenido algunas relaciones, y que, al observarle más de cerca, se habían alejado de él... A consecuencia de aquellos desgraciados inten-

tos, resolvió tomar su enigmática actitud y despreciar lo que la suerte no quería concederle. Los hombres, por regla general, no sienten otra clase de desprecio. Loutchkof no podía tener una manifestación de pasión franca, recta, espontánea; aun en su cólera se imponía el empeño de un papel. Kister era el único que, según él, se engañaba; era el único que podía oír sin repugnancia las carcajadas de Avdici; los ojos del buen alemán centelleaban de alegría cuando leía algunas hermosas páginas de Schiller al espadachín y cuando éste bajaba la cabeza con aire feroz...

Kister balló hasta que le rindió la fatiga. El capitán no se separó de su rincón; fruncía el ceño, arrojaba de vez en cuando, y á hurtadillas, una mirada sobre María, y en cuanto la suya tropezaba con la de la joven, volvía la vista con una indiferencia afectada.

María balló tres veces con el abanderado. El carácter entusiasta del joven oficial atrajo su confianza; conversó con él bastante alegremente, pero, en el fondo de su corazón, estaba inquieta. Loutchkof la preocupaba.

La orquesta dió la señal de la mazurka. Los oficiales se pusieron en movimiento, los tacones de las botas resonaban sobre el suelo, las chareteras volteaban sobre los uniformes. Los funcionarios civiles se mostraban tan animados como los oficiales. Loutchkof quedó inmóvil en su

sitio, y su mirada apática siguió á los grupos de balladores. Súbitamente sintió que le golpeaban ligeramente en la espalda y se volvió. Uno de los oficiales le señalaba á María. La joven estaba allí, delante de él, con los ojos bajos y tendiéndole la mano. En un principio el salvaje capitán la contempló con sorpresa, luego se desabrochó el cinturón, se quitó el sombrero, avanzó torpemente á través de los sillones, cogió la mano de María y dió algunas vueltas por la sala, pero sin distraerse y sin bailar como sus camaradas. Se hubiera dicho que cumplía con pena un deber enojoso. En cuanto á la joven, sentía latir su corazón.

—¿Por qué no baila usted?—dijo ella por fin.

—No me gusta bailar—respondió...—¿En dónde está el sitio de usted?

—Allí.

La condujo á su sitio, se inclinó friamente y volvió á su rincón; pero en secreto su orgullo triunfaba. Un sentimiento de satisfacción le removía alegremente la bilis.

Kister fué á invitar á María.

—¡Qué extravagante es ese amigo de usted!—le dijo ella.

—¡Hola! Le preocupa mucho—respondió él guiñando finamente sus hermosos ojos azules.

—¡Tal vez—dijo María—sea un desgraciado!

—¡El, un desgraciado!—exclamó el abanderado riéndose.—¡Qué ocurrencia!

—No lo sabe... no lo sabe usted—repuso María sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que yo no sé?

La joven sacudió de nuevo la cabeza, miró á Leutchkof, quien, observando esa mirada, se encogió de hombros y se retiró á otra habitación.

### III

Han transcurrido algunos meses. El capitán no ha reaparecido más por casa de los Perekatof. Kister, por el contrario, hace frecuentes visitas. A Nenila le gusta verle. Pero no es ella la que le atrae á la casa, es María. En su candor, y en su corto conocimiento de la vida, experimenta un gran placer en un cambio afectuoso de ideas y de sentimientos, y cree ingenuamente en la posibilidad de una dulce y firme amistad entre un joven y una joven.

Un día, los hermosos caballos enganchados á su carruaje, le llevaron rápidamente hacia la casa de Perekatof. Era en verano. El ambiente estaba pesado y cálido; ni una nube en el cielo, pero en el horizonte se elevaba una especie de vapor espeso que anunciaba una tempestad.

Las ventanas de la habitación que la familia de Perekatof ocupaba durante el estío, según la costumbre seguida en el país, miraban á Levante. Desde por la mañana, Nenila había he-

cho cerrar los postigos. Kister avanzó con precaución por el obscuro salón; la luz no penetraba sino por los intersticios de las persianas y se proyectaba sobre la repisa, reflejándose en las paredes.

Kister fué acogido por toda la familia, como de costumbre, muy amistosamente. Después de la comida Nenila se retiró á su dormitorio para echar la siesta; Sergio se sentó en un diván del salón; María se colocó delante de su bastidor, y el abanderado se puso enfrente de ella.

La joven se inclinó sobre su cañamazo sin descubrirlo, y apoyó la cabeza sobre la mano. Kister hablaba; ella le escuchaba con aire distraído, como si aguardase alguna cosa.

De cuando en cuando lanzaba una mirada sobre su padre; luego, de repente, extendió una mano á Teodoro:

—Venga usted aquí—le dijo,—y hable en voz baja. Mi padre está adormecido.

En efecto, Perekatof dormía según su costumbre con la cabeza apoyada en el respaldo del canapé y la boca entreabierta.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Kister con curiosidad.

—Va usted á burlarse de mí.

—¿Cómo pues?

María bajó la cabeza de tal suerte que no enseñaba más que la parte superior del rostro; el resto quedaba oculto entre sus manos; luego,

con voz tímida y un poco entrecortada, preguntó al joven oficial por qué no llevaba nunca consigo al capitán.

No era la primera vez que la joven se acordaba de Loutchkof desde el día del baile.

Kister no respondió.

María le miró tímidamente á través de sus dedos.

—¿Es necesario—le dijo Teodoro,—que le explique á usted francamente mi pensamiento?

—Sin duda alguna. ¿Por qué no me lo había de decir?

—Pues bien; me parece que Loutchkof le ha causado á usted viva impresión.

—No—respondió ella inclinándose sobre su cañamazo como para observar desde más cerca el dibujo. (En aquel momento un rayo de luz dorada centelleaba sobre sus cabellos).—No—repitió,—pero...

—¿Pero qué?

—Vea, pues, si...—repuso levantando la cabeza y recibiendo el rayo de luz en los ojos.—Piense, pues, que... si él...

—¡Ah! ¿que si él falta?

—Sí...—replicó María con voz baja, enrojeciendo y volviendo la cabeza á un lado;—sí, hay en él un no sé qué... ¡Se burla usted de mí!—exclamó de pronto, mirando fijamente á Teodoro.

Por los labios del portaestandarte vagaba una dulce sonrisa.

—Le digo—repuso ella,—todo lo que me pasa por la cabeza. Sé que es usted... (no se atrevía á pronunciar el nombre de amigo), que es bueno para mí.

Kister se inclinó. María le tendió la mano en silencio; él le besó respetuosamente la punta de los dedos.

—¡Es verdaderamente original!—agregó ella inclinándose de nuevo sobre su bastidor.

—¡Original!

—Ciertamente. Me interesa por su originalidad; no por otra cosa.

—Loutchkof—repuso gravemente el abandonado,—es un hombre notable, distinguido. No se le conoce en nuestro regimiento; no se sabe apreciarle; no se le juzga más que por la superficie. Sin duda es de carácter duro, singular, impaciente; pero es de buen corazón.

María le escuchaba con ansiedad.

—Lo traeré—prosiguió Teodoro,—le diré que hace mal en evitar verla y que es una ridiculez por su parte mostrarse tan feroz... le diré... ¡Oh! ya sé bien lo que debo decirle... Pero usted no supone que yo...

Kister se detuvo embarazado, y la joven estaba igualmente confusa.

—En fin—repuso aquel,—pienso que agradecerá á usted.

—Como me agradan otros.

—¡Bien, bien! lo traeré.

—Pero no vaya usted á...

—No tenga cuidado. Le respondo, todo irá bien.

—¡Ah! usted es...

María no pudo concluir la frase, pero amenazó con el dedo al joven oficial.

El señor Perekatof bostezó y abrió los ojos.

—Me parece—murmuró—que he dormido.

María y Kister se pusieron á hablar de Schiller.

Sin embargo, Teodoro no tenía su conciencia tranquila. Sentía despertarse en él un sentimiento de envidia y se dirigía generosamente reproches.

Nenlla regresó al salón y se le sirvió el té. Sergio hizo pasar á su perro varias veces por encima de su bastón, y refirió como él mismo le enseñaba toda clase de lindas cosas. El fiel animal, como si le hubiese comprendido, agitó modestamente su cola, se lamó los hocicos y guiñó los ojos.

Al anoecer, habiéndose levantado un viento fresco que convidaba al paseo, se dirigieron hacia un bosque de abedules. Teodoro miraba constantemente á la joven, deseando hacerle una señal para darle á entender que cumpliría su misión. María estaba alternativamente alegre y pensativa. Kister disertaba en tono bastante enfático, á ratos sobre el amor, sobre la amistad á ratos. Pero una escrutadora mirada de

Nenlla le interrumpió de pronto en su discurso.

Los rayos del sol poniente resplandecían en el horizonte. Delante del bosque de abedules se extendía una vasta pradera. María tuvo deseos de jugar al *gerelki* (1). Se hizo venir á los criados de la casa. Perekatof se puso delante con su mujer, Kister con María. Echaron á correr lanzando ligeros gritos. El ayuda de cámara en jefe tuvo el atrevimiento de separar á Sergio y Nenlla; una doncella se dejó respetuosamente atrapar por el dueño. Kister no se dejó separar de su compañera. Al ir á cambiar de puesto, el abanderado murmuró algunas palabras á María, quien, con el rostro sofocado por este rápido ejercicio, le escuchaba sonriente y pasándose la mano por los cabellos.

Kister se marchó después de cenar.

La noche estaba calmosa y estrellada. Se quitó su casco. Sentía el corazón agitado y un poco triste. «—Si—se dijo,—ella le ama. ¡Y bien! yo justificaré su confianza, aproximaré el uno al otro.

Aunque nada denunciasen claramente los verdaderos sentimientos de María respecto á Loutchkof; aunque en realidad no hubiese ex-

(1) Un juego en que las personas se colocan por parejas, una delante de otra. Las personas colocadas detrás se ponen á correr y la que está delante trata de desunirlas cogiendo á una. La que queda sola, se pone delante á su vez.

perimentado más que cierto deseo de curiosidad, Kister se forjaba ya toda una novela y se imponía á sí mismo un deber de conciencia. Al cumplimiento de ese deber inmolaba sus propias inclinaciones.—«Estoy obligado—se decía—y tanto más cuanto que hasta ahora no he visto en él sino una leal adhesión.»

Había leído mucho y por eso se creía experimentado y sagaz. No se daba á sí mismo cuenta de la realidad de sus suposiciones y no comprendía el verdadero carácter de la vida humana, que sin cesar varía y no se renueva jamás. Poco á poco se exaltó en sus proyectos y pensó con emoción en la misión que iba á cumplir. Ser el intermediario entre una tímida joven y un hombre que no se mostraba tal vez tan endurecido sino porque aun no había amado ni había podido hacerse amar, poner en relación al uno con la otra, explicarles á los dos sus propios sentimientos, luego alejarse, sin dejar que ni siquiera se sospechase el sacrificio á que se había condenado; ¡qué noble resolución! A pesar de la frescura de la noche, la cara del joven soñador estaba inflamada por el ardor de su cerebro.

Al día siguiente, temprano, entró en la habitación del capitán.

Según costumbre, Loutchkof fumaba en su pipa, sentado en el canapé.

Después de darle los buenos días, Kister le dijo en tono solemne:

- Ayer estuve en casa de los Perekatof.  
 —¡Ah!—respondió el capitán con su indiferencia habitual.  
 —Son gentes muy amables.  
 —Verdaderamente.  
 —He hablado de tí.  
 —¡Mucho honor! ¿Y con quién?  
 —Con los padres y... con la hija.  
 —¡Ah! ¿Aquella mofletudita?  
 —Una señorita encantadora, Loutchkof.  
 —Todas las jóvenes son adorables.  
 —No. Pero tú no conoces á aquella. No he encontrado todavía una naturaleza tan espiritual, tan buena, tan interesante.  
 —¿Has leído la *Gaceta de Hamburgo*?—y Loutchkof se puso á cantar con voz nasal:

Como que el célebre Munich  
 Ha batido á sus enemigos (1)

- Pero yo te hablo de...  
 —Tú estás enamorado de ella, Tedo!...  
 —No, de ningún modo; ni siquiera he soñado en ello.  
 —¡Tedo, tú estás enamorado de ella!  
 —¡Qué locura! ¡Como si fuese posible!...  
 —¡Te digo, mi querido ami... i... i... i...—can-

(1) Varios versitos; una especie de sierra del regimiento.

tó de nuevo el capitán,—que tú estás enamorado de e... e... e... ella!

—¡Ea, vaya!—gritó Kister con impaciencia.

Tratándose de otro, Loutchkof hubiera persistido; pero no quería contrariar al abanderado.

—Vamos, vamos—dijo,—mi querido Iván, no nos incomodemos, hálbame alemán.

—Escucha, Avdici—dijo vivamente Kister sentándose junto á él;—tú sabes que te quiero (Loutchkof hizo un ligero gesto); pero debo confesártelo, hay en ti una cosa que no me agrada: que no quieres conocer á nadie, que permaneces constantemente separado y que aun huyes de las gentes con quienes podrías mantener relaciones agradables. Hay, sin embargo, gentes cuyo trato es bueno frecuentar. ¡Buena! Yo admito que hayas sido engañado en el curso de tu existencia, que te hayas endurecido, que no quieras arrojarte al cuello del primero que llegue; pero, ¿por qué huir del mundo?

Loutchkof continuaba fumando flemáticamente.

—Resulta de tus hábitos de aislamiento que nadie te conoce, como no sea yo; los demás tienen de ti Dios sabe qué opiniones... Avdici—repuso Kister después de un instante de silencio,—¿crees en la virtud?

—Creed eso y bebed agua—respondió Loutchkof.

El joven abanderado le estrechó la mano.

—Quisiera—prosiguió con un tono de voz afectuoso—reconciliarte con la vida. Te volverías alegre, risueño; te regenerarías. ¡Qué gozo sería ese para mí! Únicamente, permíteme que en un momento oportuno haga mis combinaciones contigo. Veamos, hoy es lunes... mañana, martes... miércoles... Ven conmigo el miércoles á ver á los Perekatof. Estarán muy contentos de recibirte y nosotros pasaremos allí algunas horas felices... Ahora, dame una pipa.

Avdici quedó inmóvil en el canapé, con los ojos fijos en el cielo raso. Kister encendió su pipa, se aproximó á la ventana y se puso á golpear con los dedos los cristales.

—Así—dijo de pronto Loutchkof,—¿se ha hablado de mí en esa casa?

—Sí.

—¿Y qué se ha dicho?

—Que desean conocerte.

—¿Quién lo desea?

—¡Ah! ¡qué curioso te vuelves!

Avdici tocó la campanilla y ordenó á su criado que ensillase su caballo.

—¿A dónde vas?

—Al picadero.

—¡Avdici! es cosa convenida. ¿Iremos á casa de los Perekatof?

—Sí—replicó con aire negligente Loutchkof, tendiéndose sobre el canapé,—iremos.

—¡Qué hombre!—murmuró Kister; y salió pensativo y suspiró profundamente.

## IV

María se aproximó á la puerta del salón cuando se anunció la llegada del capitán y del porta-estandarte; luego entró precipitadamente en su habitación y se adelantó hacia el espejo... Su corazón latía violentamente. Una doncella vino á decirle que se la esperaba en el salón. María bebió un vaso de agua, se detuvo un instante en la escalera y luego bajó. Su padre no estaba en casa. Su madre se hallaba sentada en el canapé; Loutchkof en un sillón, con su sombrero de uniforme sobre las rodillas; Kister, á su lado. Los dos se levantaron al acercarse la joven, el abanderado con su dulce y amistosa sonrisa, Loutchkof con aire grave y encogido. María les saludó con cierto embarazo y se sentó junto á su madre. Pronto, sin embargo, se tranquilizó y observó al capitán: éste respondía á las preguntas de Nenila brevemente y con tono de inquietud; era tímido como todas las gentes vanidosas.

Nenila propuso á sus huéspedes dar un paseo por el jardín y ella se quedó en el balcón. Se creía obligada á no separar los ojos de su hija y á seguirla por todas partes paso á paso, con un ridículo colgando del brazo, como la mayo-

ria de las mujeres que habitan en provincias.

El paseo duró largo rato. María conversó vivamente con Kister, pero no se atrevía á mirarle, ni aun á mirar al capitán. Este no decía nada. En cuanto al abanderado, se hallaba como sobrecitado: reía y hablaba mucho.

Durante el paseo, pasaron junto á un arroyo. A algunos pies de la orilla, una hermosa azucena acuática extendía su fresca corola en la apacible superficie del agua.

—¡Qué preciosa flor!—dijo la joven.

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando ya Loutchkof, desenvainando su sable, hirió el delicado tallo é inclinándose sobre el agua, intentó coger la flor.

—¡Tenga cuidado!—gritó María asustada;—el paraje es profundo.

Loutchkof atrajo la flor hacia la orilla con la punta de su espada, á los mismos pies de María, quien la cogió y miró al capitán con una dulce y risueña expresión.

—¡Bravo!—exclamó Kister.

—¡Y yo no sé nadar!—agregó Loutchkof.

Esta reflexión desagradó á María.

—¿Qué necesidad tenía de hacérsosla?—se dijo para sí la joven.

Los dos amigos prolongaron su visita hasta la noche. Por el alma de María pasaba algo extraordinario. Más de una vez pareció pensativa é irresoluta. Su paso, además, era más len-

to y no se separaba de su madre; antes al contrario, parecía buscar sus miradas é interrogarlas.

Durante la velada, Loutchkof guardó á María atenciones un poco rudas, pero aquella rudeza engañaba aún más su inocente amor propio.

Cuando Loutchkof se marchó con su amigo, prometiendo volver muy pronto, la joven entró en su habitación y paseó sus miradas en torno suyo con cierta especie de asombro. Nenila se aproximó á ella, y la acarició y besó según su costumbre. María entreabrió los labios como para hablar y no pudo pronunciar una palabra. Quería hacerle una revelación y no sabía qué decir. Se hallaba grandemente turbada.

Al acostarse puso en un vaso de agua la flor cogida por Loutchkof; colocó el vaso sobre la mesilla de noche, lo tomó entre sus manos al ocharse en el lecho, y con sus labios de niña rozó los frescos pétalos.

—¡Hola!—dijo Kister á su amigo al día siguiente.—¿Te gustan los Perekatof? ¿No tenía yo razón?

Loutchkof no respondió.

—¡Pero, habla, hombre!

—En verdad, no sé.

—¿Cómo?

—Pues bien, sí... esa joven... ¿Cómo se llama? María, según creo... no me disgusta.

—¡Ah! ¡Por fin!—murmuró Kister.

Y se calló.

Cinco días después, el mismo capitán invitó á su amigo á que le acompañara á casa de los Perekatof. No se atrevía á hacer solo aquella visita. En ausencia de Teodoro se hubiera visto obligado á sostener él solo la conversación y, ciertamente, temía semejante empresa.

En aquella segunda visita, María pareció más desenvuelta y se felicitó de no haber hecho confidencia alguna á su madre. Antes de comer, Avdiel quiso montar un potro no adiestrado y, á pesar de los botes y huidas del fogoso animal, consiguió sujetarlo. Por la noche se puso á reír, á bromear de una manera insólita; y, aunque conoció pronto que debía moderarse, había hecho lo bastante para producir en María una impresión desagradable; concluyó ésta por no saber qué sentimiento se despertaba en ella; pero lo que en aquel hombre singular le desagradaba, lo atribuía aún á la influencia de su desgracia y de su aislamiento.

## V

—Los dos amigos renovaron frecuentemente sus visitas. La situación de Kister se hacía cada vez más penosa. No se arrepentía de la resolución que había tomado, no; pero deseaba abreviar la duración de su prueba. Su inclina-

clón hacia María aumentaba de día en día, y la joven le testimoniaba una notable benevolencia. Pero no ser más que un intermediario, un confidente y aunque fuese un amigo, era para él un papel difícil y doloroso. Las gentes que se entusiasman sin sentir, hacen hermosas disertaciones sobre la santidad, sobre la grandeza del sufrimiento. Para un corazón sencillo y ardiente como el del joven oficial, el sufrimiento no tenía ningún encanto.

Un día, Loutchkof fué á buscarle para hacer una de sus acostumbradas visitas. Teodoro le respondió que quería quedarse en casa. En vano el capitán rogó, suplicó, se incomodó; Kister pretextó un dolor de cabeza y Loutchkof tuvo que marcharse solo.

Desde hacía algún tiempo, el espadachín había cambiado mucho: no turbaba la tranquilidad de sus camaradas, ni perseguía á los novicios del regimiento. Aunque no estuviese regenerado, como Kister había predicho, era, sin embargo, mucho más calmoso. Nunca mereció que se le calificara de hombre desencantado, porque ni nada había visto ni nada había experimentado que á tal cambio le condujese; era sencillamente que le ocupaba la imagen de María. Por lo demás, no se había endulzado su corazón; únicamente se había apaciguado su naturaleza biliosa.

En cuanto á la joven, experimentaba por él

un extraño sentimiento. Nunca le miraba á la cara ni podía conversar con él. Si le ocurría encontrarse sola un instante á su lado sentía involuntariamente cierta especie de pavor. Le miraba como á un sér extraordinario, se sentía intimidada, se imaginaba que no le comprendía y que no merecía su confianza; pensaba en él con inquietud, con tristeza, pero constantemente. La presencia de Kister, por el contrario, le consolaba y le hacía bien, aunque no le proporcionase una viva emoción de júbilo, con él podía conversar horas enteras, apoyarse en su brazo como en el brazo de un amigo, mirarle afectuosamente, detenerse en la contemplación de su sonrisa, y, sin embargo, raramente pensaba en él. Para ella Loutchkof era un enigma; el carácter de aquel hombre se le representaba como una selva tenebrosa cuyas profundidades trataba de penetrar, lo mismo que los niños inclinados sobre el brocal de un pozo tratan de ver lo que hay en el fondo de aquella agua negra é inmóvil.

Al ver entrar á Loutchkof en el salón, María sintió en un principio cierta aprensión, pero después, se regocijó de aquella visita. Le parecía que entre ella y él existía una mala inteligencia que no se había encontrado ocasión de explicar.

El capitán notició que su amigo se encontraba indispuerto. Nenila y Sergio se dolieron;

pero María miró á Loutchkof con aire incrédulo y esperó con impaciencia lo que hubiera de ocurrir.

Después de la comida se encontró sola con Loutchkof. No sabiendo qué hacer, se puso al piano; sus dedos corrían precipitada y convulsivamente sobre las teclas de marfil; luego se detuvo y aguardó á que Loutchkof le dirigiese la palabra. Loutchkof no comprendía ni le gustaba la música. María le habló de Rossini, que comenzaba á estar en moda, y de Mozart. Avdici contestó con algunas palabras sin ilación: Sí... No... Sin duda... Muy bonito.

La joven se puso á tocar brillantes variaciones sobre un tema de Rossini. Loutchkof escuchaba, y cuando María se volvió hacia él, el rostro del capitán expresaba tal fastidio, que la joven se levantó y cerró el piano.

Loutchkof se quedó en su sitio sin pronunciar una palabra.

—¡Y qué!—se dijo la joven con impaciencia; —¿no quiere, pues, ó no puede hablar?

Por su parte, el capitán se sentía muy intimidado. De nuevo se veía subyugado por su habitual desconfianza, nuevamente se encolezaba consigo mismo.

—Es el diablo—se decía—quien me ha metido en la cabeza el compadrarme con una muchachuela.

En aquel momento, no obstante, ¡qué fácil le

hubiera sido tocar en el corazón á María! Cualquier cosa que hubiese dicho ese hombre de quien tan singular idea se formaba, la hubiera ella comprendido, lo hubiera perdonado todo, todo lo hubiera aceptado.

¡Pero en aquel silencio profundo, desconsolador!... Lágrimas de despecho humedecieron los ojos de María.

—Si no quiere explicarse—se decía la joven, —si no sé merecer su confianza, ¿por qué viene aquí con tanta frecuencia? Pero tal vez sea necesario que yo misma le arrastre á una explicación.

Y de repente se volvió y fijó en él una mirada tan interrogadora, que el capitán no podía equivocarse ni guardar más tiempo el silencio.

—María Sergelevna—balbuceó,—yo le... yo tengo que decirle alguna cosa.

—Hable—respondió María apresuradamente. El capitán paseó una mirada inquieta en torno suyo.

—Ahora, no—repuso.

—¿Por qué, pues?

—Porque quisiera estar á solas con usted.

—Estamos solos.

—Sí... pero no aquí.

Esta respuesta embarazaba á la joven.

—Pero—se dijo,—si me niego, todo ha concluido.

La curiosidad perdió á Eva.

—Pues bien—replicó,—acabo.

—¿Dónde, pues? ¿Cuándo?

María reflexionó un instante.

—Mañana á la noche—repuso.—¿Conoce usted el bosque, cerca de Dolgui?

—¿Detrás del molino?

María hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿A qué hora?

—Aguardará usted.

No pudo decir más; su voz estaba como ahogada. Palideció y huyó á su habitación.

Un cuarto de hora después, Perekatof conducía, con su política habitual, al capitán á la antecámara, le estrechaba la mano amigablemente y le compelia á volver pronto.

Luego, después de decir adiós á su huésped, se detuvo gravemente delante de uno de sus criados y observó que haría bien en hacerse cortar los cabellos. Como no recibiese respuesta alguna, entró con aire embarazado en su habitación, se echó sobre su canapé y no tardó en adormecerse.

Por la noche, Nenila dijo á su hija:

—Te encuentras hoy pálida, ¿Estás enferma?

—No, no del todo.

Nenila le ató la pañoleta.

—Estás muy pálida. Mirame—añadió con esa maternal solicitud en la que, sin embargo, se descubre el mandato.—Tus ojos no tienen su acostumbrada vivacidad. ¡Tu sufres, María!

—Tengo dolor de cabeza—murmuró María por decir alguna cosa.

—¡Ah! Lo había adivinado. Sin embargo, no tienes la piel ardorosa—repuso su madre poniéndole la mano sobre la frente.

María se bajó y recogió del suelo una fruslería.

Nenila enlazó ligeramente con sus dos manos la linda cintura de su hija.

—Me parece—le dijo con un tono cariñoso—que tienes alguna cosa que decirme.

María sintió un estremecimiento interior.

—¿Yo?... No...—replicó.

Su pasajero embarazo no pudo escapar, no obstante, á los ojos de su madre.

—¡De verdad!... ¡Vamos!... ¡Reflexiona!...

María se había repuesto de su turbación y, en vez de responder, besó la mano de su madre.

—¿Y no tienes nada que decirme?

—No, de verdad.

—Te creo—replicó Nenila después de un momento de silencio.—Ya sé que tú no quisieras ocultarme nada, ¿no es verdad?

—Claramente.

María, sin embargo, no podía evitar su enrojecimiento.

—Y tienes razón. Sería un mal para ti ocultarme cualquier cosa... Sabes que te amo.

—¡Oh!... sí.

—Eso basta. Pero, dime—repuso con el tono

de una persona que hace una pregunta insignificante,—¿de qué has hablado hoy con Avdici?

—¿Con Avdici?—respondió friamente la joven.—De muchas cosas.

—¿Te gusta?

—No me desagrada.

—¿Recuerdas qué deseo tenías de conocerle y qué agitada estabas?

María quedó un poco confusa.

—¡Qué extraño personaje!—agregó Nenila con una bonachonería calculada.

La joven quiso defender al capitán, pero se contuvo á tiempo.

—Extraño, en efecto — replicó negligente-mente;—pero tiene cualidades.

—No lo dudo... ¿Y por qué no ha venido Teodoro?

—Estaba indispuerto... A propósito, Teodoro quiere darme su perro... ¿Me lo permites?

—¿Qué? ¿Aceptar ese regalo?

—Sí.

—Ciertamente.

—¡Gracias, gracias!

Nenila avanzó hacia la puerta; después, repentinamente, se volvió hacia su hija.

—¿Te acuerdas—le dijo—de la promesa que me has hecho?

—¿Cuál?

—La de confesarme cuando ames.

—No me olvido.

—Y bien... ¿no ha ocurrido eso aún? María soltó una carcajada.

—Mírame.

La joven miró á su madre tranquilamente.

—No, eso no es posible—se dijo la madre más tranquila.—Me equivocaba... ¿En dónde, pues, he podido formarme semejante idea?... Todavía es una niña... una verdadera niña.

La madre salió.

—He cometido una necedad—murmuró la hija.

## VI

Kister se hallaba ya acostado cuando Loutchkof entró en su habitación. Era raro que la fisonomía del espadachín no expresase más que una sola emoción; esta vez expresaba, al mismo tiempo, una fingida indiferencia, una grosera alegría, el sentimiento de su superioridad y diversos sentimientos contradictorios.

—¡Hola, hola! ¿Qué noticias?—preguntó vivamente Teodoro.

—Alguna. He estado allí. Se te saluda.

—¿Están todos bien?

—Sí.

—¿Te han preguntado por qué no te acompañaba?

—Sí, ya lo creo.

Loutchkof levantó los ojos al cielo raso y tarareó una canción en tono de falsete.

Kister tenía los ojos bajos y meditaba.

—¡Ah!—exclamó el capitán con voz agría y enronquecida,—tú eres un hombre espiritual, instruido y, sin embargo, permíteme que te lo diga: algunas veces te descarrias.

—¿Cómo?

—Por ejemplo: tus ideas sobre las mujeres. Tú las enalteces. Te guste leer versos que las preconicen. A tus ojos, todas son ángeles... ¡verdaderos ángeles!

—Amo y venero á las mujeres; pero...

—Está bien... Eso es bueno... No quiero disputar contigo. Yo no soy más que un hombre muy ordinario.

—Quería decirte que... ¿Pero por qué hoy precisamente... y á estas horas, se te ocurre hablar de las mujeres?

—Tengo mis razones—repuso Loutchkof sonriendo con aire significativo.

Kister le observaba atentamente. Imaginó el inocente abanderado que María había tal vez afligido, atormentado al capitán como sólo las mujeres saben hacerlo.

—Tú estás desazonado, mi pobre Avdici—dijo.

Loutchkof soltó una careajada.

—No hay ninguna razón para que me desazone—replicó.

Luego añadió con un tono de pedagogo:

—Quería solamente hacerte observar, amigo mío, que te engañas sobre el concepto de las mujeres. Créeme, están cortadas todas por el mismo patrón, y no merecen que uno se apene por ellas. Ahí tienes, por ejemplo, á María Perekatova.

—¿Y qué?

Loutchkof golpeó el suelo con el pie y sacudió la cabeza.

—¿Y qué?—prosiguió.—No se dirá que estoy dotado de un atractivo singular y, sin embargo, tengo mañana una cita.

Kister se levantó sobre su asiento y, apoyándose en el codo, miró á Loutchkof con sorpresa.

—Mañana á la noche, cerca del bosque—repuso flemáticamente Avdici.—No vayas á atribuir á eso más importancia que yo. La joven es bonita; eso no es un mal. Yo no pienso en casarme, sino en divertirme. No me gusta encalabrinnarme; pero puede uno divertirse con una joven, oír con ella el canto del ruiseñor. ¿Qué te parece?

Loutchkof habló largo rato en aquel tono chancero. Kister no le escuchaba; sentía una especie de vértigo; palidecía y se pasaba la mano por el rostro, mientras que el capitán le observaba guiñando los ojos y balanceándose en un sillón, Atribuía á envidia la emoción del

abanderado y experimentaba por ello un júbilo extremado.

No era, sin embargo, la envidia lo que en aquel instante afectaba tan vivamente á Teodoro; era la fría indiferencia y la grosera ironía con que Loutchkof hablaba de María. Continuaba mirando fijamente al espadachín y le parecía que por la primera vez conocía claramente sus rasgos. ¿Era, pues, aquel el hombre de quien había creído deber ocuparse? ¿Era por él por quien había sacrificado sus propias inclinaciones? ¿Era aquel el dichoso resultado del amor?

—¡Aydici!—dijo por fin.—¿Es que no la amas?

—¡Oh, inocencia! ¡Oh, Arcadia!—repuso Loutchkof con una maligna sonrisa.

Sin embargo, el buen Kister se resistía aún á creer en aquella respuesta.

—Puede ser—se dijo,—que Loutchkof afecte, según su costumbre, una indiferencia que no siente; puede ser que no haya encontrado aún nuevas palabras con qué explicarme sus nuevas sensaciones.

—Pero ¿no había también un sentimiento oculto en la indignación de Kister? Si tan afidido estaba por la confesión del capitán, ¿no era porque tal confesión tenía conexión con María? ¿Estaría, tal vez, el espadachín verdaderamente enamorado de ella?... Pero no, no; era imposible. ¡El, enamorado! ¡Aquel hombre

ruin, con su cara biliosa y amarilla, sus movimientos convulsivos, su cuello hinchado por un gozo brutal! No; no es así como el joven oficial hubiese revelado el secreto de su corazón. En el exceso de su felicidad hubiera abrazado á su amigo con un afectuoso transporte, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué dices, amigo mío?—exclamó Aydici.—Este suceso te asombra y te desazona. ¡Ah, ah! Todo, confíesalo: te he arrebatado la princesa.

Kister se volvió silenciosamente del lado de la pared.

—¡Explicar mis sentimientos á este hombre!—se dijo—¡no, no! No me comprendería. Me atribuye un pensamiento absurdo; sea.

Aydici se levantó.

—Veo—dijo en un tono de marcada hipocresía—que tienes necesidad de dormir; no quiero impedirtelo. Duerme en paz, amigo mío, duerme.

Y salió, muy satisfecho de sí mismo.

Kister no podía dormirse; quedó aferrado á una sola idea con esa obstinación tan conocida de los amantes desdichados que produce en el espíritu el efecto del sople de un fuelle sobre el carbón ardiente.

—Si Loutchkof—se decía—no siente por ella otra cosa que indiferencia, si ella misma se le ha anticipado, no debía hablarme en un tono tan despreciativo y tan injurioso. ¿De qué es culpable ella? ¿Cómo no compadecer á la pobre

inexperta muchacha? Sin embargo, ¡ella misma ha señalado una cita! Loutchkof no miente. No, no ha mentado nunca. Pero puede ser que ella haya sido impulsada por una inocente fantasía. Pero ella no le conoce y él está en el caso de ultrajarla... mañana, tal vez. ¿Soy yo responsable? ¿Y no soy yo quien ha hecho el elogio de él, quien le ha conducido á esa casa? Por otra parte, ¿cómo podía yo prever?... ¡Cómo! ¿No es mi amigo? ¿Pero ha sido él nunca mi verdadero amigo? ¡Qué desencanto! ¡Qué lección!

Todo lo pasado remolineaba en la cabeza de Kister.

—Sí, sí, yo le he querido—se decía,—¿y por qué he concluido de quererle tan pronto? ¿Y por qué yo sólo... le he querido?

El alma generosa del buen alemán no se había interesado por Loutchkof sino porque los demás se alejaban de aquel hombre insoportable. Pero el cándido Kister no sabía él mismo hasta dónde llegaba su bondad.

—Mi deber—se dijo por fin—es prevenir á María. Pero ¿cómo? ¿Con qué derecho iré yo á inmismirme en este negocio, en los amores de otro? ¿Por qué sé lo que es este amor, por qué conozco á este Loutchkof? ¡Ah, ah!—añadió dolorosamente y con lágrimas en los ojos—es una naturaleza de roca. Yo soy el culpable. Yo soy quien ha perdido á esa pobre joven. ¡Qué aman-

te pareja! Pero no, soy un vergonzoso egoísta. Deseo desde el fondo de mi alma que sean felices. ¡Felices, cuando él se burla de ella!... Pero ¿por qué se ha cosmetizado él los bigotes? En verdad, me parece... ¡Ah, qué ridículo soy!—añadió adormeciéndose.

## VII

Al día siguiente por la mañana, Kister se dirigió á casa de los Parekatof. Desde su llegada observó un gran cambio en María y ella observó también un cambio en él. El uno y la otra no se dijeron nada, sin embargo, y, contra su costumbre, pasaron juntos penosamente la mañana.

Con indirectas alusiones, con palabras de doble intención, por medio de consejos afectuosos, Kister quiso alcanzar el fin que se había propuesto; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. María reparaba con inquietud que el abandonado la observaba atentamente; pareciale que no eran pronunciadas sin intención ciertas palabras. Pero en su estado de agitación, no creía deber fiarse en sus observaciones.

—Con tal de que—se decía á cada instante,—no se quede aquí hasta la noche...—y se esforzaba en hacerle comprender que no tenia ningún deseo de retenerle.

Kister veía su turbación y adivinaba el temor

que experimentaba la joven de tener un testigo de su amor, y cuanto más él temía por ella, menos se atrevía á hablar de Loutchkof, y María, por su parte, no hablaba.

Al mismo tiempo, el pobre abanderado comenzaba á darse más claramente cuenta de sus propios sentimientos. Jamás le había parecido más encantadora la joven. Evidentemente, no había dormido en toda la noche; dos manchas rojizas se dibujaban en su pálido rostro; su cuerpo estaba ligeramente doblado y una lánguida sonrisa vagaba inadvertidamente sobre sus labios; de vez en cuando, un rápido estremecimiento corría por sus blancas espaldas; sus ojos se iluminaban, y luego de pronto, se adormecían. Nenlla se sentó cerca de Kister y le interrogó tal vez intencionadamente sobre Avdici; pero María estaba, como dicen los franceses, armada hasta los dientes y se mantenía en guardia. Así se deslizó la mañana.

—¿Coméis con nosotros?—dijo Nenlla á Kister.

Al oír esta pregunta, la joven se desvió.

—No—respondió Teodoro mirándola.—Tened la bondad de excusarme... Mi servicio... mis deberes.

Nenlla le expresó su sentimiento, y en seguida Sergio.

Al pasar junto á María, el abanderado tuvo intención de decirle:

—No quiero molestar á nadie—pero en vez de

pronunciar estas palabras, se inclinó y murmuró:

—Sea usted feliz... Adiós... Tenga cuidado.

Y desapareció.

María lanzó un profundo suspiro y se asustó cuando Kister hubo partido. ¿De qué procedía su agitación? ¿Del amor ó de la curiosidad? Dios lo sabía. Pero nosotros repetiremos que la curiosidad bastó para perder á Eva.

## VIII

Lo que se llamaba Dolgui-Longue era un vasto campo situado en la ribera derecha del Snejeda, á una versta aproximadamente de la vivienda de Perekatof. La ribera izquierda, cubierta de un espeso soto de robles, bajaba por una pendiente abrupta hacia el río, en cuya superficie gran número de hierbas acuáticas formaban una especie de redcilla que cubría enteramente el agua, á excepción de algunas charcas, residencia constante de multitud de patos salvajes. A media versta próximamente de este río, á la derecha del lado de Dolgui-Longue, se levantaba una colina salpicada de avellanos, de viejos álamos y de otros árboles.

El sol se había puesto. El molino zumbaba á lo lejos, y aquel ruido parecía ya más débil, ya más fuerte, según la dirección del viento.

Los caballos de la posesión señorial pastaban perezosamente en la llanura. Un pastor erraba cantando junto á un rebaño de carneros familiares; los perros corrían ladrando, para vencer su fastidio, detrás de los cuervos.

Loutchkof se paseaba con los brazos cruzados por el bosque. Su caballo, atado á un árbol, pataleaba con impaciencia y respondía á los rebuznos de los jumentos. Avdici se irritaba y arrebataba según su costumbre. No estando todavía seguro del amor de María, se hallaba descontento de ella, descontento de sí mismo; sin embargo, su agitación dominaba á su descontento. Se detuvo por fin, bajo las ramas de un avellano y abatió las hojas con su fusta. De repente oyó un rozamiento y levantó la cabeza; á diez pasos de él estaba María, con el rostro de púrpura á consecuencia de su rápida carrera, sin guantes, un sombrero sobre la cabeza y una pañoleta blanca anudada precipitadamente alrededor de su cuello. La joven bajó los ojos y pareció vacilar un momento.

Avdici avanzó hacia ella con aire siniestro y con una sonrisa forzada.

—¡Qué feliz soy!—murmuró con voz apenas inteligible.

—Por mi parte estoy muy satisfecha de volver á encontrarle—se apresuró á decir la joven.—Vengo muy á menudo á pasear aquí por las noches, y...

El capitán no le permitió continuar, en su sentimiento de pudor, su inocente mentira.

—Me parece—repuso con tono grave—que á usted misma le ha gustado...

—Sí, sí...—respondió ella precipitadamente.

—Usted deseaba verme... usted quería...

No pudo continuar adelante, y Loutchkof se callaba igualmente.

María levantó los ojos tímidamente.

—Perdone usted—dijo él sin mirarla.—Soy un hombre muy sencillo y no estoy habituado á hacer declaraciones á las mujeres... Yo... yo desearía decirle... pero me parece que no está usted dispuesta á escucharme.

—Hable usted.

—Usted lo ordena... Pues bien, le diré francamente que hace mucho tiempo, desde que tuve el honor de conocerla...

Loutchkof se detuvo. María aguardaba el final de su discurso.

—Por lo demás—repuso,—no veo por qué le hablo así. Uno puede cambiar de suerte.

—¿Qué suerte?

—Yo lo sé—replicó Avdici con aire sombrío,—estoy acostumbrado á sufrir sus rigores.

A María le pareció que en aquel momento no tenía el capitán demasiado derecho á quejarse de su destino.

—Hay en el mundo buenas almas—le dijo ella sonriendo...—tal vez demasiado buenas.

—Sí, María Sergeievna, me lo hace usted recordar con frecuencia y yo sé apreciar su bondad... Yo... yo... ¿No se incomodará usted?

—No. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que me gusta usted, María Sergeievna... que me gusta usted mucho...

—Bien, lo agradezco —repuso la joven confusa, con el corazón oprimido por una impresión de esperanza y de espanto.— Pero, vea usted, Mr. Loutchkof, qué hermoso cuadro.

Y le señalaba el bosque envuelto ya en grandes sombras, y el extremo opuesto irradiado por los últimos rayos del sol.

—Es muy hermoso, en efecto —murmuró el capitán que se regocijaba interiormente de aquella súbita interrupción; —me gusta de modo extraordinario.

Estaba de pie junto a María.

—¿Le gusta a usted la naturaleza? —le dijo la joven de pronto mirándole con esa dulce, afectuosa y curiosa mirada que, lo mismo que el argentino sonido de su voz, no corresponden más que a las jóvenes.

—La naturaleza... —balbuceó Loutchkof —seguramente... seguramente. Me es muy agradable pasear por la noche, aunque no soy más que un soldado y no entiendo nada de sentimentalismos.

Repetía con sobrada frecuencia que no era más que un soldado.

María continuaba contemplando en silencio la pradera.

—¡Qué situación tan singular! —pensó Loutchkof— ¿si me marcharía? ¡Vamos, qué locura!... ¡Audacia!... —Dispense usted —dijo con tono que parecía quejumbroso, —pero quisiera por mi parte, saber qué piensa usted de mí... si no experimenta también alguna cosa...

—¡Dios santo! ¡qué torpe es! —se dijo María... —¿Pero no sabe usted, Mr. Loutchkof —le replicó, —que las mujeres no responden nunca de una manera positiva a las demandas positivas?

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Permitame... quisiera saber...

—Pero, diga, ¿no es verdad que es usted un gran duelista? Dígame la verdad —agregó con una ingenua curiosidad.— Se asegura que ha matado usted a más de un hombre.

—Eso me ha ocurrido —respondió negligentemente Avdici retorciéndose los bigotes.

—¿Y es esa mano la que?...

Entre tanto la sangre de Loutchkof comenzaba a calentarse. Desde hacia más de un cuarto de hora la joven estaba allí, delante de él...

—Señorita —dijo con voz brusca y dura, —conoce usted ahora mis sentimientos, sabe usted por qué he deseado verla... Ha sido bastante amable para... Dígame ahora qué es lo que puedo esperar.

María daba entre sus dedos vueltas á un clavel. Miró á Avdici de reojo, enrojeció y le respondió sonriendo:

—Está usted diciendo locuras.

Luego le dió el clavel. El capitán la asió de la mano.

—¿Me ama usted, pues?—exclamó.

La joven se sintió como helada por el miedo. No pensaba en hacer una confesión á Loutchkof, no sabía siquiera si le amaba, y he aquí que de pronto quería él obligarla á declararse... ¿No se la comprendía, pues?

Este pensamiento surgió repentinamente con la rapidez del relámpago en el espíritu de María. En su inexperiencia, no esperaba un desenlace semejante. Todo el día se había preguntado: «¿Me ama Loutchkof?»

Había soñado en dar un hermoso paseo durante la noche, en agradable, pero discreta conversación. Quería coquetear un poco, apasionar á aquel ser salvaje, darle á besar su mano, y, en vez de aquel lindo programa... en lugar de aquel inocente fin de velada, sintió de golpe sobre sus mejillas los labios ardientes del espadachín.

—Sea feliz—le decía,—no hay más que una dicha en este mundo.

María, asustada, se echó á un lado y, pálida y temblorosa, se apoyó en un álamo.

Avdici estaba confundido.

—Perdone usted—murmuró avanzando hacia ella...—no pensaba, en verdad...

María le miró fijamente sin poder pronunciar una palabra. Una sonrisa desagradable erraba sobre los labios del capitán y manchas rojizas brotaban en su rostro.

—¿Qué teme usted?—la dijo.—¿No es esta una magnífica ocasión? ¿No somos el uno del otro?...

María guardaba silencio.

—¡Vamos! ¡Qué necedad? ¡Ea! ¡ya es bastante!...

A estas palabras extendió su mano. La joven se acordó de la recomendación del abanderado:

—«Tenga usted cuidado.»

La joven moría de miedo. Esto, no obstante, pudo gritar con voz apenas perceptible:

—¡Tanioucha!

De uno de los grupos de avellanos solió una robusta doncella.

Avdici se estremeció. María, tranquilizada por la presencia de su criada, no abandonaba su sitio. Pero el espadachín temblaba de cólera; sus ojos chispeaban, se crispaban sus puños y acabó por estallar en una risa convulsiva.

—¡Bravo, bravo!—exclamó;—esto es maravilloso, nada hay que pedirle.

La joven estaba estupefacta.

—Veo—repuso él—que ha tomado usted sus precauciones. La prudencia es una gran cosa; las mujeres saben emplearla. Las jóvenes

de nuestro tiempo son más hábiles que los viejos. ¡Es magnífico el amor de usted!

—No sé—replicó María—quién le ha dado el derecho de hablarme de amor.

—¿Quién? ¡usted misma!

El capitán conocía que se perdía, pero no podía contenerse.

—He obrado aturdidamente—respondió María;—he cedido al deseo de que usted se explique. Contaba con la *delicadeza*, y, como no comprende usted el francés, le diré su sinonimia en ruso.

Avdici palideció. La joven acababa de herirle en el corazón.

—Es posible—replicó él—que yo no comprenda el francés, pero lo que yo comprendo es que usted se ha complacido en burlarse de mí...

—No, por nada del mundo; al contrario, le compadezco.

—No me hable usted, si le place, de esa piedad—exclamó arrebatadamente Loutchkof;—nada tengo ya que hacer.

—Mr. Loutchkof..

—No tome usted esos alres de princesa; es un trabajo inútil, no me intimidan...

María dió rápidamente algunos pasos hacia atrás y se retiró.

—¿Es necesario—le gritó el capitán—enviarle á usted su sentimental pastor Kister?

Avdici perdía la cabeza.

—¿No será ese amigo el que la haya prevenido?...

María no le respondió y se alejó agitada, espantada aún, pero gozosa. Le parecía que despertaba de un penoso sueño en una habitación sombría, que volvía á ver el sol y que respiraba el aire libre.

Avdici, presa de una especie de frenesí, paseó algunos instantes su azorada mirada de un lado á otro y en su rabia destrozó un tierno arbusto; después se precipitó hacia su caballo, y le espoleó tan rudamente y le torturó de tal suerte, que la pobre bestia, luego de haber franqueado un espacio de ocho verstas en un cuarto de hora, hubo de perecer en aquella misma noche.

Kister esperó en vano al capitán hasta media noche. Al día siguiente por la mañana se dirigió á su casa. El criado le dijo que su amo dormía y que tenía orden de impedir la entrada.

—Pero á mí—dijo Kister—¿tampoco desea verme?

—No—respondió el criado.

El abanderado vagó errante por las calles un buen rato y luego regresó á su casa. Su ordenanza le entregó una carta.

—¿De dónde viene esa carta?—preguntó.

—De la aldea de Perekatof.

Kister sintió que sus manos temblaban.

—Le envían á usted recuerdos y esperan la

respuesta. ¿He de darle un vaso de aguardiente al mensajero?

Kister desplegó lentamente la carta y leyó:

«Querido y buen Teodoro Teodorovitch: Tengo necesidad, gran necesidad de verle. Venga hoy, si le es posible. No se niegue usted á mí súplica; se la hago en nombre de nuestra antigua amistad. Si supiera usted... pero lo sabrá todo...»

«Hasta que nos veamos pronto, ¿no es así?»

»MARÍA.»

«P. S.—Venga sin falta hoy.»

—Así, pues—repuso el ordenanza,—¿me permite usted dar un vaso de aguardiente al mensajero?

Kister, absorto en sus pensamientos, miró á su criado y no respondió. El criado salió y dijo al que había traído la carta.

—Mi amo me ha ordenado darte de beber aguardiente y que beba contigo.

## IX

Cuando Kister entró en el salón de Perskatorof María le acogió con una fisonomía tan risueña y tan franca, y le estrechó tan amistosamente la mano, que el joven abanderado sintió dilatarse su corazón en una emoción de júbilo. Pero, sin pronunciar palabra, María salió casi inmediatamente. Sergio, sentado sobre el diván,

se aburría. El mismo empeñó la conversación; pero apenas había comenzado á hablar, según su costumbre, de las cualidades de su perro, cuando entró María con una cintura de color, una cintura que gustaba particularmente á Kister. Nenila entró casi al mismo tiempo, significando á Teodoro la satisfacción de volverle á ver.

La comida fué muy alegre. Sergio, enardeciéndose, se puso á referir una de las alegres calaveradas de su juventud, cosa que no hacía, sin embargo, sin volver la cabeza como un avestruz, de miedo á tropezar con la mirada de su mujer.

—Vamos á pasearnos—dijo después de comer María á Kister, con esa voz insinuante á la cual no se resiste.—Tengo necesidad de hablarle de cosas graves, muy graves—agregó con un tono solemne, poniéndose sus guantes de Suecia.—¿Mamá, vienes con nosotros?

—No—respondió Nenila.

—Pues bien, nosotros nos marchamos.

—¿Y á dónde vais?

—A Dolgui-Longue.

—Llevaros á Tanioucha.

—¡Tanioucha, Tanioucha!—gritó la joven, saltando con la ligereza de un pájaro.

Un instante después se dirigía con Kister hacia Dolgui-Longue. Al pasar por el pastoreo, dió de comer á su ternera favorita, la cogió por la cabeza y obligó á Kister á acariciarla.

ciarla. Estaba gozosisima, y hablaba mucho. Kister aguardaba con impaciencia la grave confianza que le tenía anunciada. La doncella se mantenía á una distancia respetable, y de vez en cuando miraba atentamente á su dueña.

—¿Está usted incomodado conmigo, Kister?— dijo la joven.

—¿Contra usted, María? ¿Y por qué?

—Hace tres días... ¿se acuerda?

—No estaba usted de buen humor, he ahí todo.

—¿Por qué marchamos así, separadamente? Deme el brazo... Sí, he, ahí todo. Pero, usted no, usted tampoco tenía mejor humor.

—Es verdad.

—Hoy me encontrará más alegre.

—Sí, me parece que hoy...

—¿Y sabe por qué?—añadió sacudiendo la cabeza y sin mirar al abanderado.—Yo si lo sé; es porque estoy con usted.

Kister la estrecho vivamente la mano.

—¿Pero por qué ne me interroga usted?

—¿Sobre qué?

—No se haga usted el hipócrita... sobre mi carta.

—Yo esperaba...

—Sí—prosiguió ella—estoy contenta de estar con usted, porque es bueno, dulce; porque no se encuentra usted en estado de... *porque tiene usted delicadeza*. Puedo decirle estas palabras en francés, comprende usted el francés.

Kister comprendía el francés, pero no comprendía demasiado á María.

—¡Mire usted! Cójame aquella flor... aquella que es tan bonita...

Ella tomó la flor, la contempló un instante; después, súbitamente, desembarazando su brazo del de Kister, se la puso sonriendo en un ojal. En aquel momento, sus lindos dedos casi tocaban los labios del joven. Kister los miraba; luego levantó los ojos sobre ella. Entonces la joven inclinó la cabeza como para decirle:

—Lo permito.

Kister besó la extremidad de sus guantes.

Mientras tanto se aproximaban al bosque. De pronto María se volvió pensativa y silenciosa. Llegaron al paraje en donde había encontrado á Loutchkof. La hierba aplastada por los pies no se había levantado aún; las ramas abatidas por la fusta del capitán se marchitaban; las hojillas del arbusto que había roto colgaban tristemente. María lanzó una mirada de un lado á otro; luego, volviéndose hacia Kister

—¿Sabe usted—le preguntó—por qué le he conducido aquí?

—No.

—¡Ah!... ¿Pero por qué no me habla usted hoy de su amigo Mr. Loutchkof, de quien tan frecuentes elogios hacia?

El ayudante bajó los ojos y no respondió.

—¿Sabe usted—repuso María, no sin cierto es-

fuerzo,—que le di ayer, aquí mismo, una cita?

—Sí—replicó tristemente Kister,—lo sabía.

—¿Lo sabía usted?... Ahora comprendo por qué hace tres días... Mr. Loutchkof, á lo que parece, se había apresurado á alabarse de sus *conquistas*.

Kister iba á responder.

—¡Ninguna objeción!—dijo ella;—el capitán es amigo de usted. ¿Quiere, acaso, defenderle?... ¡Ah! ¡Con que conocía usted esta cita! ¿Y por qué no me impidió cometer tal necesidad? ¿Por qué no me cogió usted de la oreja como á un niño?... ¡Usted conocía aquella locura!... ¿Le era, á usted, pues, indiferente?

—No; ¿pero con qué derecho hubiera yo?...

—¿Qué derecho? el derecho de un amigo; pero él también es amigo de usted... Eso me causa pena... Ese hombre se condujo ayer de un modo...

María se volvió; los ojos del abanderado centelleaban, su rostro había palidecido.

—No se incomode usted... Escuche, Teodoro, no se incomode; todo es para lo mejor. Estoy muy contenta de haber tenido ayer aquel percance. ¿Per qué piensa usted que le hablo así? ¿porque he de quejarme de Mr. Loutchkof? No, no quiero ni aun recordarle; pero yo soy culpable hacia usted mi buen Kister. Quiero explicarme... quiero suplicarle á usted que me perdone y pedirle consejo. ¡Se ha conducido usted conmigo tan

francamente! ¡estoy con tanta libertad con usted! No es usted un Loutchkof.

—Loutchkof es desgraciado y grosero—replicó Kister—pero...

—¿Cómo pero? ¿Se atreve usted á emplear esa limitación? Es desgraciado, y grosero, y malo, y vanidoso, ¿lo oye usted?

—Habla usted bajo la influencia de la cólera, María—murmuró Teodoro.

—¿Qué cólera? Míreme. ¿Tengo trazas de estar encolerizada? Escuche, piense de mí lo que quiera; pero si usted pudiese suponer que hoy me aproximo á usted por espíritu de venganza, ¡oh! entonces me irritaría profundamente...

Al pronunciar estas palabras, la joven tenía bañados en lágrimas los ojos.

—Sea usted franca, María.

—¡Oh! ¡El infame, el mal hombre! Pero, míreme, pues; ¿es que no soy franca con usted? ¿es que no lee en el fondo de mi corazón?

—Pues bien, la creo—repuso Kister,—pero dígame qué es lo que le indujo á usted á dar esa cita á Loutchkof.

—En verdad, ni aun yo misma lo sé; quería hablarme á solas. Yomedecía que no había tenido aún ocasión de explicarse. Ahora la ha tenido, y ahora, se lo declaro á usted, es posible que sea un ser extraordinario; pero es necio verdaderamente; no pueda proferir dos palabras, es demasiado impolítico... Por lo demás, no debo acu-

sarle demasiado... El ha podido considerarme tal vez, y sin razón, como una loca aturdida. Casi nunca le he hablado... excitaba mi curiosidad y pensaba que había conquistado la amistad de usted...

—¡Por favor!—exclamó Teodoro—no lo mire usted como amigo mío.

—No quiero desunirles.

—¡Oh, Dios! Estoy pronto á sacrificar á usted no solamente mis amigos, sino también... Entre Loutchkof y yo todo ha concluido.

María le observó atentamente.

—¡Pues bien—repuso,—que el cielo le guarde! Lo que ha pasado me servirá de lección; yo soy quien ha faltado. Por espacio de varios meses he visto todos los días á un hombre espiritual y bueno, dulce y afectuoso, que...—María vaciló un instante, y luego continuó:—que... á lo que me parece, sentía alguna inclinación por mí; y yo, ¡loca de mí! yo le he preferido... no, yo no he preferido, pero...

Bajó la cabeza con aire confuso y se calló. Kister experimentaba una extraña emoción.

—¿Es posible?—se decía él á sí mismo.—¡María Sergeievna!

La joven levantó la frente y le miró con los ojos inundados en lágrimas.

—¿No adivina usted de qué quería hablar?

Teodoro extendió su mano. La joven la asió apresuradamente,

—¿No es cierto—dijo María—que es usted mi amigo, mi fiel amigo? ¿Qué? ¿no me responde usted?

—Soy su amigo, ya lo sabe usted—murmuró.

—¿Y no me condena? ¿me perdona? ¿me comprende? ¿No se mofa usted de esta pobre muchacha que un día da una cita á uno, y al día siguiente habla con otro... como yo hablo con usted? ¿No es eso, no se burla usted de mí?

Un vivo encarnado brillaba en las mejillas de María y sus dos manos se apoyaban en el brazo de Kister.

—¡Burlarme de usted!—respondió Teodoro.—¡Yo, yo! yo amo á usted... yo estoy enamorado de usted.

La joven se cubrió el rostro con las manos.

—¿No sabía, usted pues, que hace mucho tiempo la amo?

## X

Tres semanas después de esta conversación, Kister se hallaba sentado solo en su cuarto y escribía á su madre la carta siguiente:

«Mi querida madre:

•Me apresuro á hacerle compartir mi gozo... Me caso. Esta noticia le asombrará sin duda, porque en mis últimas cartas nada hacía pre-

sentir este acontecimiento y porque estoy acostumbrado á hacerla partícipe de todas mis impresiones, de todas mis alegrías y de todas mis penas. Si he guardado silencio sobre este suceso tan importante, es porque, desde luego, no hace mucho tiempo que sé que se me ama y que tampoco hace mucho tiempo que he comprendido toda la fuerza de mi pasión.

»En una de mis primeras cartas que desde aquí escribí á usted, hablaba de mis vecinos los Perekatof. Me caso con su hija única María. Tengo la íntima persuasión de que seré feliz con ella, porque ella me ha inspirado, no una pasión efímera, sino un verdadero y profundo sentimiento en el que la amistad se une al amor. Su dulce y risueño carácter se adapta perfectamente á mis deseos. Es intruida, ingeniosa y muy buena música... ¡Si pudiese usted verla! Le envío su retrato, que yo mismo he dibujado; pero el original es cien veces mejor. Ella siente ya por usted afecto filial y aspira á estar á su lado. Mi proyecto es abandonar el servicio, retirarme á mis posesiones y administrarlas. El padre de María posee cuatrocientos campesinos. Bajo el punto de vista de la fortuna, ya ve usted que no tendré que arrepentirme de mi resolución. He pedido una licencia para dirigirme á Moscú y luego marchar á su lado. Espéreme dentro de quince días lo más tarde. Mi querida madre, ¡qué feliz soy! Reciba mis abrazos.»

El resto de la carta no puede interesar á nuestros lectores.

Kister, después de plegar y sellar esta epístola, se levantó, se aproximó á la ventana, encendió una pipa, se quedó algún tiempo pensativo y luego volvió á su mesa. Cogió una hoja de papel de cartas, mojó con cuidado la pluma en el tintero y permaneció algunos instantes inmóvil antes de ponerse á escribir. Frunció las cejas, levantó la mirada al cielo raso, enjugó la punta de su pluma y por fin trazó en velate minutos las siguientes líneas:

«Señor Avdíci Ivanovitch:

»Desde nuestra última entrevista (hace próximamente tres semanas), no me saluda usted, no me habla; parece que me evita. Todo hombre es, sin duda, libre de sus acciones. Le plugo á usted romper nuestras relaciones, y crea bien que no me dirijo á usted en este momento para condolerme de esta ruptura. No tengo la costumbre de imponerme á nadie; me basta con ser lo que debo ser. Le escribo ahora impulsado por el sentimiento del deber. He ofrecido mi mano á María Perekatova. Ella la ha aceptado, y sus padres han consentido en nuestra unión. Le anuncio á usted esta decisión directamente, sin intermediario, para prevenir todo error y toda falsa interpretación. A decir verdad, señor, no tengo poco ni mucho por qué

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ocuparme de la opinión de un hombre que no se ocupa nada de la opinión de los demás. Si le escribo, es únicamente para no darle lugar á pensar que he obrado y obro á hurtadillas. Me conoce usted, me atrevo á creerlo, y no atribuiré esta explicación á cualquier otro ridículo motivo. Como es la última correspondencia que con usted tendré, no puedo, por la memoria de nuestra antigua amistad, dispensarme de desearle toda suerte de prosperidades.

»TEODORO KISTER.»

El abanderado envió esta carta á su destino, y pidió su carruaje. Alegre y dispuesto, se paseó algunos instantes por su habitación cantando, saltó dos ó tres veces sobre el entarimado, cogió un cuaderno de novelas y lo lió con una cinta azul. Se abrió la puerta y sobre el umbral apareció Loutchkof, con sobretodo, sin charreteras y con el casco sobre la cabeza.

Kister se detuvo sorprendido en medio de la habitación, sin concluir de anudar el cuaderno que tenía.

—¿Se casa usted con María Perekatova?—le dijo tranquilamente Avdiel.

Kister hizo un signo afirmativo; después dijo á Loutchkof:

—Caballero, las gentes bien educadas se descubren y dan los buenos días cuando hacen una visita.

—Dispense usted—replicó el espadachín quitándose el casco,—le doy los buenos días.

—Buenos días, caballero Loutchkot. Me pregunta usted si me caso con la señorita Perekatova. ¿No ha leído mi carta?

—La he leído. Se casa usted y le felicito.

—Acepto esas felicitaciones y se las agradezco. Ahora me es preciso salir.

—Desearia tener con usted una explicación, Teodoro Teodorovitch.

—Con mucho gusto. Aguardaba, se lo confieso, esta explicación. La conducta de usted conmigo ha sido tan singular... y me parece que la he merecido tan poco... ¿Gusta usted sentarse?

El capitán se sentó, se atusó los bigotes y arqueó las cejas.

—Teodoro Teodorovitch, ¿podría saber yo por qué ha sido usted disimulado conmigo tanto tiempo?

—¿Cómo?

—¿Por qué ha tomado las apariencias de una buena y cándida criatura, cuando no era más que un pobre diablo como todos nosotros?

—No comprendo. ¿Le he inferido alguna ofensa?

—¿No me comprende usted?... Sea. Voy á plantear la cuestión claramente. Dígame, pues, se lo suplico, si experimentaba usted hacia tiempo una inclinación por María ó si ha sentido usted por ella una pasión súbita.

—Deseo —respondió fríamente Kister —no hablaros de mis relaciones con esa joven.

—Muy bien, como le plazca. Solamente me permitirá usted pensar que ha jugado conmigo.

Avdici pronunció estas palabras lentamente, y haciendo diferentes pausas.

—No puede usted abrigar semejante idea, Avdici—replicó;—usted me conoce.

—¡Le conozco! ¿Quién le conoce? Alma extranjera... Floresta sombría... Camarada en la apariencia. Sé que ha colgado usted de las paredes de su habitación diferentes mapas. Sé que tiene un gran cuidado de su persona. He aquí lo que sé, y nada más.

El joven abanderado comenzaba á incomodarse.

—¿Puedo preguntarle —dijo—cuál es el objeto de su visita? Hace tres semanas que no me ha saludado usted y ahora me parece que entra en mi casa con intención de ridiculizarme. No soy un niño, caballero, y no permito á nadie...

—Permitame, Teodoro. ¿Quién intenta ridiculizarle? Yo vengo á buscar á usted. Le dirijo tranquilamente una sencilla pregunta. Le suplico me explique su conducta conmigo. Dêjeme preguntarle: ¿no me ha arrastrado usted á la fuerza á casa de los Perekatof? ¿No me persuadió de que me volvería otro hombre? ¿No me ha puesto en relación con la virtuosa María? ¿Por

qué no he de pensar, pues, que le soy deudor de la amable explicación que tuve con ella y que ella no habrá dejado de contarle á usted en muy buenos términos? Una joven cuenta todo á su desposado, y no puede olvidarse de referir sus pequeñas astucias... sobre todo cuando son inocentes. ¿Por qué, pues, no he de creer que gracias á usted he sido así burlado? Tal era, sin duda, la parte que quería usted tomar en mi regeneración.

—Escuche usted, Avdici —replicó Teodoro,—si no se burla; si está, lo que parece difícil admitir, persuadido de lo que dice, está mal que hable de una manera tan injuriosa de mis proyectos. No intentaré justificarme; apelo á la conciencia de usted y á sus recuerdos.

—Sí, me acuerdo de que estaba usted cuchicheando constantemente con María. Pero lo que es más grave, permitame le pregunte si estuvo usted en casa de los Perekatof después de la conversación que con usted tuve, después de aquella noche en que ¡neocio de mí! le di cuenta de mi cita, como á mi mejor amigo.

—¿Cómo? ¿Podría usted suponer?

—No atribuyo á otro lo que no me atribuiría á mi mismo —respondió Loutchkof con una frialdad mortal.—Pero no me atrevo á persuadirme de que los demás valen más que yo.

—Se engaña usted —exclamó Teodoro impetuosamente.—Los demás valen más que usted.

—Tengo el honor de darle mis cumplidos, pero...

—Pero —exclamó Kister con impaciencia,— recuerde en qué términos me habló de esa cita. Además, toda esta discusión es perfectamente inútil, según entiendo. Piense de mí lo que le plazca y obre en consecuencia.

—Eso me parece mejor. Así vamos por el camino de la franqueza.

—¿Cómo?

—Comprendo su situación, Teodoro —añadió el capitán con hipócrita expresión de interés.—Es desagradable, realmente desagradable. Un hombre ha representado un papel y nadie observaba en él al actor.

—Si yo pudiese pensar —dijo Kister con mal comprimida cólera,— que en este momento habla usted bajo la impresión de un doloroso sentimiento de amor, le perdonaría y le compadecería... Pero en todos esos reproches, en todas esas calumnias, no hay más que un móvil, la vanidad herida, y no puedo apiadarme de usted... Lo que le ha ocurrido, usted mismo lo ha merecido.

—¡Eh! ¡Gran Dios! ¡Cómo habla este joven! —murmuró Avdici.— ¡La vanidad!... es posible. Sí, mi vanidad ha sido herida profundamente. ¿No tiene usted la suya? Y como yo tengo la mía, no permito que se me compadezca.

—¿Que no lo permite? ¡Qué expresión, caba-

llero! —exclamó Kister con voz altanera.— No olvide usted que están rotos nuestros lazos. Le suplico que se conduzca conmigo con las consideraciones que se deben á un hombre bien educado.

—¡Nuestros lazos están rotos! —repuso Avdici; — me hace recordarlo. Por lástima no le saludaba ni me acercaba á usted. Porque si le tuviese lástima... no querría ponerle á usted en una situación embarazosa, despertar un remordimiento en su conciencia... Habla usted de nuestros lazos rotos, como si hubiese podido ser mi amigo después de su casamiento! Pero jamás lo ha sido usted aunque le sirviese yo de divertimento.

La injusticia del capitán cansaba é irritaba á Kister.

—Cesemos —dijo— esta penosa conversación. Confieso que no concibo por qué ha venido usted á verme.

—¿No lo concibe?

—No.

—¿De verdad?

—Lo repito.

—¡Es asombroso, muy asombroso! ¿Qué podía esperarse de un hombre de ingenio como usted?

—Tenga la bondad de hacérmelo conocer.

—He venido á su casa, señor Kister — dijo Loutchkof levantándose lentamente... — he venido á su casa para llamarle á un duelo. ¿Me com-

prende ahora? Quiero batirme con usted. ¡Eh! ¿Cree, tal vez, que se escaparía de mis manos? ¿No sabía con qué clase de hombre se las había de entender?

—¡Muy bien!—replicó friamente Kister;—acepto ese desafío. Tenga la bondad de enviarme su testigo.

—Sí, sí—murmuró Avdici, quedándose todavía en su sitio como un gato que no piensa alejarse de su víctima...

—Sí, lo confieso, tendré un gran placer en ver entrar la bala de mi pistola en esa rubia cabeza ideal.

—Parece que aun insulta después del desafío—replicó Kister con un tono despreciativo.—Salga, me causa usted lástima.

—Ya conocemos eso... de la *delicadeza*. María me ha dicho esa palabra francesa. Hasta la vista... hasta muy pronto... Teodoro Teodorovitch.

Avdici cogió su casco, saludó y salió.

Kister se paseó por unos instantes á todo lo largo de su habitación. Su rostro se hallaba infamado y agitado su corazón. No tenía miedo, ni le dominaba la cólera; pero se preguntaba cómo había podido mirar como á un amigo á semejante sér. En cuanto al duelo, se regocijaba de que se verificase, era una manera de acabar de una vez por todas con aquel hombre y con lo pasado, y de entrar más libremente en

una vida nueva. Le parecía que la imagen de María le sonría y le prometía la victoria.

—No, no—se decía tranquilamente,—no sucumbiré, no puedo sucumbir.

Sobre la mesa estaba la carta que acababa de escribir á su madre. Viendo aquel papel, sintió por un instante apretársele el corazón y á todo evento resolvió na expedirla inmediatamente. En aquel momento, Kister experimentaba en su interior esa especie de sobrexaltación de fuerza vital que la mayoría de los hombres experimentan en presencia de un peligro. Reflexionó tranquilamente en las diversas consecuencias que aquel duelo pudiera tener, se resignó á la idea de estar por algún tiempo separado de María y á sufrir; después soñaba en lo porvenir con una firme esperanza; se prometía también no matar á Loutchkof.

Después de esas diversas reflexiones, se procuró un testigo, puso apresuradamente sus asuntos en orden y, así que hubo comido, marchó al poblado de Perekatof. Toda la noche estuvo alegre, tal vez demasiado alegre.

María tocó el piano; no tenía el menor sentimiento de lo que acababa de ocurrir y coqueteó agradablemente con Kister. En el primer momento, aquella indiferencia affigió á Teodoro; luego la consideró como feliz presagio y se regocijó. Cada día más, se había aficionado á él María; el sentimiento de la

dicha era en la joven más fuerte que el de la pasión. Kister, además, la envolvía en deseos exagerados, y ella se sometía alegremente á su influencia. Nenila amaba al joven abanderado como á un hijo, y Sergio, según su costumbre, seguía el ejemplo de su mujer.

—¡Hasta la vista,—dijo María á Kister guiándole á la antecámara y mirándole con una dulce sonrisa mientras él le besaba la mano.

—¡Hasta la vista!—respondió con confianza Teodoro.—¡Hasta la vista!

Pero cuando estuvo á media versta del poblado, se levantó en su carruaje impulsado por un inquietante pensamiento para contemplar todavía las ventanas de la joven. Toda la casa estaba sombría como una tumba.

## XI

Al día siguiente, á las once de la mañana, el viejo mayor que servía de testigo á Kister fué á buscarle y, retorciéndose sus bigotes grises, maldecía de Loutchkof. El carruaje estaba enganchado. Kister entregó al mayor dos cartas: la una para su madre, la otra para María.

—¿Y para qué es esto?—dijo el viejo oficial.

—No sabe uno lo que puede ocurrir—respondió Teodoro.

—¡Qué locura! Le mataremos como á 'un perdigoncillo.

—¡Que así sea!

El mayor metió tristemente las dos cartas en su bolsillo. Se pusieron en camino. Cerca de un bosquecillo, á dos verstas de Kirilof, se reunieron á Loutchkof y á su testigo, el sentimental ayudante que había sido antes su amigo.

El tiempo era soberbio. Los pájaros gorjeaban en la espesura de los árboles. A cierta distancia, un campesino cavaba la tierra.

Mientras los testigos arreglaban las distancias, establecían las barreras, examinaban y cargaban las pistolas, los dos adversarios estaban en el terreno sin mirarse. Kister se paseaba de acá para allá con aire indiferente, blandiendo entre sus manos una varilla. Avdici estaba inmóvil, con los brazos cruzados, las cejas arqueadas.

El momento decisivo se aproximaba para los dos rivales.

Kister avanzó rápidamente hacia la barrera; pero no había dado aún cinco pasos cuando su antagonista disparó. Teodoro se estremeció, dió todavía un paso, vaciló, inclinó la cabeza; después sus rodillas flaquearon y cayó pesadamente al suelo. El mayor se precipitó hacia él.

—¿Es posible?—dijo el moribundo.

Avdici se aproximó á su víctima. Su flaco y sombrío rostro tuvo una expresión de dura y

fria piedad. Inclino la cabeza ante el mayor y el ayudante como un culpable, monto en silencio á caballo y se dirigió al paso hacia la morada del coronel.

María vive todavía.

FIN

SANTIAGO PASSINKOF

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## Santiago Passinkof.

---

### I

Me encontraba en San Petersburgo, en invierno, el primer día de Carnaval. Comía en casa de uno de mis antiguos condiscípulos que, en su primera juventud, se parecía á una modesta muchacha, y que más tarde se mostró demasiado poco tímido. Ya no vive, como la mayoría de mis camaradas de estudio. En aquella comida no debían estar conmigo más que Constantín-Alejandrovitch Assanof y un escritor que gozaba entonces de cierta celebridad. El escritor se hizo esperar; después, se recibió un billete suyo en que anunciaba que no podría venir. En su lugar se sentó un caballerito de rubios cabellos, uno de esos eternos convidados, como hay tantos en San Petersburgo, á quienes nunca se invita y á quienes se encuentra en todas partes.

Nuestra comida duró mucho rato. Nuestro huésped no economizaba sus vinos; poco á poco nuestras cabezas se calentaron y poco á poco cada uno de nosotros se puso á reír y á hablar abiertamente de lo que guardaba en secreto en su pensamiento. ¿Qué hombre no tiene algún misterio en el fondo de su corazón?

La fisonomía de mi condiscipulo, ordinariamente tímida y reservada, habia perdido aquella expresión habitual. Sus ojos centelleaban, y una franca carcajada estallaba en sus labios. El caballero de los rubios cabellos reía también, entregándose á necias bromas. Pero el que más me sorprendió fué Assanof. Tenía en alto grado el sentimiento de las conveniencias sociales, y de pronto le ví pasarse la mano por la frente, tomar luego un aire altanero, alabarse de sus relaciones y, sobre todo, hablar á cada minuto de un tío suyo que era un importante personaje. Apenas reconocía á aquel joven á quien tan diferente habia visto en otras reuniones.

Evidentemente se burlaba de nosotros y hasta parecia no expresar más que un gran desdén por nuestra sociedad. Sus fanfarronadas me ofendieron.

—Escuche—le dije,—si somos nosotros á sus ojos seres tan mezquinos, ¿por qué no se queda usted con ese tío eminente? ¿Pero es que tal vez no quiere tenerle á su lado?

Assanof no me contestó. Continuó pasándose la mano por la frente, y después exclamó:

—¡Qué gentes! Gentes que no frecuentan un salón distinguido, que no conocen á una mujer de moda, mientras que yo—añadió sacando de su bolsillo una cartera y golpeándola con la mano,—tengo aquí toda una colección de cartas de una muchacha que no tiene rival en el mundo.

Nuestro anfitrión y el rubito, que en aquel momento hablaban juntos, no pusieron atención en estas últimas palabras de Assanof; pero á mí me chocaron.

—Pienso—le dije,—que quisiera usted hacernos creer cosas falsas, señor sobrino de un hombre ilustre. No tiene usted cartas como esas de que habla.

—¿Lo cree usted así?—replicó con un tono altanero,—¿qué son pues estos papeles?

Al decir estas palabras abrió su cartera y sacó una docena de cartas que llevaban su dirección.

—Conozco esa letra—me dije.

Aquí, siento que el rojo se me sube al rostro... mi amor propio sufre cruelmente. Es triste tener que confesar una acción perversa... Pero, ¿qué hacer? Al comenzar este relato, yo sabia que enrojecería de vergüenza. Sin embargo, acopio todo mi valor y confieso que...

He aquí el hecho. Aproveché el estado de em-

briaguez de Assanof para examinar rápidamente una de las cartas que había depositado sobre el mantel empapado de Champagne. Yo mismo tenía también la cabeza turbada y el corazón me latía vivamente.

¡Ah! Yo estaba enamorado de aquella que escribía á Assanof, y hasta entonces nada me hacía sospechar que ella tuviese afición á él. Su carta escrita en francés, estaba llena de expresiones de ternura y de abnegación. Comenzaba con estas palabras: «Mi querido amigo Constantino», y terminaba con un consejo y una promesa: «Sea usted prudente como lo ha sido hasta aquí, y si no me caso con usted, no me casaré con nadie».

Como herido por un rayo quedé un instante inmóvil, luego me sustraje á aquel estado de estupor y salí precipitadamente. Un cuarto de hora después entraba en mi casa.

\* \* \*

La familia Zlotnitzki era una de las primeras con quienes trabé relación cuando desde San Petersburgo fui á residir á Moscou. Aquella familia se componía del padre, de la madre, de dos hijas y de un hijo. El padre, con sus cabellos grises, era hombre todavía bien conservado, que, después de haber servido en el ejército, ocupaba un empleo bastante importante. Por la mañana se dirigía á su oficina; después

de comer dormía, y por la noche iba al club á jugar su partida de cartas.

Raramente se le veía en su casa. No le gustaba hablar, y era su mirada ora melancólica, ora indiferente. Exceptuados los libros de Geografía y viajes, no leía nada. Cuando se hallaba indispuesto, se divertía iluminando dibujos, se encerraba en su gabinete ó excitaba á una vieja cotorra llamada Popka. Su mujer, que era de una naturaleza achacosa y debil, con grandes ojos negros y nariz aguilena, quedábase todo el día sobre un diván, ocupada en bordar tapices. Me pareció que temía á su marido y que ante éste se presentaba como una culpable. La hija primogénita, Bárbara, gruesa rubia bermeja, de edad de dieciocho años, estaba constantemente sentada junto á la ventana, mirando á los transeúntes. El hijo, que seguía sus estudios en un establecimiento del Estado, no aparecía por casa de sus padres más que los días festivos, y hablaba muy poco. La hija segunda, Sofía, de la que yo estaba enamorado, tenía el mismo carácter taciturno.

El silencio reinaba en aquella morada, un silencio sólo interrumpido por los gritos de la cotorra y que pesaba sobre todos los que la frecuentaban. Por lo demás, iba poca gente. El mueblaje triste del salón, las colgaduras rojas con grandes ramajes amarillos, las sillas de paja trenzada, los cojines de tapicería ajados,

representando imágenes de jóvenes muchachas y figuras de perros de aguas, las lámparas de pico y los viejos retratos colgados de las paredes, todo tenía un aire sombrío, melancólico, glacial.

Al llegar de San Petersburgo era para mí un deber presentarme en casa de los Klotnitzki, con quienes se hallaba emparentada mi madre. En un principio pasé con pena una hora con ellos y estuve después largo tiempo sin volver á su casa. Luego, poco á poco, se hicieron más frecuentes mis visitas. Me sentía atraído por Sofia, que en el primer momento no me gustó y de la que acabé por estar enamorado.

Era de mediana estatura, tlesa y delgada, rostro pálido, cabellera negra y abundante y grandes ojos pardos, cuyos párpados estaban siempre medio cerrados. Sus líneas regulares y finas, y sobre todo sus labios apretados indicaban la firmeza y la fuerza de voluntad. Sus padres la consideraban como una hija de un carácter resuelto.—«Se parece á Catalina, á su hermana primogénita» —me dijo su madre, un día en que me encontraba solo con ella, porque delante de su marido no se atrevía á pronunciar aquel nombre de Catalina.—«No la ha conocido usted—añadió,—está casada en el Cáucaso. Figúrase que á la edad de trece años se enamoró del hombre con quien está casada, y me declaró entonces que no tendría otro marido.

Todos nuestros esfuerzos para disuadirla fueron inútiles. Esperó hasta la edad de veintitrés años, y, á pesar de la cólera de su padre, se casó según ella lo había dicho. ¿Tendrá Sofia la misma terquedad? ¡Que Dios la preserve! pero algunas veces tengo miedo. Vea usted, no tiene más que diez y seis años y no se la puede domar.

En aquel momento entró Mr. Klotnitzki y su mujer calló.

No era en modo alguno por lo enérgico de su voluntad por lo que Sofia me había agradado, no; pero había en ella, á través de su sequedad, á través de su falta de vivacidad y de imaginación, un encanto particular, el encanto de la franqueza y de un alma recta y pura. Yo la respetaba, la amaba con ardor. Me había parecido que también ella sentía una buena inclinación hacia mí, que amaba á otro y me apretaba dolorosamente el corazón.

El descubrimiento que acababa de hacer era para mí tanto más asombroso, cuanto que Constantino Assanof no iba sino muy raramente á casa de los Klotnitzki, mucho más raramente que yo y no parecía de ningún modo ocuparse de Sofia. Este Constantino era un joven moreno bastante hermoso, de rasgos un poco pesados, pero expresivos, ojos centelleantes, frente larga y blanca, y labios rojos, gruesos, adornados con un bigotito. Mantenía una actitud reservada, pero severa, hablaba

con confianza ó guardaba silencio con dignidad. Evidentemente, tenía formada de sí mismo una alta opinión. Raramente reía, no reía sino entre dientes y no ballaba nunca. Por lo general, era bastante indolente en sus movimientos y pasaba, no obstante, por un buen oficial.

—¡Qué cosa más extraña!—me decía yo, tendido sobre mi canapé, pensando en lo que acababa de descubrir—¿y cómo no he dudado nunca? «Sea usted prudente como lo ha sido hasta aquí...» Estas palabras me acudían á la memoria... ¡Ah!—exclamé—¡qué astuta muchacha! ¡Y yo que la creía tan franca y tan veraz! Aguarde usted, aguarde, yo le...

Pero entonces me anegué en lágrimas y no pude dormir en toda la noche.

Al día siguiente, á las diez, volví á casa de Sofía. Su padre había salido y su madre no ocupaba el sitio acostumbrado. Después de comer los buñuelos de Carnaval sintió dolor de cabeza y se retiró á su habitación. Bárbara estaba, según su costumbre, acodada á la ventana, observando á los transeúntes. Sofía, con los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba á lo largo de la habitación. La cotorra chillaba.

—¡Buenos días!—me dijo Bárbara con aire indolente al verme entrar; luego añadió como si hablase consigo misma:—Por ahí va un hombre con una bandeja sobre la cabeza.

Era costumbre suya la de señalar en voz baja todo lo que observaba en la calle.

—¡Buenos días!—le dije.—¡Buenos días! Sofía Nicolaievna, ¿y en dónde está su madre?

—Ha entrado en su cuarto para descansar.

—Hoy tenemos buñuelos—agregó Bárbara sin volverse hacia mí.—¿Por qué no ha venido usted? ¿Pero á dónde va ese empleado de oficina?

La cotorra continuaba haciendo oír sus penetrantes chillidos.

—¡Cuánto chilla hoy la cotorra!—dije á Sofía.

—Siempre chilla así.

Por un instante nos quedamos en silencio el uno frente al otro.

—Se ha acercado á la puerta—murmuró Bárbara, abriendo de golpe los postigos de la ventana.

—¿De quién hablas?—preguntó Sofía.

—De un pobre que acabo de ver—respondió su hermana.

Al decir estas palabras arrojó por la ventana una monedita manchada de fósforo perfumado, cerró los postigos y saltó pesadamente al suelo.

—Ayer pasé una agradable velada—dije á Sofía, sentándome sobre un sillón.—Comí en casa de uno de mis amigos con Constantino Assanof.

Al pronunciar este nombre, tenía mis ojos fijos en los de la joven. Esta ni siquiera pestañeó.

—¿Quiere usted creer—repuse,—que bebimos mucho?... ¡Ocho botellas, y no éramos más que cuatro!

—¿Verdaderamente?—replicó Sofia en tono flemático y sacudiendo la cabeza.

—Sí—dije un poco irritado por su indiferencia,—¿y sabe usted, Sofia Nicolalevna, que debo reconocer la justicia del proverbio que dice: «la verdad está en el vino?»

—¿Por qué, pues?

—Constantino nos divirtió. Imagínese que de pronto púsose á pasar la mano por su frente, y á decirnos: ¡Qué hombre soy! Tengo un tío que es un *alto personaje*.

Bárbara se echó á reír con una risa reprimida. La cotorra le respondió con sus gritos agudos. Sofia se detuvo frente á mí, y me miró fijamente.—¿Y usted, qué dijo?—me preguntó.—¿Se acuerda?

Yo enrojeí involuntariamente.

—No—repliqué,—no me acuerdo, pero yo también estaba un poco alegre. Es cierto—repuse después de un momento de silencio,—que el vino es peligroso. Puede uno ser arrastrado por los efectos de una libación demasiado copiosa á conducirse Inconsideradamente y á divulgar cosas que nadie debería conocer. Pero ya hablaremos de eso otra vez. Es ya tarde.

—¿Es que ha tenido usted una de esas inconsideradas conversaciones?

—No hablo de mí.

Sofia se volvió, y se puso á pasear de nuevo por la habitación. Yo la seguía con la mirada, y me decía: «Mírala: no es más que una muchacha, una niña. ¡Y cómo sabe dominarse! ¡Está impasible! Pero esperemos...

—¡Sofia Nicolalevna!

—¿Qué quiere usted?—preguntó.

—¿Es que no querrá tocar nada en el piano? A propósito—añadí en voz baja,—es necesario que le hable.

Sin responderme una palabra, atravesó el salón, y se acercó al piano.

—¿Qué quiere usted que toque?

—Lo que le plazca. Un nocturno de Chopin.

Se sentó y comenzó. Tocaba bastante torpemente, pero con sentimiento. Su hermana no tocaba más que valsés y polkas, y eso raramente. Era para ella enojoso negocio aquel de avanzar con paso perezoso hacia el instrumento musical, colocarse en el taburete, quitarse su manteleta—porque siempre llevaba tal prenda sobre sus espaldas;—comenzaba penosamente una polka, no la acababa, empezaba otra, luego, de repente, suspiraba, se levantaba y volvía á la ventana. ¡Extraña criatura!

Yo estaba sentado junto á Sofia.

—Escuche—le dije observándola atentamente,—es necesario que la comunique un descubrimiento que me es muy doloroso.

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué descubrimiento?

—Este... Hasta ahora me he engañado, completamente engañado con respecto á usted.

—¡Qué ocurrencia!—replicó, y continuó tocando y fijando su mirada sobre sus dedos.

—La creía franca. Pensaba que no podía usted emplear la astucia, ni disimular sus sentimientos... ni engañar.

Sofía inclinó la cabeza sobre su cuaderno de música; luego me dijo:

—No comprendo.

—No—repuse,—nunca me hubiese ocurrido la idea de que á la edad de usted tuviese el arte de representar un papel...

Las manos de Sofía temblaban sobre las teclas del piano.

—¿Qué dice usted?—me preguntó sin mirarme,—¿yo representar un papel?...

—Sí, usted.

Ella sonreía y yo estaba irritado.

—Afecta usted mostrarse indiferente hacia un joven... y le escribe.

La vi palidecer; pero no se volvió á mi lado, acabó su nocturno; luego se levantó y cerró el piano.

—¿A dónde va usted?—le dije no sin algún embarazo.—¿No me responde?

Sofía se puso á ordenar sus cuadernos.

La sangre se me subió á la cabeza.

—Sabe usted—repliqué levantándome tam-

bién,—á qué asunto me refiero, y puedo, si quiere, citarle algunas palabras de una de sus cartas: «Sea usted prudente como lo ha sido hasta aquí».

Sofía se estremeció ligeramente.

—No esperaba eso de usted—me dijo por fin.

—Ni yo de usted. ¡Cómo! ¿Usted, Sofía Nicolalevna, ha concedido su confianza á un hombre que...

—Y si es así—replicó,—sepa que amo á ese hombre y que me importa poco la opinión que tenga usted de él y de mi amor. ¿Por qué se mezcla usted? ¿Con qué derecho me habla así?... Y si yo estoy resuelta...

Dicho esto, se calló y salló.

Me quedé en el salón y de pronto me senti tan confuso que me cubri el rostro con las manos. Comprendía toda la poca delicadeza, toda la bajeza de mi conducta; la vergüenza y el arrepentimiento oprimían mi corazón; me miraba como un ser deshonorado.

—¡Gran Dios!—me dije,—¿qué he hecho?

—¡Antonia, Antonia!—gritó la criada desde la antecámara,—traiga de prisa una garrafa de agua á la señorita.

—¿Qué hay?—preguntó Antonia.

—¡La señorita llora, está llorando!

Yo temblé, y entré en la pieza vecina para coger mi sombrero.

—¿Qué ha dicho usted á Sofía?—me preguntó

Bárbara con tono indiferente; luego, después de un instante de silencio, añadió:—Aun pasa por la calle ese escriba.

Me adelanté hacia la puerta.

—¿A dónde va usted?—repuso.—Aguarde un instante; mi madre va á venir.

—No, no puedo quedarme ahora. Volveré más tarde.

En aquel momento vi con espanto á Sofia que, con paso firme, atravesaba el salón. Su rostro estaba más pálido que de costumbre; apenas un ligero rubor coloreaba sus mejillas. No me miró.

—¡Ven!—dijo Bárbara.—¿Quién es ese empleado que ronda así alrededor de nuestra casa?

—Tal vez un espía,—respondió Sofia con frío acento de desprecio.

Era demasiado. Salí, y no sé en verdad como regresé á mi casa.

No puedo describir el dolor moral que yo experimentaba. En un solo día dos golpes terribles. Había sabido que Sofia amaba á otro y había perdido para siempre su estimación. Me sentía tan vergonzoso, tan abrumado, que ni siquiera podia indignarme contra mí mismo. Acostado en mi canapé, con la cara vuelta contra la pared, experimentaba una satisfacción cruel abandonándome á mi desesperación, cuando de pronto oí resonar pasos en la ante-

cámara. Levanté la cabeza y delante de mí apareció uno de mis amigos más íntimos: Santiago Passinkof.

Estaba en aquel momento dispuesto á recibir muy mal toda visita, pero no me era posible dispensar mala acogida á Passinkof. No, antes al contrario, en la acritud de mi dolor, me regocijé al verle y le saludé con un signo de cabeza. El se paseó un instante, según su costumbre, á través de mi aposento, estirando sus grandes brazos y dilatando sus grandes espaldas; luego se detuvo en silencio delante de mí y se sentó en un rincón.

Conocía á Santiago desde hacia mucho tiempo, casi desde mi niñez. Fué educado en la pensión del alemán Winterkeller, en cuya casa había yo pasado tres años. Su padre, retirado del servicio con la graduación de mayor, era un hombre honrado, pero sin fortuna, y de un espíritu un poco turbado. Santiago tenía siete años cuando se le condujo á casa del preceptor alemán. Pagó su pensión de un año por adelantado, luego abandonó Moscov y no dió más noticias suyas. Circularon sobre esto rumores extraños, misteriosos. Ocho años después de su marcha, se supo que se había ahogado en Siberia, atravesando el Irtych. ¿Qué iba á hacer en Siberia? Dios lo sabe.

Passinkof perdió después á su madre. No le quedaban otros parientes próximos que una tía

tan pobre, que no se atrevía á ir á ver al huérfano por miedo de que quedase á su cargo. Pero este temor era ilusorio. El buen alemán guardó junto á sí á Santiago, le enseñó como á sus otros discípulos y le alimentó. Solamente, no se le daba postre en los días ordinarios y se le hizo un vestido con un viejo capote pardo de la madre de M. Winterkeller, muy ajado y, sin embargo, bastante fuerte todavía.

Los educandos que conocían estas circunstancias y el estado de dependencia de Santiago, le trataban un poco desdeñosamente, llamándole ora «el capote de la abuela,» ora «el sobrino del gorro,» porque su tía llevaba un viejo gorro sobrepuesto de una espesura de cintas amarillas que parecía una alcachofa, ora, en memoria de su padre que había muerto en el Irtych, le llamaban «el hijo de Yermak,» el aventurero conquistador de la Siberia. Pero aun infligiéndole con estos apodos, aun reparando en su singular atavío y en su miseria, sus discípulos le amaban, y era imposible no amarle. Creo que no se hubiera encontrado en el mundo una más honrada ni mejor naturaleza. Se distinguía, además, por sus estudios.

Cuando le vi por la primera vez, él tenía dieciséis años aproximadamente y yo trece. Yo era el niño mimado de una familia bastante rica, y cuando entré en la pensión me relacioné desde un principio con un joven príncipe que

era el objeto de las atenciones particulares de Winterkeller, luego con otros discípulos pertenecientes á la aristocracia. No me ocupaba de los otros y no puse la menor atención en Passinkof. Este gran muchacho, con su torpeza de movimientos, su vestido informe, su pantalón recortado, sus medias de hilo burdo, me parecía como una especie de *groom*, como el hijo de un rústico burgués.

Passinkof se mostraba muy cortés y muy político con todos, sin ser obsequioso. Si se le rechazaba, no se humillaba, y no se incomodaba; se retiraba en silencio aparte y aguardaba otra ocasión. Así obró con respecto á mí. Hacia un mes aproximadamente que yo estaba en la escuela.

En un hermoso día de verano, al dirigirme al jardín después de uno de nuestros ruidosos juegos, le vi sentado sobre un escabel bajo los largos ramajes de una lila. Tenía un libro en la mano y, al aproximarme á él, lei sobre la cubierta de aquel libro: *Schiller's Werke* (Obras de Shiller.) Me detuve:

—¿Es que sabe usted alemán?—le pregunté.

Cuando pienso en ello, aun me reprocho del acento desdeñoso con que le dirigí esta pregunta.

El levantó sobre mí sus ojillos expresivos y me respondió:

—Sí, lo sé; ¿y usted?

Aquella breve interrogación me aplastó; qui-  
se alejarme, y sin embargo, me quedé.

—¿Y qué lee usted, pues, en Schiller?—re-  
puse con el mismo tono altanero.

—En este momento leo un poema que tiene  
por título: *La Resignación*, de versos encanta-  
dores. ¿Quiere usted oírlos? Siéntese en ese  
banco.

Vacilé un instante, luego me senté. Passin-  
kof se puso á leer. Sabía el alemán mucho mejor  
que yo, y me explicaba claramente el sentido  
de varios versos. Pero yo no me sentí en mane-  
ra alguna avergonzado de mi ignorancia ni de  
su superioridad. Desde aquel día, desde aquella  
hora en que me hizo su lectura bajo el ramaje  
de lilas, le amaba cordialmente, le buscaba,  
reconoció su ascendiente.

Recuerdo aún perfectamente la fisonomía  
que tenía en aquella época y que además que-  
dó más tarde casi casi la misma. Era alto del-  
gado, bastante torpe en sus movimientos. Sus  
espaldas rectas, su pecho plano le daban la  
apariencia de una constitución débil; sin em-  
bargo, nunca se quejaba de su salud. Su cabe-  
za, larga y redonda, se inclinaba ligeramente  
á un lado; delgados bucles de rublos cabellos  
flotaban sobre su cuello. Su rostro no era her-  
moso, á decir verdad; hasta tenía cierto carác-  
ter ridículo por la amplitud de la larga nariz  
un poco roja que se inclinaba sobre sus largos

labios. Pero su frente era soberbia, y, cuando  
sonreía, sus ojos grises tenían tal expresión  
de sensualismo y de cariñosa bondad, que no se  
podía mirarle sin sentir regocijado el corazón.  
Recuerdo también de su voz dulce y calmada,  
con cierta especie de enronquecimiento parti-  
cular que era agradable. Hablaba, por lo gene-  
ral, poco y con una especie de esfuerzo; pero  
cuando se animaba, su palabra corría libre-  
mente y, cosa singular, se hacía más dulce, su  
mirada parecía retirarse al interior de su pen-  
samiento y todo su rostro se hallaba ligeramen-  
te inflamado. Jamás resonaban falsamente en  
sus labios, cualquiera que fuese el entusiasmo  
con que las pronunciara, las palabras: bondad,  
verdad, saber, amor. Sin esfuerzo alguno pene-  
traba en la región de lo ideal. En todos los ins-  
tantes de su vida su alma pura se hallaba presta  
á comparecer «ante la belleza santa»; ésta  
no aguardaba más que el encuentro y el con-  
tacto simpático de otra alma. Passinkof era ro-  
mático, uno de los últimos romáticos que he en-  
contrado. Hoy todos saben que han desaparecido;  
ya no se encuentran entre la juventud ac-  
tual. ¡Tanto peor para esta juventud!

Pasé aproximadamente tres años bajo el mis-  
mo techo con Santiago en una estrecha intimi-  
dad y fui el confidente de su primer amor. ¡Con  
qué atención y con qué vivo interés escuchaba  
sus confesiones! El objeto de su pasión era una

sobrino de Wintekeller, una gentil alemana, rubia y regordeta, con cara de niño y cándidos ojos azules. Era de buen corazón y sentimental, le gustaban las poesías de Matthisson, de Vhalnd, de Schiller y recitaba sentidamente sus versos con voz juvenil y argentina. El amor de Santiago era esencialmente platónico. No veía á su hermosa Federica más que los domingos, cuando iba ella á jugar con sus primas, y le hablaba poco. Una tarde en que ella le dijo: *mein lieber, lieber Herr Jacob* (mi querido señor Santiago), no pudo dormir en toda la noche, tanto estaba enajenado. No le ocurrió la idea de que la joven decía igualmente á otros discípulos: «querido mío.»

Recuerdo también su dolor y su aniquilamiento cuando de pronto supo que la señorita Federica se casaba con un simple comerciante de comestibles llamado Kniftous, y no por la voluntad de sus padre, sino por propia inclinación. ¡Qué triste estaba entonces el pobre Passinkof y cuánto sufrió el día en que la nueva pareja vino á hacer su primera visita al director de nuestra pensión! Federica, llamándole todavía «su querido señor Santiago» le presentó á su marido en quien relucía todo: los ojos, los negros cabellos rizados, la frente, los dientes, los botones del traje, los encajes y el chaleco, todo, hasta las botas que calzaban sus largos pies, vueltos hacia afuera como los de los balladores.

Passinkof dirigió sus felicitaciones á mister Kniftous y le deseo la más perfecta, la más durable felicidad. Estoy seguro de que sus votos eran sinceros. Yo asistía á aquella escena y observaba á mi amigo con sentimiento de piedad y de admiración. En aquel momento se me representaba como un héroe.

Pero en seguida, ¡qué tristes diálogos entre nosotros!

—Es preciso que busque usted consuelo en la ciencia—le dije.

—Sí—me respondió,—y en la poesía.

—Y en la amistad—agregué yo.

—Y en la amistad—repuso él.

—¡Oh! ¡los buenos días de otro tiempo!

Me separé de él con amarga pena. Antes de mi salida de la pensión, Santiago obtuvo, no sin repetidas solicitudes y numerosas negociaciones, sus certificados, y entró en la Universidad. Pero continuaba viviendo junto á Winterkeller; solamente, en vez de su grotesco atavío, se le obligó á hacerse un traje conveniente, recompensándole así las lecciones dadas á sus jóvenes discípulos.

Mientras estuve en la pensión, Santiago continuó sus relaciones íntimas conmigo. Había entre nosotros, sin embargo, cierta diferencia de edad que yo comenzaba á sentir, y recuerdo que estaba celoso de sus nuevos camaradas de estudio.

Ejercía sobre mí su saludable influencia. Desgraciadamente, fué interrumpida demasiado pronto. Recuerdo uno de los efectos de esa influencia: yo tenía en mi infancia el hábito de mentir; delante de Passinkof no hubiera podido proferir una mentira. Uno de mis mayores goces era pasearme solo con él ó andar á lo largo de mi aposento, mientras que con su voz dulce y contenida recitaba versos. Entonces me parecía que, poco á poco, me desligaba de las regiones terrestres y me elevaba á un mundo misterioso, en las radiantes esferas.

Recuerdo una noche en que fuimos á sentarnos bajo las lilas, de las que hablamos hecho el sitio de nuestra predilección. Todos nuestros camaradas dormían. Nos levantamos en silencio, nos vestimos á tientas, y salimos á hurtadillas para ir á soñar. Afuera soplaba un aire fresco que nos obligó á estrecharnos el uno contra el otro. Charlamos tan vivamente que nos interrumpíamos á cada instante, pero sin reñir. El cielo estaba resplandeciente. Santiago levantó los ojos, y, estrechándome la mano, murmuró estos versos:

«Sobre nos, el cielo en su esplendor,  
En lo alto del cielo, el Creador.»

Yo experimentaba una especie de recogimiento religioso y me apoyaba sobre sus hombros. Una viva emoción hacía latir mi corazón.

¡Oh! días de entusiasmo, ¿dónde estáis, años de la juventud?

Ocho años después volví á encontrar á Passinkof en San Petersburgo. Acababa yo de entrar en el servicio y obtuve para él un pequeño empleo en una cancillería. ¡Con qué júbilo volvimos á reunirnos! Jamás olvidaré el momento en que, solo en mi habitación, oí de pronto resonar su voz en la antecámara. ¡Con qué precipitación me levanté! ¡Con qué palpitaciones del corazón me arrojé en sus brazos, sin darle tiempo á quitarse su manta y su banda! ¡Con qué avidez le miraba! ¡y qué de lágrimas de gozo brotaban de mis ojos! En el espacio de aquellos ocho años, Santiago había envejecido un poco. Finas arrugas se dibujaban sobre su frente, sus mejillas estaban hundidas, sus cabellos habían blanqueado, pero su barba no había crecido y su mirada era la misma y tenía también su misma risa tan encantadora, tan cordial, aunque apenas perceptible al oído.

¡Dios! ¡Cuántas cosas nos dijimos aquel día! ¡Cuántos versos nos recitamos! Yo invitaba á Santiago á que viniese á vivir conmigo; pero no quiso consentir en ello. Prometíle solamente venir á verme todos los días, y cumplió su promesa.

Su corazón no había cambiado. Era la misma romántica naturaleza que yo había conocido. El frío de la vida, el riguroso frío de la expe-

riencia no le había secuestrado. La delicada flor de su imaginación se abría en toda su fresca belleza. Ninguna preocupación triste se manifestaba en él. Era reservado como antes, pero tenía alegre el alma.

En San Petersburgo llevaba vida retirada como si hubiera estado en un desierto, no inquietándose por lo porvenir y no frecuentando el trato de nadie. Le conduje á casa de Klotnitzki y volvió con placer bastante frecuentemente. No siendo vanidoso, tampoco era tímido. En aquella casa, como en otra cualquiera, hablaba poco, pero conquistó el afecto de aquella familia. Hasta el viejo taciturno, el marido de Tatiana Vassilievna, lo acogía sin brusquedad, y las dos silenciosas jóvenes se habituaron prontamente á verle.

Algunas veces llegaba llevando en su gran bolsillo cualquiera nueva publicación que quería hacer conocer; después vacilaba largo rato en leer, permanecía en un rincón, su sitio favorito, y se limitaba á alargar el cuello, como un tímido pájaro. Por fin, se decidía, tomaba su libro y comenzaba su lectura, al principio en voz baja, después en tono más firme y elevado, interrumpiéndose él mismo de vez en cuando para hacer algunas cortas observaciones ó algunas exclamaciones. Yo observaba que, en estas ocasiones, Bárbara se aproximaba á él con más gusto que su hermana y le escuchaba con

atención, aunque no comprendiese bien todo lo que él leía; porque Bárbara comprendía poco las producciones literarias. Sentada enfrente de él, con la barba apoyada en la mano, le miraba fijamente, y no pronunciaba una palabra; solamente, de vez en cuando, exhalaba de pronto un suspiro.

Durante la velada, y sobre todo los días de fiesta, jugábamos á prendas. A nuestra partida se asociaban ordinariamente dos parientes de los Klotnitzki, dos gentiles hermanas de cara redonda, que reían constantemente, y algunos buenos jóvenes que comenzaban su carrera con el título de cadetes ó de jefes de escuadra. Passinkof permanecía cerca de Tatiana y discutía con ella sobre las condiciones que debían imponerse á los que hubiesen de rescatar prendas.

A Sofia le repugnaban los requiebros y abrazos que se prescriben en casos semejantes, y Bárbara no podía sufrir que se le ordenase hacer cualquier cosa ó adivinar cualquier enigma. Las jóvenes primas soltaban estrepitosas carcajadas. ¿De qué procedía aquella perpetua risa? Yo me fatigaba con frecuencia. El viejo Klotnitzki no tomaba parte en nuestros juegos, y aun algunas veces nos observaba con aire lúgubre desde la puerta de su gabinete.

Solamente una vez avanzó de improviso hacia nosotros y nos propuso que la persona que

hubiese de desempeñar una prenda ballase con él. Aceptamos. Se encontró que esta prenda pertenecía á Tatiana. Esta enrojeció; se turbó, como hubiera podido hacerlo una joven de quince años. Pero el viejo ordenó á Sofia ponerse al piano, y luego, tomando del brazo á su mujer, dió con ella dos vueltas de vals, según la antigua medida, á tres tiempos. Recuerdo su cara que ora se volvía hacia nosotros, ora aparecía con la misma austera é inflexible expresión. Ballaba con paso largo; su mujer le seguía con trabajo y, como si hubiera tenido miedo, se inclinaba sobre su pecho. La condujo á su siffo, la saludó, luego entró en su gabinete y se encerró. Sofia quería concluir de tocar, pero su hermana la suplicó que continuase; después, adelantándose hacia Passinkof y tendiéndole la mano:

—¿Gusta usted?—le dijo.

Santiago se levantó sorprendido, se inclinó políticamente, porque era muy político, y cogió á Bárbara por el talle. Pero á los primeros pasos resbaló, se separó de su compañera y chocó contra el pedestal de la jaula de la cotorra, que derribó. El pájaro espantado lanzó gritos penetrantes. Todo el mundo prorrumpió en carcajadas. Klotnitzki abrió la puerta de su gabinete, observó con mirada triste lo que pasaba, y se retiró.

Quando más tarde se recordaba este acciden-

te á Bárbara, ésta sonreía y miraba á Passinkof con aire singular, como si pensara que no se podía imaginar nada más sensato que lo que había hecho aquella noche.

A Santiago le gustaba mucho la música. Muchas veces suplicaba á Sofia que tocase algún trozo. Entonces se sentaba aparte, escuchaba, y á veces acompañaba en voz baja los pasajes que más le agradaban. Una de las composiciones que, sobre todo, le entusiasmaban, era la *Consuelación*, de Schubert. Aseguraba que cuando oía aquella melodía, le parecía que, en armoniosos acordes, bajaban á su alma desde el cielo rayos de luz. Desde entonces, siempre que he visto una noche pura, estrellada, sin nubes, he pensado en Schubert y en Passinkof.

Recuerdo todavía de un paseo que dimos cierto día por los alrededores de la ciudad con Klotnitzki. Habíamos tomado dos carruajes de alquiler muy viejos y de muy grosera construcción: caja azul, resortes redondos, largos asientos y paja en el fondo. Los caballos, cansados y cojos, se arrastraban penosamente. Nos paseamos largo rato por el bosque de álamos de Pargalof, bebimos leche en cantarillas de piedra y comimos fresas con azúcar. El tiempo era soberbio. Bárbara no quería andar. En cuanto daba algunos cientos de pasos, se manifestaba cansada. Esta vez, sin embargo, no se separó de nosotros. Se había quitado su sombrero; su

cabellera estaba suelta, sus facciones animadas, sus mejillas rojas. Encontramos en el bosque á dos jóvenes campesinas. Bárbara las llamó, se sentó en la tierra y las hizo sentarse á ambos lados. Sofía las miró desde lejos con una fría sonrisa y no trató de reunirse á ellas. Se paseaba con Assanof. El viejo Klotnitzki dijo que Bárbara era una verdadera gallina empolladora. Durante el transcurso del día, Bárbara caminó algunas veces al lado de Passinkof, y una vez le dirigió estas palabras:

—Santiago, tengo que decir á usted algo.

Pero no se ha sabido lo que quierá decirle.

Es necesario, con todo, que vuelva á mi historia.

\*  
\*  
\*

La aparición súbita de mi amigo me regocijó. Pero repentinamente me acudió el recuerdo de lo que me había pasado en aquel día y volví nuevamente la cabeza hacia la pared.

Después de unos instantes de silencio, Santiago me preguntó si sufría.

—No—le respondí con voz mal asegurada,—solamente me duele un poco la cabeza.

Cogió un libro y se sentó. Transcurrió apro-

ximadamente una hora. Acababa de decidirme á hacer mi confesión á Santiago, cuando de pronto oí un carruaje que se detuvo á mi puerta; escuché con atención.

Assanof preguntaba si yo me hallaba en casa.

Santiago se levantó. No le gustaba Assanof; me dijo que iba á retirarse á una pieza contigua y que volvería á mi lado después que el visitante se marchara.

Assanof entró.

Era fácil reconocer en su rostro inflamado, en su brusco saludo, que no venía á hacerme una visita ordinaria.

—¿Qué va á ocurrir?—me dije.

—Caballero—exclamó sentándose en un sillón,—vengo á buscarle para que tenga á bien esclarecerme una duda.

—¿Cuál?

—Desearía saber si es usted ó no un hombre de honor.

—¿Qué significan esas palabras?—repliqué encolerizado.

—Vea lo que significan—repuso recalcando cada palabra.—Ayer le enseñé á usted una cartera que contenía varias cartas á mi dirigidas. Hoy, sin tener para ello el menor derecho, ha ido usted á reprochar... ¿lo oye? á reprochar á la persona que me ha escrito y le ha citado usted algunos párrafos de una de sus cartas. Desearía

me diera usted una explicación de ese modo de proceder.

—Y yo—repuse estremeciéndome de cólera y al mismo tiempo de vergüenza,—desearía saber con qué derecho me interroga usted. Le plugo á usted ponderarnos la importancia de su tío y enseñarnos su correspondencia. ¿Es culpa mía? No creo que ninguna de las cartas le ha sido arrebatada.

—No, es verdad. Las tengo todas. Pero ayer me encontraba en tal estado, que bien hubiera usted podido...

—Caballero—repuse elevando más la voz,—no tengo más que una sola palabra que decir: le suplico me deje tranquilo. ¿Lo entiende? No quiero saber nada de sus asuntos y no tengo ninguna explicación que darle. Vaya á interrogar á la que le escribe.

Sentía que en aquel momento me ardía la cabeza. Assanof fijó sobre mí una mirada á la que puso empeño en dar cierta sardónica expresión; después se levantó retorciéndose el bigote, y me dijo:

—Ya sé ahora en lo que debo pensar. El semblante de usted es el más fiel testimonio de lo que ha pasado. Pero debo hacerle observar que las gentes de honor no se conducen así... Leer una carta que no le pertenece y mortificar en seguida el corazón de una joven...

—Vaya usted al diablo—exclamé golpeando el

suelo con el pie,—y envíeme sus testigos. No quiero hablar más con usted.

—No tiene que enseñarme lo que debo hacer—repuso friamente Assanof.—Tenía resuelto enviarle mis testigos.

Salió y yo caí sobre un canapé tapándome el rostro con las manos. Sentí que me tocaban en la espalda y miré. Passinkof estaba delante de mí.

—¿Qué has hecho?—me preguntó.—Dime la verdad. ¿Tú has leído esa carta?

No me sentía con bastantes fuerzas para responderle. Pero hice con la cabeza un signo afirmativo.

Passinkof se aproximó á la ventana; pero luego, volviéndose hacia mí, me dijo lentamente:

—Tú has leído una carta de una joven dirigida á Assanof. ¿Quién era esa joven?

—Sofía Klotnitzki—respondí como un acusado á su juez.

Después de un momento de silencio, Santiago repuso:

—Solamente la pasión puede excusarte hasta cierto punto. ¿Estás enamorado de Sofía?

—Sí.

Santiago se calló nuevamente. Después me dijo:

—Ya lo presumía. Y hoy, ¿le has dirigido reproches?

—Sí, sí—exclamé con acento desesperado,—y hoy, ¿me desprecias?

Dió dos vueltas por la habitación y se aproximó á mi.

—¡Ella le ama!—murmuró.—¡Ella le ama!

Quedó un instante con los ojos fijos sobre el suelo; en seguida dijo:

—Debemos arreglar este negocio,—y cogió su sombrero.

—¿A dónde vas?

—A casa de Assanof.

—No puedo permitirte—exclamé levantándome precipitadamente.—¿Es posible? ¿Qué pensaría?

—¡Eh! ¿Qué?—roplicó Santiago mirándome fijamente.—¿O es mejor proseguir la falta que has cometido, perderte y deshorrar á esa joven?

—¿Qué vas á decirle á Assanof?

—Trataré de apaciguarle. Le manifestaré que le pides perdón.

—No quiero pedirle perdón.

—¿Qué, pues? ¿No eres culpable?

Yo miraba á mi amigo. Su semblante encalmado, pero grave y sombrío, me impresionó. Jamás le había visto con tal expresión. No respondí nada y volví en seguida á echarme sobre el diván.

Santiago se marchó.

¡Con qué angustia aguardé su regreso! ¡Con

qué mortal lentitud transcurrieron los minutos! Por fin reapareció.

—¿Y qué?—exclamé con voz temerosa.

—¡Gracias á Dios! ¡Se ha concluido!

—¿Has visto á Assanof?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?... ¿Se ha mostrado inflexible?

—No... Yo esperaba otra cosa, y debo confesártelo: no es, como yo le suponía, un hombre ordinario.

—Y después de haberle visto—repuse—¿has estado en otra parte?

—He estado en casa de los Klotnitzki.

—¡Ah!

Sentía latir violentamente mi corazón y no me atrevía á mirar á Passinkof.

—¿Y la has visto á ella?

—Sí, he visto á Sofia, una buena, una excelente muchacha. Al principio estaba muy turbada, pero después se tranquilizó. Por lo demás, no he hablado con ella más de cinco minutos.

—¿Y se lo has dicho todo... todo?

—La he dicho lo que hacía al caso.

—Ahora no me atreveré á presentarme delante de ella.

—¿Por qué? Al contrario, es preciso que vuelvas á esa casa, aunque no sea más que para no dejar adivinar...

—¡Ah! amigo mío—exclamé comprimiendo mis lágrimas;—ahora me desprecias tú...

—¡Yo, despreciarte!—dijo mirándome con una mirada en que brillaba el cariño—¡despreciarte! ¡qué niño eres! ¿Es que has sido dueño de tí mismo? ¿Es que no sufres?

Me alargó la mano. Yo me arrojé en sus brazos sollozando.

\*  
\*  
\*

Trancurrieron algunos días durante los cuales creí observar que Santiago estaba inquieto. Me decidí, por fin, á volver á casa de los Klotnitzki. No puedo expresar la emoción con que entré en el salón. Recuerdo que apenas podía distinguir las personas que en él se encontraban y que mi voz estaba como ahogada en mi garganta. Sofia no se encontraba tampoco con mayor libertad. Hizo un visible esfuerzo para hablar conmigo, pero nuestros ojos se evitaban reciprocamente y cada uno de sus movimientos denunciaba la violencia que se imponía para disimular... debo decirlo... un secreto sentimiento de repugnancia.

Tomé á empeño libertarla y libertarme yo mismo lo más pronto posible de aquella penosa

situación. Por fortuna, esa fué mi última entrevista con ella antes de su casamiento. Un cambio repentino de mi destino me obligó á dirigirme á uno de los extremos de Rusia. Di mi adiós para largo tiempo á la familia de los Klotnitzki, á San Petersburgo, y, lo que me era más doloroso, á mi querido amigo Passinkof.

## II

Pasaron siete años. Es inútil referir lo que me ocurrió en ese espacio de tiempo. Erré á través de las lejanas provincias del imperio, y, gracias al cielo, reconocí que aquellas regiones no son tan salvajes como ciertas gentes se imaginan; en los distritos más atrasados, en la profundidad de los bosques encontré más de una flor odorífera.

Un día de primavera mis funciones me llamaron á un pueblecito de uno de los gobiernos de la Rusia oriental. Al atravesar la plaza percibí á través de los empañados cristales de mi coche á un hombre cuya cara me era muy conocida. Le observé más de cerca y ví que era Eliseo, el criado de Santiago. Al punto ordené á mi cochero que se detuviese, me lancé fuera del carruaje y me reuní á Eliseo.

—¡Buenos días!—le dije con una emoción á duras penas comprimida.—¿Estás aquí con tu amo?

—Sí, con mi amo —me respondió lentamente.  
—Luego, de pronto, exclamó:—¡Ah! ¡es usted!  
padrecito; no le reconocía.

—¿Tú estás aquí con Santiago Passinkof?

—Clertamente... ¿Con quién otro podría encontrarme?

—Condúceme á su lado.

—Con mucho gusto. Por aquí... Estamos en una posada... ¡Ah! ¡Qué feliz va á ser el señor al volver á verle!

Hablando así, Eliseo me conducía á lo largo de la plaza. Era kalmuko de origen, sin educación alguna y un poco salvaje, pero de corazón excelente y muy fiel á Passinkof, á quien servía desde hacía diez años.

—¿Cómo está Santiago?—pregunté.

Eliseo volvió hacia mí su cara aceitunada.

—¡Ah!—respondió—mal, padrecito, mal.—No le reconocería... Me parece que no vivirá mucho... Nos hemos visto obligados á detenernos aquí y nos vamos á Odessa en busca del último remedio.

—¿De dónde venís?

—De la Siberia.

—¿De la Siberia?

—Sí, padrecito. Santiago ha tenido allí un empleo y allí es en donde le han herido.

—¡Cómo! ¿Es que entraría en el ejército?

—No. Tenía un empleo civil.

—¡Qué cosa más extraña!—me dije.

Mientras tanto, habíamos llegado á la puerta de la posada. Eliseo subió apresuradamente para anunciarme. En los primeros tiempos de nuestra separación, Santiago y yo nos escribimos con bastante frecuencia; luego, nuestra correspondencia quedó interrumpida. No recibí carta suya á los cuatro años y desde aquella fecha no supe qué se había hecho de él.

—¡Venga usted, venga usted!—exclamó Eliseo desde lo alto de la escalera;—mi amo desea vivamente verle.

Subí por la vacilante gradería y entré en una habitacioncita sombría cuyo aspecto me oprimió el corazón. En una estrecha camilla, envuelto en su manta, yacía mi amigo, pálido, como muerto. Me alargó una mano débil, descarnada. Le abracé con una especie de transporte convulsivo.

—¡Santiago, Santiago!—exclamé—¿qué tienes?

—Nada—me respondió con voz débil.—Pero tú, ¿por qué casualidad estás aquí?

Me senté junto á su lecho, y teniendo su mano entre las mías, miraba atentamente su rostro. Volvía á encontrar aquellos rasgos que me eran tan queridos. La expresión de su mirada, de su sonrisa, era la misma. Sin embargo, ¡cuánto había cambiado la enfermedad su semblante!

El reparó en la impresión que su vista producía en mí.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO T. YES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, NEXHOS

—Es que hace tres días—me dijo,—que no me arreglo la barba y mis cabellos están en desorden. Pero yo... yo no tengo nada.

—Explicame, pues, te lo ruego, lo que me ha referido Eliseo. ¿Has sido herido?

—Sí; es toda una historia. Te la contaré más tarde. He sido herido, en efecto, y no adivinarías nunca cómo... por una flecha.

—¿Por una flecha?

—Sí; no por la flecha mitológica del amor, sino por un dardo formado con ligera madera y con agudo hierro. Es muy desagradable ser alcanzado por semejante proyectil, sobre todo cuando toca los pulmones.

—¿Cómo, pues, has sufrido ese accidente?

—Voy á decírtelo. Sabes que en mi destino todo había de tener un carácter singular. Recuerda los cómicos incidentes que hube de experimentar para obtener los documentos que me eran necesarios cuando quise entrar en la Universidad; mi herida es igualmente un hecho extraordinario. En los tiempos en que vivimos ¿á qué hombre le ocurre ser alcanzado por una flecha, y no jugando, sino en un verdadero combate?

—Cuéntame, pues, ese suceso.

—Oye. Recordarás que poco tiempo después de tu salida de San Petersburgo fui enviado á Hovgorod. Allí, lo confieso, he vivido una vida fastidiosa, aunque encontrase una persona..

Pero no hablemos de eso ahora—añadió suspirando.—Dos años después se me dió un bonito empleo, un poco lejos, es verdad, en el gobierno de Irkustk. Estaba, como mi padre, destinado á visitar la Siberia. No me quejo. ¡Querida región siberiana! la vida es dulce y fácil. Todo el mundo te lo dirá. A mí me agradaba mucho. Allí, estaba encargado de vigilar á los indígenas, gente apacible por lo general. Por desgracia, se reunió una docena de ellos para dedicarse al contrabando. Quise detenerles, y les detuve, pero uno de ellos intentó defenderse y me arrojó una flecha. Creí morir, sin embargo, me levanté. Ahora voy á intentar curarme del todo. Gracias al cielo, el gobierno me ha dado el dinero necesario.

A estas palabras, Passinkof se calló y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Un ligero enrojecimiento se esparció por sus mejillas y sus ojos se cerraron.

—No es necesario que hable mucho—me dijo Eliseo que acababa de entrar en la habitación.

Un profundo silencio reinaba en torno nuestro. Yo no oía más que la respiración fatigosa del enfermo.

Este volvió á abrir los ojos y á tomar la palabra.

—Hace ya quince días—me dijo—que me encuentro en esta posada. Ya verás al médico del distrito que me cuida. Me parece que cono-

ce su oficio. Por lo demás, me alegro de este accidente. A él le debo la dicha de volverte á encontrar.

Al decir estas palabras me tendió la mano. Aquella mano, fría como el hielo unos momentos antes, ardía.

—Ahora—agregó separando su manta—hablemos de ti. ¡Dios sabe cuánto tiempo ha pasado desde que no nos hemos visto!

Me apresuré á hacerle el relato que deseaba para impedirle que hablase. Al principio me escuchó con una viva atención, luego pidió de beber, y nuevamente inclinó la cabeza sobre la almohada, cerrando los ojos. Le invité á que descansara, diciéndole que no le abandonaría hasta que se encontrase mejor, y que iba á tomar una habitación junto á la suya.

—Esta es una habitación triste—me dijo;—pero le cerré la boca y salí de puntillas.

Eliseo me siguió.

—Pero se muere—dije al fiel criado,—¿pero no ves tú que se muere?

Eliseo hizo un gesto de decaimiento y volvió la cabeza.

Después de despedir á mi cochero y de hacerme dar una habitación, volví á ver si Passinkof dormía. Encontré en su puerta á un hombre de enorme estatura, cuyo rostro, acribillado por la viruela, sólo expresaba una profunda indolencia. Sus ojos estaban hinchados

todavía por el sueño, y sus labios parecían pegajosos.

—¿Me atrevería á preguntar—le dije—si es usted el médico de mi amigo?

El hombrachón me miró é hizo un esfuerzo para desarquear sus cejas.

—Si—me respondió al fin.

—Señor doctor, ¿quisiera usted tener la bondad de entrar en mi habitación? Creo que Santiago Ivanitch está dormido, y quisiera saber qué debo pensar de su enfermedad, que me inquieta mucho.

—Con mucho gusto—me respondió marchando detrás de mí.

—Hábleme francamente—le dije en cuanto se hubo sentado,—¿es verdaderamente grave el estado de mi amigo?

—Si—me respondió tranquilamente.

—¿Peligroso?

—Peligroso.

—¿Tal que pueda morir?

—Es posible.

En aquel momento miré á mi interlocutor con cierta especie de aversión.

—Pero—repuse—¿es necesario recurrir á medios de salvación... tener una consulta?... ¿Qué piensa usted?

—Se puede consultar... ¿Para qué? Se puede llamar á Iván Efremitch.

El doctor hablaba dificultosamente, y á cada

instante recobraba aliento y parecía sacar sus palabras del fondo de su pecho.

—¿Quién es ese Iván Efremitch?

—El médico de la ciudad.

—¿Y si enviara á buscar un médico á la capital del gobierno? ¿Qué opina? Debe haber allí buenos médicos.

—¡Es posible!

—¿Y cuál es el mejor?

—¿El mejor? No lo sé. Se dice que es el doctor Kolrabouts; pero he oído decir que se le ha trasladado no sé á dónde. Por lo demás, no es necesario enviarle á buscar.

—¿Y por qué?

—El médico de la capital no aliviaría la situación del amigo de usted.

—¿Es que tan malo se encuentra?

—Sí.

—Pero en fin, ¿qué tiene?

—Una herida... los pulmones atacados... un enfriamiento... luego fiebre, y lo demás. Además, no tiene fondo de reserva en su constitución. Está flaco. Sin ese fondo de reserva, ¿qué quiere que se haga?

Permanecimos un instante en silencio.

El pesado médico volvió á tomar la palabra y me dijo, lanzándome una mirada de reojo:

—¡Si se intentase con la homeopatía!...

—¡Cómo! ¿Es usted, por consiguiente, alópata?

—¡Qué importa! ¿Piensa, tal vez, que no en-

tiendo nada de homeopatía? La conozco tan bien como cualquiera otro. Hay aquí un farmacéutico que se consagra á curar á las gentes homeopáticamente y ni siquiera tiene el grado. Yo tengo un grado.

—¡Mal negocio!—me dije interiormente.—No repuse,—más vale atenerse al método habitual.

—Como usted guste.

—Se levantó suspirando.

—¿Va usted á su lado?

—Sí.

Y salió.

Yo salí también. Pero ver aquel hombre sentado junto á la cama de Santiago era para mí una cosa imposible. Llamé á mi criado y le ordené que partiese inmediatamente para la capital del gobierno y preguntase por el mejor médico, trayéndole lo más pronto posible.

Oí andar por el corredor, y abrí mi puerta.

Era el médico que salía de la habitación de Passinkof.

—¿Qué?—le dije en voz baja.

—Nada de nuevo. He recetado una poción.

—Me he decidido á enviar por un médico á la ciudad. No dudo de la ciencia de usted, pero conocerá usted el proverbio: «Un hombre hábil, es bueno; pero dos, es mejor.»

—Ha hecho usted bien—me respondió bajando la escalera. Evidentemente yo le causaba enojo.

Me volvi al lado de Santiago.

—¿Has visto á mi Esculapio?—me dijo.

—Sí.

—Me gusta. Tiene una tranquilidad maravillosa. La flema conviene á un médico, ¿no es verdad? Eso reconforta al enfermo.

No respondí nada; no quería quitarle su confianza. Por la noche Santiago se encontró mejor. Mandó á Eliseo que le preparase su plato favorito, me invitó á tomar té, él mismo tomó una tacita y se distrajo. Sin embargo, yo debía impedirle que hablase y le pregunté si quería que le leyese algo.

—Como en otro tiempo en la pensión de Winterkeller—me respondió.—Sí, con mucho gusto. Pero ¿qué leerás? Mira, allí junto á la ventana hay libros.

Cogí el primer volumen que cayó bajo mi mano.

—¿Qué es eso?—me preguntó.

—Las poesías de Lermontof.

—¡Ah! Lermontof, escritor adorable. Menos grande, sin embargo, que Pouchkine, de quien recordamos tan deliciosos versos. Pero me gusta Lermontof; abre su libro al azar y lee la primera página que se ofrezca á tus ojos.

Obedeci con embarazo. Mi dedo se había colocado sobre la composición que lleva por título *El testamento*; quise buscar otra, Santiago observó mi movimiento y me dijo:

—No, no vayas más lejos. Lee lo que has encontrado á la ventura.

¿Qué hacer?

Era preciso ceder. Yo leí *El testamento* (1).

—¡Es encantador!—me dijo cuando hubo terminado.—¡Pero qué cosa tan extraña que hayas dado precisamente con esa composición! En verdad, ¿no es eso extraño?

Comencé á leer otros versos. Santiago no me escuchaba. Sus miradas se habían vuelto hacia mí, y repetía:

(1) Las poesías de Lermontof, bastante populares en Rusia, son poco conocidas en Europa. Traduciremos esta composición como una muestra del espíritu á la vez excéptico y melancólico que campea en el libro:

«Amigo, hubiese querido hablar solo contigo, pero se dice que me queda poco tiempo de vida. Pronto regresarás á nuestro país. Mira... Que nadie se inquiete por mi muerte.

«Si alguien pregunta por mí—¿pero quién podrá preguntar?—di que he sido herido de un balazo, que muero valientemente por el czar, que nuestros médicos son malos médicos y que dirijo un saludo á mi tierra natal.

«Dios sabe si mi padre y mi madre se cuentan todavía en el número de los vivos. Yo te lo declaro, no quisiera afligirles. Si uno de ellos vive aún, dile que soy demasiado perezoso para escribir, que nuestro regimiento está en marcha y que no se me aguarde.

«Cerca de ellos está mi vecinita. ¿Te acuerdas? Hace mucho tiempo que estamos separados. No se ocupa de mí... Como quiera que sea, dile toda la verdad sin temor de afligirla. Si llora, sus lágrimas no serán de larga duración.»

—¡Es bien extraño!

Cerré el libro.

—*¡Cociedka est ou nik odna!* — exclamó de pronto mirándome. — Dime, ¿te acuerdas de Sofia Klotnitzki?

Yo enrojecí, y respondí:

—¿Cómo no he de acordarme?

—Está casada...

—Sí, hace mucho tiempo, con Assanof. Ya te he hablado de eso en mis cartas.

—Sí, sí. El padre concluyó por perdonarla.

—La perdonó á ella, pero no ha querido recibir á Assanof.

—¡Viejo testarudo! Se me ha dicho que vivía ella en un pueblo del gobierno de... Ha pasado cerca de allí y no me he detenido.

—¿Tiene hijos?

—Así lo creo... ¿Passinkof?

El enfermo me miró.

—Confíesame que le dijiste que yo la amaba.

—Sí, se lo dije todo, toda la verdad. Hubiera sido una falta ocultarle tu secreto.

Después de un momento de silencio, repuso:

—¿Es que tú has cesado repentinamente de amar?

—Repentinamente, no. Pero he cesado. ¿Por qué guardar un amor sin esperanza?

—Y yo—murmuró él con voz temblorosa, volviendo la cabeza,—yo, amigo mío, no he hecho como tú. Yo no he cesado de amarla.

—¡Cómo!—exclamé con una sorpresa inexplicable,—¿tú la has amado?

—La he amado—dijo cubriéndose el rostro con las manos.—Dios sólo sabe cómo la he amado yo. Nada he dicho á nadie en este mundo. No podía confesarlo á ningún sér viviente... Pero ahora—añadió, citando á Lermontof,—me queda poco ya que pasar en este mundo.

Yo me quedé estupefacto ante aquella inesperada confesión.

—¡Cómo!—me decía.—¿Es posible? Y nunca lo he sospechado.

—Sí—repuso él, como si hablase consigo mismo,—la he amado, no he pedido cesar de amarla, aun cuando supe que su corazón pertenecía á Assanof. ¡Qué pena, sin embargo, cuando hice este descubrimiento! Si su afecto se hubiera vuelto hacia tí, tal vez hubiese podido regocijarme. Pero Assanof... ¿Cómo le ha gustado? No sé nada, pero estando apasionada, no podía cambiar. Las almas houradas no cambian.

Recordé la visita de Assanof después de nuestra fatal comida, el negocio en que el pobre Passinkof se había metido, y exclamé:

—Tú lo sabías todo y tú mismo te dirigiste á ella...

—Sí, y jamás olvidaré aquella explicación. Entonces fué cuando comprendí toda la significación de esa gran palabra: *Resignación*. Me resigné, pero Sofia continuó siendo mi sueño,

mi ideal... ¡Desdichado del que puede vivir sin ideal!

En aquel momento levantó los ojos al cielo raso del techo, revelándose en ellos un ardor febril.

—La amaba—prosiguió,—la amaba; yo amaba á aquella alma tranquila, honrada, inabordable, inflexible. Cuando se marchó, me pareció que perdía la razón. Desde entonces ningún otro amor ha penetrado en mi corazón...

Pronunciadas estas palabras, hundió la cabeza en la almohada y lloró:

Me aproximé á él para intentar consolarle.

—No es nada —me dijo levantándose y sacudiéndose los cabellos,—un poco de dolor... un poco de amargura. Pero no es nada... Los versos que has leído son los que han producido este efecto. Léeme cualquiera otra cosa más alegre.

Volvi á coger á Lermontof y lo hojeé; pero siempre daba con alguna composición que podía agitar de nuevo á mi amigo. Por fin escogí aquella que tiene por título: *Los dones de Terrek*.

—Enfasis de retórico—me dijo Santiago con tono de pedagogo.—Sin embargo, hay ahí hermosos pasajes. Yo, después de haberme separado de ti, me he consagrado también á la poesía. Comencé un poema *El golpe de la vida*, y no pude continuar. Nuestra facultad está en sentir, no en producir... Ahora me siento un poco

fatigado. Es preciso que duerma un poco. ¿Qué dices? ¿Qué excelente cosa es el sueño!... Toda la vida es un sueño; lo que encierra de mejor, es todavía un susño.

—¿Y la poesía?

—Un sueño también, pero un sueño mágico: Passinkof cerró los ojos.

Me quedé un instante solo junto á su lecho. Su respiración era más regular y más sostenida... Sali andando de puntillas y entré en mi habitación. Largo tiempo pensé en lo que Santiago acababa de decirme, recordé lo pasado y por fin me dormí.

Alguien me tiró del brazo. Me levanté. Delante de mí estaba Eliseo.

—Venga junto á mi amo—me dijo,—se lo suplico.

—¿Qué hay?

—Está delirando.

—¿Delirando? Y eso ¿le ha ocurrido ya alguna otra vez?

—Sí, la noche última; pero ahora es más extraño.

Entré en la habitación de Santiago. Estaba sentado en su cama, el cuerpo inclinado hacia adelante; las miradas errantes de uno á otro lado, las manos colgando. Sonreía y hablaba con voz débil y casi indistinta como el zumbido de los arroyos. Una lámpara de noche colocada sobre el suelo, proyectaba en el techo un res-

plandor inmóvil. Su rostro parecía aun más pálido en aquella semiobscuridad.

Me aproximé á él. Le llamé. No me respondió. Atendí á lo que decía. Soñaba en los bosques de la Siberia, en los diversos incidentes de su vida y de vez en cuando sonreía de nuevo en su sueño.

—¡Qué bosques!—decía—¡Tan grandes, tan majestuosos... y el hielo y la nieve... Sobre la nieve ligeras huellas... bien las de Hebre, bien las del armiño... No, es mi padre que ha pasado por allí con mis papeles... vélo aquí... hélo ahí. Es necesario marchar. La luna brilla... Hay que ir á buscar mis papeles... Y la flor, la florecilla bermeja... Allí está Sofía... resuenan las campanillas... el hielo cruje bajo los pies de los caballos... ¡Ah! no, son las alondras que saltan y silban bajo las ramas de los árboles... Hace frío... ¡Ah! Allí está Assanof... un cañón de bronce... un afuste verde... Así le ha gustado... La estrella desfila... No, es una flecha que vuela... ¡Ah! ¡qué recta me ha llegado al corazón! ¿Quién me la ha lanzado?... Eres tú, Sofía...

Inclinó la cabeza y balbuceó palabras ininteligibles... Yo miraba á Eliseo... Estaba de pie, con los brazos cruzados detrás de la espalda, contemplando con dolor á su amo.

—¡Amigo mío!—exclamó de pronto Santiago fijando sobre mí una mirada tan lúcida y tan penetrante, que me hizo estremecer—tú te has

hecho un hombre práctico y yo no he podido llegar á eso. Yo soy soñador... ¡Ah, los sueños!... ¡los sueños!... Nada hay semejante á los sueños... El marido de Sofía... También eso es un sueño.

Passinkof no cesó de divagar hasta la mañana. Por fin se calmó un poco, cayó sobre su almohada y se adormeció. Volví á mi habitación. Aquella noche dolorosa me había aniquilado. Me dormí con un profundo sueño.

Eliseo vino á despertarme.

—¡Ah, señor!—me dijo con voz temblorosa.—Creo que mi amo va á morir.

Corrí á su lado. Estaba inmóvil. Al resplandor del nascente día tenía el aspecto de un cadáver... Sin embargo, me reconoció.

—¡Adiós!—me dijo haciéndome una señal con la cabeza,—¡adiós! ¡esto se acaba!

—Santiago—exclamé,—no hables así; tú vivirás...

—No... no... yo muero. Oye—añadió llevando su mano al seno—toma este recuerdo... ¿Qué veo?—murmuró después de un momento de silencio...—el mar... islas verdes, playas doradas, iglesias de mármol... palmas... incienso...

Se calló y se estiró en la cama.

Media hora después había lanzado el último suspiro. Eliseo cayó á sus pies llorando. Yo cerré los ojos de mi amigo.

Llevaba sobre el pecho un amuleto de pelo

atado á su cuello con una cinta negra. Lo cogí.

Dos días después le enterramos. Depositamos en la fosa el corazón más noble que jamás haya existido.

Yo eché sobre él la primera paletada de tierra.

## III

Al año siguiente mis asuntos me llamaban á Moscou. Un día, atravesando el corredor, vi sobre una tablilla negra un nombre que me causó tal sorpresa, que leyéndole hube de lanzar un grito. Era el nombre de Sofia Nicolalevna, inscrito en la puerta de la habitación señalada con el número 12. En los últimos tiempos oí referir tristes cosas de su marido. Se decía que se entregaba á la bebida y al juego, que se arruinaba, y en fin, para terminar, que se conducía muy mal; de su mujer, por lo contrario, se hablaba con un gran respeto.

Entré en mi casa excesivamente impresionado al saber que ella estaba tan cerca de mí. Mi corazón latía como si mi antigua pasión, largo tiempo adormecida, se hubiera despertado repentinamente. Resolví ver á Sofia.

—¡Han transcurrido tantos años desde nuestra separación! Habrá ya olvidado lo que pasó entre nosotros.

Llamé á Eliseo, á quien tomé á mi servicio después de la muerte de Santiago, y le envié á Sofía con una carta, encargándole preguntase si tendría á bien recibirme.

Volvió momentos después, anunciándome que Sofía me esperaba.

La encontré de pie en su habitación, junto á un sujeto de colosal estatura, con quien acababa de celebrar una conferencia.

—Como usted quiera—la dijo este individuo con voz estridente—pero se lo repito, es un hombre dañoso; no hace nada, y en una sociedad como la nuestra, tales hombres son nocivos, muy nocivos...

Dichas estas palabras, se retiró. Entonces Sofía se aproximó á mí.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto! ¡Siéntese, se lo suplico!...

Nos sentamos y yo la miré!... ¡Ah! Volver á ver una persona antes amada, reconocerla y no reconocerla; buscar los rasgos queridos que no se han podido olvidar y encontrar una fisonomía semejante á la que se recuerda, y, sin embargo, diferente; observar aquí y allá involuntariamente el surco de los años... es una triste impresión... Y yo también—se dice uno—yo también debo haber cambiado.

Por lo demás, Sofía Nicolaievna no había envejecido mucho. Cuando la vi por la primera vez, no tenía más que diez y seis años y, des-

de aquella época, habían transcurrido nueve. Sus rasgos me parecían ahora más regulares, más finos, y expresaban la misma franqueza y la misma firmeza que antes. Pero antes eran tranquilos y ahora mostraban los indicios de un sufrimiento secreto y de la agitación que la dominaba. Sus ojos parecían también más hundidos en sus órbitas y más sombríos. Su semblante comenzaba á parecerse al de su madre.

—Los dos estamos cambiados—me dijo...—

¿En dónde ha estado usted todo ese tiempo?

—He errado por diferentes lugares... ¿Y usted? Supe que habitaba en sus tierras.

—Sí, vivo en el pueblo y no estoy aquí más que de paso.

—¿Y sus padres?

—Mi madre murió. Mi padre está en San Petersburgo, mi hermano en el servicio. Bárbara vive con nosotros.

—¿Y su marido de usted?

—¿Mi marido?—replicó con un tono precipitado.—Está en la Rusia meridional, recorriendo las ferias. Ya sabe usted que siempre le han gustado los caballos... Quiere tener una yeguada... He ahí por qué... ahora ha ido á buscar caballos.

En aquel momento entró en la habitación una jovencita de ocho años, peinada á lo chino, con rostro vivo y espiritual y gran-

des ojos azules oscuros. Se detuvo al verme, hizo prontamente una reverencia y se acercó á Sofia.

—Le presento á mi hija—dijo Sofia pasando la mano por la barba de la niña.—No ha querido quedarse en casa. Ha sido necesario traerla aquí conmigo.

La joven me miraba con sus grandes ojos, guiñándolos un poco.

—Una niña—repuso Sofia—que no tiene miedo á nada y que no estudia mal, hay que hacerle esa justicia.

—¿Cómo se llama este caballero?—preguntó en francés la jovencita inclinándose hacia su madre.

Sofia le dijo mi nombre. La niña me miró nuevamente.

—¿Y usted?—la pregunté—¿cómo se llama?

—Lydia—me respondió con voz segura.

—¡Ah! estoy seguro de que la miman á usted.

—¿Quién me miman?

—¿Quién? Pues todo el mundo, lo supongo; sus padres desde luego.

Lydia miró en silencio á su madre.

—Su padre...—agregué.

—Sí, sí—se apresuró á decir Sofia mientras su hija fijaba en ella sus ojos.—Sí, mi marido... ciertamente... ama á su hija.

La carita de Lydia tomó singular expresión,

Sus labios se estremecleron ligeramente; sus ojos se bajaron.

—Pero, dígame usted—repuso Sofia,—¿está aquí por sus asuntos?

—Sí... Y usted también, según pienso.

—Sin duda... En la ausencia de mi marido me veo obligada á ocuparme... en diferentes cosas.

—¡Mamá!—exclamó la jovencita.

—¿Qué, hija mía?

—No... nada... Te lo diré después.

Sofia pareció embarazada y guardó silencio.

Lydia se cruzó gravemente los brazos sobre el pecho.

—A propósito—dijo Sofia,—recuerdo que tenía usted un amigo... ¿Cómo se llamaba?... Un buen hombre... Leía muchas veces versos... ¡y con qué entusiasmo!

—¿Habla usted de Passinkof?

—Sí, Passinkof. ¿En dónde está ahora?

—Ha muerto.

—¡Muerto! ¡Qué desgracia!

—¿Le conocía yo?—preguntó Lydia.

—No, hija mía. ¡Qué desgracia!—repitió Sofia.

—¿Le compadece usted?—repliqué.—¡Ah! Si le hubiese conocido como yo! Pero, dígame, ¿por qué me ha hablado usted de él antes que de otro alguno?

—No sé... en verdad—respondió bajando los ojos.—Lydia, vuelve con tu aya.

—¿Me llamarás pronto?

—Sí, vete, hija mía.

En cuanto la niña se marchó, volvióse hacia mí la madre y me dijo:

—Se lo suplico, refiérame usted todo lo que sepa de Passinkof.

Le hice mi relato. Pinté brevemente la vida de mi amigo, las cualidades de su corazón; le conté mi último encuentro con él y su fin prematuro.—Y semejante hombre—exclamé,—ha pasado inapreciado, desapercibido. Y esto no es nada todavía. ¿Qué importa el concepto del mundo? Pero lo que me aflige, lo que me causa una gran pena, es pensar en que mi amigo, con un corazón sin igual, haya muerto sin haber gustado las felicidades del amor, sin haber despertado una simpatía en el alma de una mujer. ¿Qué importa que otros se atraigan estas simpatías si no las merecen? ¡Pero Passinkof!... Por lo demás, ¿no he conocido millares de individuos que no podrían ser comparados á él y que, sin embargo, eran amados? ¿Habrá de sentarse que ciertos defectos, tales como el amor propio y la ligereza de espíritu, son necesarios para alcanzar el amor de una mujer? ¿Y teme el amor la perfección, la perfección posible en este bajo mundo, como un fenómeno demasiado extraño y también demasiado maravilloso?

Sofía me escuchaba en silencio, fijando sobre

mí sus ojos penetrantes. Únicamente, de vez en cuando, fruncía las cejas.

—¿Pero por qué piensa usted—me dijo por fin—que su amigo no ha inspirado ningún amor?

—Lo sé. Estoy seguro.

Conoci que quería responderme, que vacilaba... que sostenía una lucha secreta.

Por fin me dijo:

—Se engaña usted; conozco á una mujer que ha amado mucho á vuestro amigo, que no ha cesado de amarle, de acordarse de él y que se afectará cruelmente cuando sepa que ya no existe.

—¿Me atreveré á preguntarle quién es esa mujer?

—Mi hermana Bárbara.

—¡Bárbara!—exclamé.

—Sí.

—¿Es posible?

—Comprendo la sorpresa de usted. Esa joven que parecía tan negligente, tan indiferente, tan fría, amaba á Passinkof; por él no se ha casado ni se casará nunca. Hasta hoy, yo he sido la única persona que ha conocido este secreto. Bárbara se moriría antes que revelárselo á otros. En nuestra familia se sabe callar y sufrir.

Contemplé á Sofía pensando en silencio en la amargura de estas últimas palabras.

—Me asombra usted—la dije,—pero, si no temiese despertar en usted un enojoso recuerdo,

podría, á mi vez, hacerle una revelación de la que no quedaría menos sorprendida.

—No comprendo—me replicó con voz que que denunciaba cierto embarazo.

—No, no puede usted comprenderme; y, si me lo permite, en vez de darle una explicación, le presentaré un objeto...

—¿Cuál, pues?...

—Tranquílcese usted. No será cuestión mía.

Entré en mi habitación, cogí el amuleto de Passinkof y lo envié á Sofía con esta esquelita:

«Passinkof llevaba este amuleto sobre el pecho y lo guardó hasta sus últimos momentos. Allí está la única carta que usted le ha dirigido, una carta insignificante. Puede usted leerla. El conservaba esa reliquia porque la amaba apasionadamente, y no me ha hecho esa confesión hasta última hora. Ahora que ya está muerto, ¿por qué no he de decirle á usted que también él le había dado su corazón?»

Eliseo volvió un instante después y me devolvió el amuleto.

—¡Bien!—exclamé;—¿qué ha dicho ella?

—Nada.

—¿Ha leído mi esquelita?

—Pienso que la ha leído. Es su doncella quien se la ha entregado.

—¡Inflexible!—me dije, recordando las últimas palabras de Santiago.—Está bien. Retírate.

Eliseo, sin embargo, no se movió. Sonreía de modo muy singular; luego me dijo:

—Hay allí una joven que desea ver á usted.

—¿Qué joven?

—¿Mi difunto amo no le habló á usted de ella?

—No. ¿Quién es, pues?

—Mientras estuvo mi amo en Novgorod—respondió Eliseo rascándose la frente,—trabó conocimiento con esa persona; vea usted por qué quería verle. Hace algunos días la encontré en la calle y la dije: «En cuanto mi amo lo permita, te haré entrar.»

—Vete á buscarla. Vete. ¿Quién es?

—Una simple muchacha burguesa.

—¿Y Passinkof la ha amado?

—Pues, sí... la amaba... Ella... en cuanto supo su muerte, quedó como aniquilada... Una buena muchacha, por lo demás.

—Hazla venir.

Un instante después, Eliseo entró con una joven vestida con traje de india de color, llevando sobre la cabeza un pañuelo obscuro que velaba su rostro. Al verme, se quedó confusa y se detuvo.

—Acércate—le dijo Eliseo,—y no temas.

Me adelanté hacia ella y le cogí la mano.

—¿Cómo se llama usted?—la pregunté.

—María—me contestó con voz tímida, mirándome á hurtadillas.

Tenia aproximadamente unos veintidós á

veintitrés años, una cara redonda bastante vulgar, pero agradable, frescas mejillas, ojitos azules, muy dulces, y manos bonitas. Sus vestidos eran muy adecuados.

—¿Ha conocido usted á Santiago?—le dije.

—Sí—me respondió estirando las puntas de su pañuelo.

Y sus párpados se humedecieron de lágrimas.

Le supliqué que se sentara. La joven se sentó sobre el borde de una silla sin etiquetas y sin melindres.

Eliseo salió.

—Fué en Novgorod—repuse—en donde conoció usted á mi amigo?

—Sí, en Novgorod—repleó ella apretándose las manos bajo su pañuelo.—Hace tres días encontré á Eliseo, y por él supe la muerte de Santiago Passinkof. Al partir para la Siberia prometió escribirme; me escribió dos cartas, y luego cesó la correspondencia. Yo quería seguirle á la Siberia, pero él no me lo permitió.

—¿Tiene usted parientes en Novgorod?

—Sí.

—¿Y vivía usted con ellos?

—Vivía con mi madre y con mi hermana que está casada. Como mi madre estaba incomodada conmigo y mi hermana no tenía sitio en su habitación, porque tiene muchos hijos, me marché. Flaba siempre en Santiago Passinkof, y no pensaba más que en verle. Era muy bueno para

mi. Pregúnteselo á Eliseo Timoteich. He guardado con mucho cariño sus cartas—repuso después de un momento de silencio.—¿Quiere usted verlas?

Al decir esto sacó de su bolsillo algunos papeles, me los presentó, y me dijo:

—Tome usted, lea.

Desplegué una de aquellas cartas, escritas en caracteres bien separados y legibles. Estaba concebida así:

«Mi querida María: Inclínaste ayer tu cabeza sobre mi frente, y cuando te pregunté por qué hacías aquel movimiento, me respondiste: «Quisiera escuchar los pensamientos que hay en tu cabeza.» ¿Quieres conocerlos? Helos aquí: Yo me decía que María haría muy bien en recibir lecciones de lectura y de escritura para poder descifrar mis cartas.»

—Esa—añadió la joven—es de Novgorod, y realmente me dió lecciones; pero aun tengo otras cartas. Aquí tiene usted una de Siberia. Mírela.

Todas aquellas epístolas eran afectuosas y aun un poco tiernas. En la primera que Santiago escribía desde la Siberia, llamaba á María su mejor amiga; prometía enviarle dinero, y terminaba así:

«Beso tus lindas manitas. Aquí no tienen las jóvenes semejantes manos, ni una cara como la tuya, ni un corazón como el tuyo. Lee los libros que te di al marchar, y acuérdate de mí. Yo no te olvidaré jamás. Tú eres la única que me ha amado, y la única á la que quiero consagrarme...»

—Veo que le interesaba usted mucho—dijo á María devolviéndole su carta.

—Sí, me quería mucho—respondió ocultando cuidadosamente su tesoro; y las lágrimas, hasta entonces contenidas, rodaron por sus mejillas. —Siempre puse mi esperanza en él, y si Dios hubiera permitido que viviera, no me hubiera abandonado. ¡Que Dios lo reciba en su paraíso!

Hablando así, se enjugaba el llanto.

—¿Y en dónde vive usted ahora?

—He venido á Moscou con una señora que me tomó á su servicio. Ahora estoy sin colocación. Me he dirigido á una tía de Santiago Passinkof, pero esta tía es pobre. Me habló muchas veces de usted—añadió levantándose é inclinándose.—Le quería mucho. Encontré hace tres días á Eliseo Timoteich y pensé en que usted tal vez podría ayudarme á buscar una colocacioncita.

—Lo haría con el mayor placer, María, y haría cuanto pudiese... Pero aquí sólo estoy de pase y conozco poca gente.

María suspiró.

—No importa que sea cualquier colocación—repuso.—No sé cortar vestidos, pero sé coserlos y pudiera también cuidar niños.

En aquel momento pensó en lo que podría hacer, y resolvió ofrecerle dinero.

—Escuche usted, María—le dije con algún embarazo—ya sabe usted que yo era un buen amigo de Passinkof... ¿Quiere usted permitirme que le dé, para el caso en que tuviese necesidad de ella, una pequeña suma?

Me miró conmovida.

—¿Cómo?—exclamó la joven.

—¿No tiene usted necesidad de dinero?

María enrojeció y sacudió la cabeza.

—¿Para qué me serviría?—dijo en voz baja.

—Le agradecería más un empleo.

—Procuraré encontrarle una colocación, pero no estoy seguro de conseguirla, y podría usted verse necesitada... Mire usted, yo no soy aquí más que un extranjero... Acepte esto en memoria de nuestro amigo.

Cogió al azar de mi cartera algunos billetes de Banco y se los presentó.

María se quedó inmóvil, y únicamente bajó la cabeza.

—Tome usted—la dije en tono más firme.

Levantó sobre mí sus ojos con una expresión de tristeza, sacó su pálida mano de su pañuelo y la alargó hacia mí.

Depositó mis billetes en las puntas de sus dedos helados; los tomó, ocultó de nuevo su mano y bajo los ojos.

—Ahora, María—le dije,—si puedo aún serle de alguna utilidad, hágamelo saber, le dejaré mi dirección.

—Muchas gracias—respondió; luego, después de un momento de reflexión, añadió:—¿Es que no le ha hablado á usted de mí?

—No le volví á ver hasta la vispera de su muerte... Pero, en efecto... recuerdo... que me dijo...

María llevó sus dedos á su cabellera, reflexionó algunos minutos, después me dijo adiós y salió.

Me quedé en la habitación pensando en todo lo que acababa de saber, en aquellas relaciones de Santiago, en sus cartas y en el amor secreto de la hermana de Sofía... ¡Pobre amigo!—murmuré—¡pobre amigo! Y recordaba toda su existencia, su infancia, su juventud y su primera inclinación por Federica... Preciso es confesar—me decía yo—que la muerte ha sido muy avara y muy dura con él.

Al día siguiente me presenté de nuevo en casa de Sofía. Se me hizo esperar en la antecámara, y cuando entré en el gabinete, la encontré con su hija. Comprendí que no quería continuar la conversación de la vispera.

Hablamos no sé de qué, de las noticias de la

ciudad... de negocios... De vez en cuando Lydia mezclaba algunas palabras en nuestra conversación y me miraba con aire fino, y algunas veces tomaba un aire de gravedad bastante divertido.

La inteligente muchacha había tal vez adivinado que su madre la retenía á su lado con intención.

Me levanté para despedirme. Sofía me condujo hasta la puerta.

—No le quise responder ayer—me dijo deteniéndose en el umbral.—¿Y qué hubiera podido yo responder á usted? Nuestra vida no depende de nosotros. Tenemos siempre un áncora que nos sujeta tan firmemente por tan largo tiempo, que no se rompe á sí misma: es el sentimiento del deber.

A esta sentencia respondí con un signo afirmativo de cabeza y me alejé de la joven puritana.

Por la noche me quedé en la misma habitación, pero ya no soñaba en ella. Pensaba en mi querido y excelente Passinkof, en ese último ejemplar de los románticos; y, ora dulces, ora tristes, penetraban en mí las emociones con encanto melancólico, haciendo vibrar las cuerdas de mi corazón que aun no estaba envejecido. «¡Paz á tí!»—exclamé—paz á tí, que no fuiste un hombre práctico, sino un ingenuo soñador. Pasas como un extranjero por medio de las

gentes prácticas, y tal vez se burlarán de tu sombra. Pero Dios quiera que hayan tenido la centésima parte de los puros goces que, á despecho de la fortuna y á despecho del mundo, han encantado tu pobre y modesta existencia.

FIN

## COLECCIÓN REGENTE

---

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

---

- DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.  
 LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.  
 PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.  
 LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.  
 UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.  
 LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.  
 BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.  
 LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.  
 INCESTO, por Eduardo Zamacois.  
 UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.  
 MARGARITA, por Arsenio Houssaye.  
 MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola (2 tomos).  
 LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.  
 PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).  
 LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.  
 FELICIDAD, por Emilio Zola.

MAGDALENA, por Julio Sandeau.  
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.  
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), por Emilio Zola (tres tomos).  
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).  
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.  
CRUELDADES DEL AMOR, por Mme. Judit Gautier.  
LOS AMORES DE CLOTILDE, por Armando Palacio Valdés.  
DONA SIRENA, por Enrique Murger.  
QUO VADIS? (LA CORTE DE NERÓN), por Enrique Sienkiewicz (2 tomos).  
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.  
EL PADRE GORIOT, por Honorato de Balzac (dos tomos).  
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.  
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoiewsky.  
LA VALIENTE, por Julio Sandeau.  
LOS TRES RETRATOS, por Ivan Tourgueneff.  
HISTORIA DE UNA PARISINA, por Octavio Feuillet.  
LA NOCHE DE NOVIOS, por la Condesa Dash (dos tomos).  
FEDERICO Y BERNERETA, por Alfredo de Musset.  
FERNANDO, por Julio Sandeau.  
VIUDA Y VIRGEN, por Alejo Bouvier (2 tomos).  
LA CONDESITA, por Octavio Feuillet.  
UNA MUJER DE MUNDO, por Joaquín Dicenta.  
LA NECESIDAD DE AMAR, por Paul Alexis.  
LA CORTE DE NAPOLEON.  
HORAS CRUELES, por Eduardo Zamacois.  
IMITACIONES, por el Conde León Tolstoi.

CYRANO DE BERGERAC.  
FORTUNIO, por Teófilo Gautier.  
EL ILUSTRE GAUDISSERT, por Honorato de Balzac.  
ZAZA.  
LA QUE ME QUIERE, por Emilio Zola.  
EL PRINCIPE NEKLIUDOFF, por el conde León Tolstoi.  
VIAJE AL PAIS DE LAS BAYADERAS, por Luis Jacollot (2 tomos).  
LA MUJER, EL MARIDO Y EL AMANTE, por Paul de Kock.  
HANNIA, por Enrique Sienkiewicz.  
VISTO Y VIVIDO, por Joaquín Dicenta.  
EL ESPADACHIN, por Ivan Tourgueneff.  
LA WAKYRIA.  
LA NARIZ DE UN NOTARIO, por Edmundo About.  
VIDA Y MUERTE DE MINETA, por Teodoro de Banville.  
EL SEÑOR DUPONT, por Paul de Kock.  
EL CAPITAN RICARDO, por A. Dumas.  
AVENTURAS DEL CORONEL FOUGAS, por Edmundo About.



